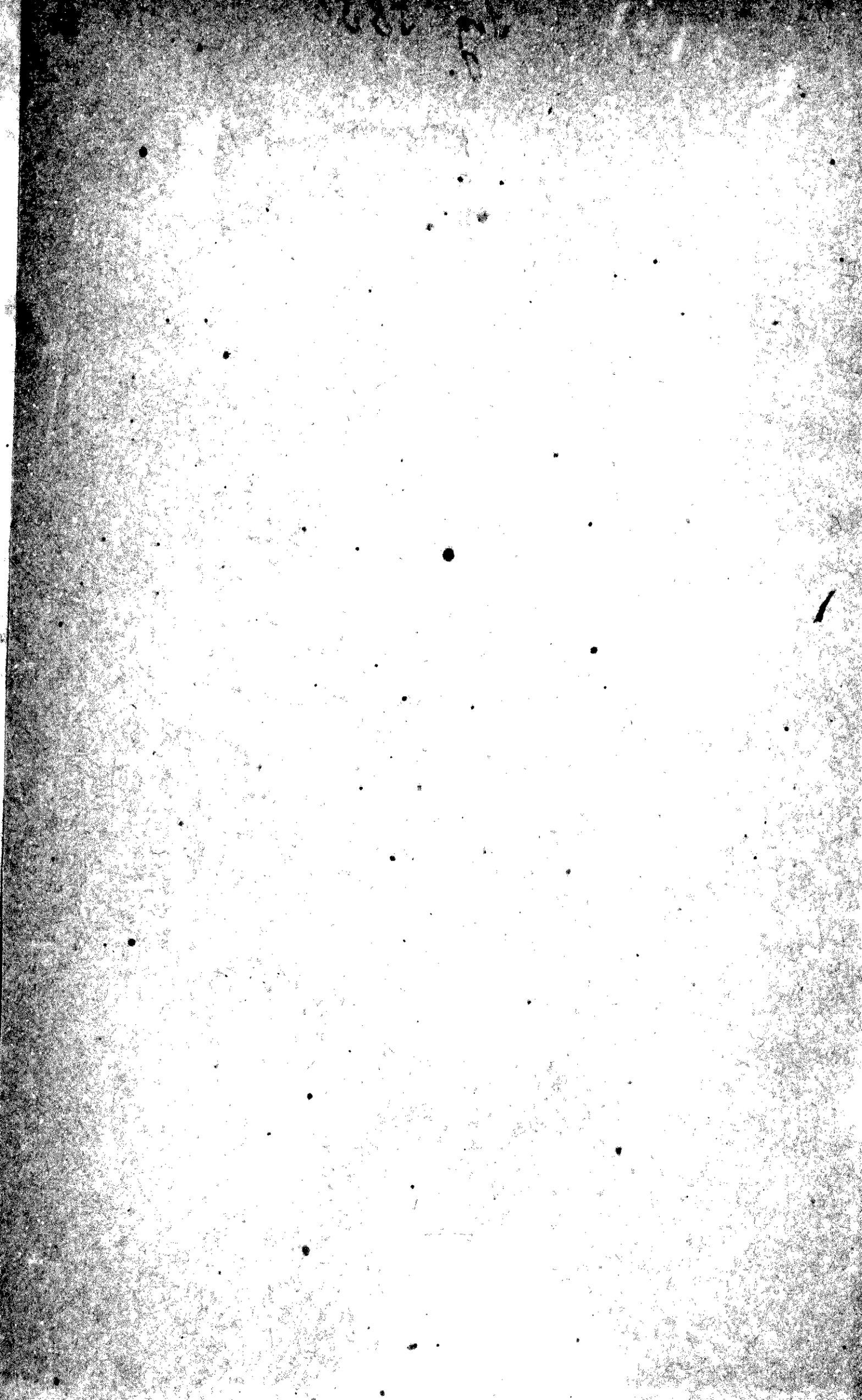


Jy 5850

5850

DLR-42



R. 3.747

DL-R-42

ABEN-HUMEYA



EX LIBRIS

FRANCESCO VILLAFRANCA

MARCO VIVANTI (—) (—) (—) (—) (—) (—) (—) (—) (—) (—)

OBRAS DE VILLAESPESA

POESÍA

Intimidades.
Flores de almendro.
Luchas.
Confidencias.
La copa del Rey de Thule.
El alto de los bohemios.
Rapsodias.
Las canciones del camino.
Tristitiaie Rerum.
Carmen.
El Patio de los Arrayanes.
Viaje sentimental.
El mirador de Lindaraxa.
Palabras antiguas.
El libro de Job.

El jardín de las Quimeras.
Las horas que pasan.
Saudades.
In memoriam.
Bajo la lluvia.
Torre de marfil.
Andalucía.
Los remansos del crepúsculo.
El espejo encantado.
Collares rotos.
Los panales de oro.
El balcón de Verona.
Jardines de plata.
El libro de los sonetos.
Lámparas votivas.

Ajimeces de Ensueño.

PROSA

El milagro de las rosas.
El último Abderramán.
La venganza de Aischa.
Zarza florida.
Breviario de amor.
Vida y Arte.
I. Julio Herrera Reissig.

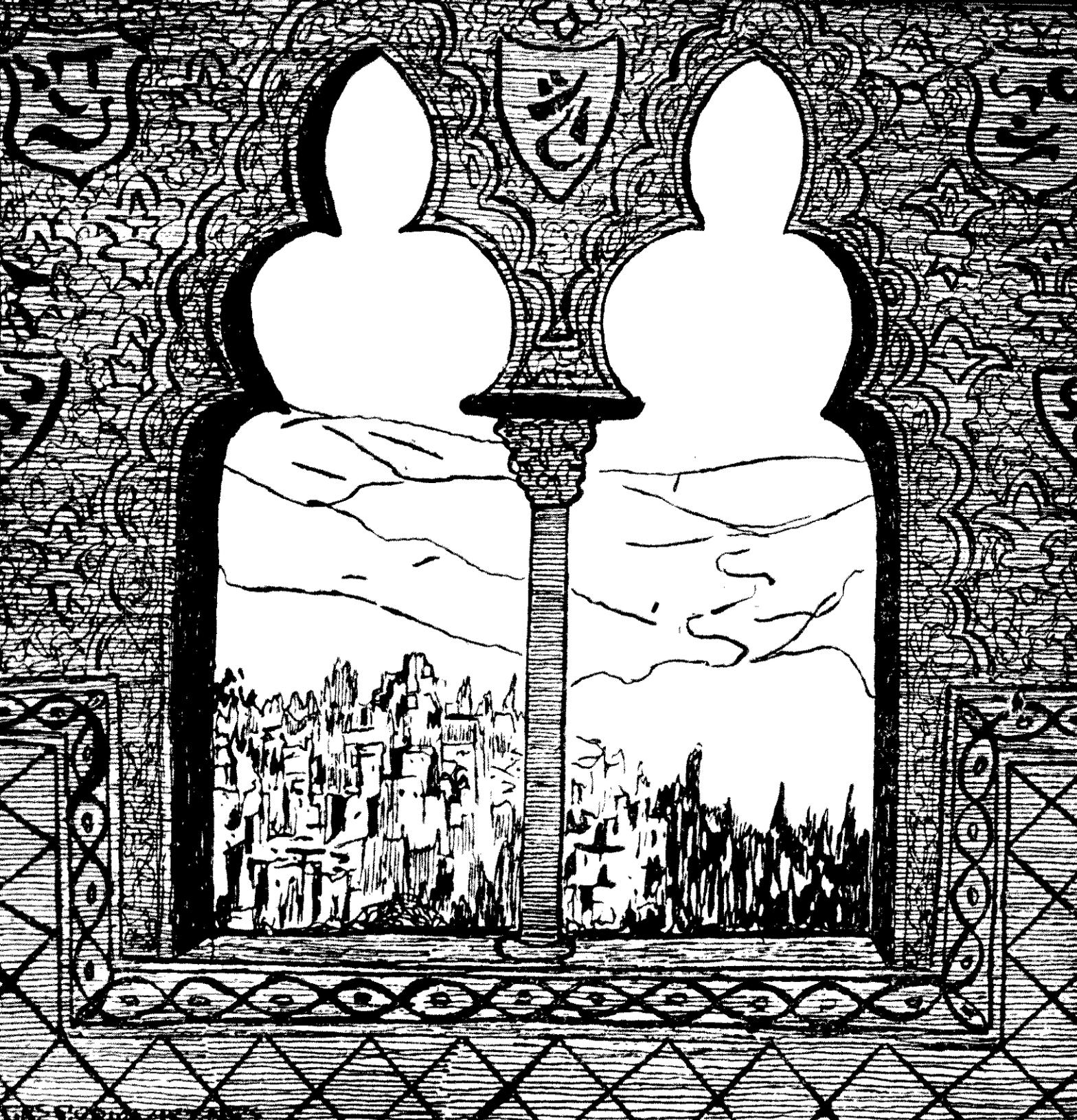
Las granadas de rubíes.
Fiesta de Poesía.
Las garras de la pantera.
Las joyas de Margarita.
La tela de Penelope.
Primavera romántica.
Las palmeras del oasis.

TEATRO

El Alcázar de las Perlas (tragedia árabe en cuatro actos y en verso).
Doña María de Padilla (drama histórico en tres actos y en verso).
El Rey Galaor (tragedia en tres actos y en verso, inspirada en un poema de Eugenio de Castro).
Ensueño de una noche de Invierno (poema lírico en tres cuadros y en verso, música de Ramón M. Montilla).
Un nocturno de Chopín (comedia romántica en un acto y en prosa.)
¡Era El! (poema en un acto y en verso).
Judith (tragedia bíblica en tres actos y en verso).
Aben-Humeya (tragedia morisca en cuatro actos y en verso).
El Halconero (leyenda trágica en tres actos y en verso).

TRADUCCIONES

La Glozonda (de Gabriel D'Annunzio).
La Cena de los Cardenales (de Julio Dantas).
Don Beltrán de Figueroa (de Julio Dantas).
Rosas de todo el año (de Julio Dantas).
Dolor Supremo (de Marcelino Mezquita).
Almas enfermas (de Marcelino Mezquita).

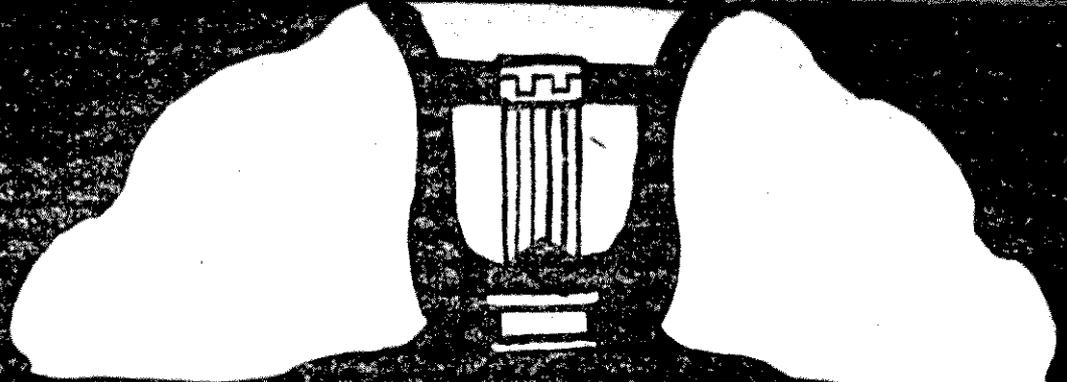


LABERNO HUNTERIA
TRAGEDIA MORISCA EN
CUATRO ACTOS Y EN UN
ORIGINAL DE
FRANCISCO VILLALBA



ES PROPIEDAD

MADRID.—Imp. Hispauo-Alemana, Gonzalo de Córdoba, 22.

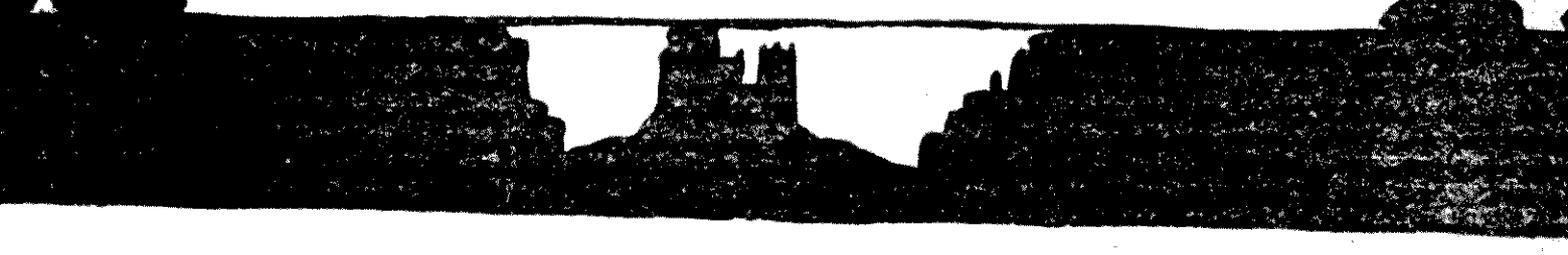


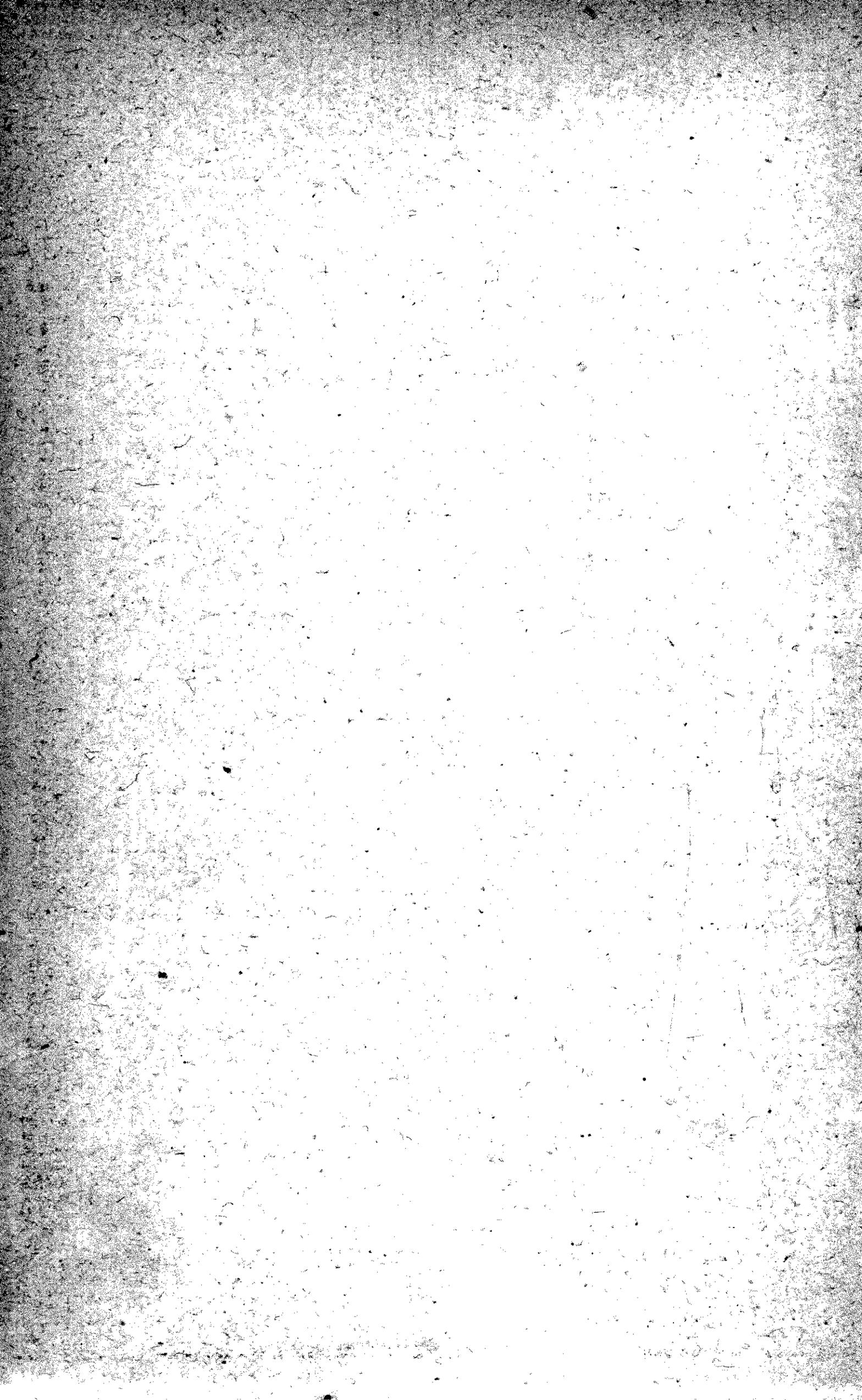
A Natalio Rivas

*Por el perenne y fervoroso culto que
habeis alzado en el fondo de vuestra
alma à la gloriosa y pródiga tierra que
guarda las nobles cenizas de nuestros
muertos, por todo cuanto habeis hecho
por glorificarla y por lo que aun espera-
mos de vuestro esfuerzo, le dedica este
poema alpujarreño, estos cantos de amor
y de sangre, de odio y de guerra, su de-
voto paisano y amigo*

Francisco Villaespesa.

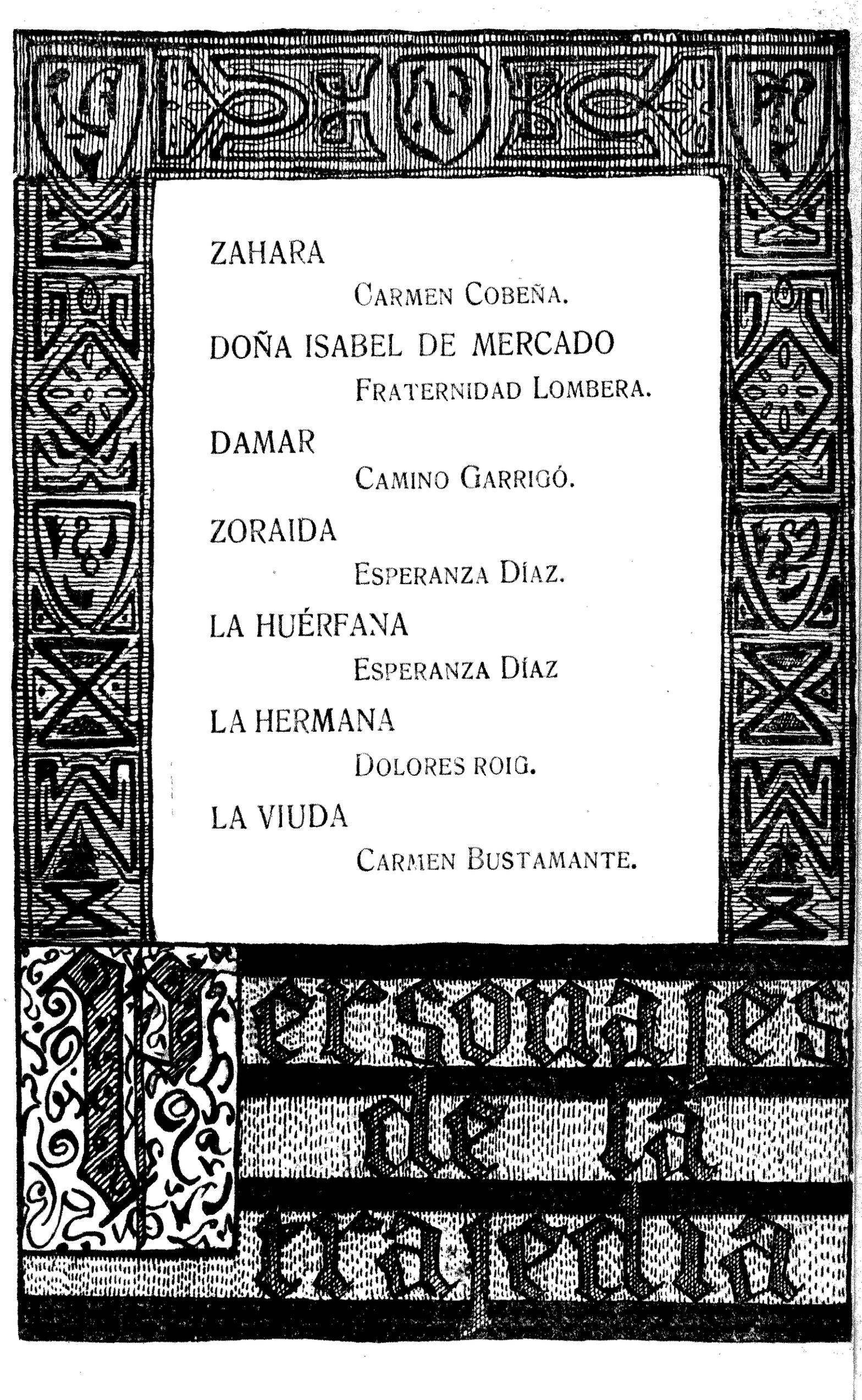
Laujar de Andarax, 16 de Diciembre de 1913.





ESTA OBRA FUÉ ESTRENADA CON CLAMOROSO ÉXITO,
EN EL TEATRO CERVANTES DE GRANADA EN LA NOCHE
DEL 18 DE NOVIEMBRE DE 1913, POR LA COMPAÑÍA
DE LA INSIGNE TRÁGICA CARMEN COBEÑA.

EL MAESTRO ANGEL BARRIOS COMPUSO PARA ELLA TRES
INSPIRADÍSIMOS MOMENTOS MUSICALES.



ZAHARA

CARMEN COBEÑA.

DOÑA ISABEL DE MERCADO

FRATERNIDAD LOMBERA.

DAMAR

CAMINO GARRIGÓ.

ZORAIDA

ESPERANZA DÍAZ.

LA HUÉRFANA

ESPERANZA DÍAZ

LA HERMANA

DOLORES ROIG.

LA VIUDA

CARMEN BUSTAMANTE.

LA DEMENTE	CONCEPCIÓN NICOLAS.
MORISCA 1. ^a	JULIA ZALDÍVAR.
MORISCA 2. ^a	ENCARNACIÓN PÉREZ.
ABEN-HUMEYA	ALFONSO MUÑOZ.
BEN-ALGUACIL	PEDRO GUIRAU.
DON ÁLVARO DE FLORES	RAFAEL COBEÑA.
DON LOPE DE ATIENZA	RICARDO MANSO. ✓
DON DIEGO DEL RÍO	RICARDO MANSO. -
ABEN ABÓO	JOSÉ TRESCOLÍ.
HUEZÍN	ANTONIO PEDROSA. -
PELÁEZ	ANTONIO PEDROSA.
VILCHES	ERNESTO CARBÓ.

EL HABAQUÍ

ERNESTO CARBÓ. -

EL CAÑARÍ

JOSÉ TRESCOLÍ. -

EL PARTAL

RAFAEL COBEÑA. -

ALMENDARI

ANTONIO PEDROSA. -

PREGONERO

FRANCISCO ROIG.

SOLDADO 1.º

VICENTE HUARTE.

SOLDADO 2.º

FRANCISCO ROIG. -

MORISCO 1.º

ANTONIO AYRÁS.

MORISCO 2.º

LINO CRISTÓBAL.

*Cautivas, Moriscas, Soldados, Moriscos,
y Turcos.*

La acción pasa en Granada y en las Alpujarras,
en 1567-1569.



Una plaza en la cima del Albaicín, desde donde se divisan, glorificadas por el oro y la púrpura de la tarde, las magnificencias de la ciudad y las maravillas de la Alhambra. Entre la verde primavera de los jardines, se destacan tragicamente, los bermejos torreones del Alcázar Real, y las severas fortificaciones que lo defienden, custodiando con un cinturón de murallas, los fabulosos tesoros del más glorioso

ensueño nazarita. A la izquierda un algibe de doble arco, empotrado en el muro de un viejo torreón practicable, al cual se asciende por una pequeña escalinata de piedra. En primer término, la fachada blanca de cal y reluciente de azulejos, de una rica vivienda morisca. Puerta estrecha. Ajimeces de mármol con espesas celosías de colores. A la derecha, otras casas, y en primer término, una callejuela. En el centro de la escena, una hoguera encendida. Empieza á declinar la tarde.

ESCENA 1.^a

ZAHARA, DAMAR, ALMENDÁRI, MORISCOS

Y MORISCAS

Los moriscos sentados á las puertas de sus casas, en la escalinata del algibe y en el balaustre del fondo de la plaza, silenciosos é inmóviles, con la cabeza entre las manos, profundamente abatidos. Las moriscas forman un semicírculo en torno de la hoguera, agitando sus almaizales.

ZAHARA

Con el almaizal en las manos.

¡Blancos almaizales,
celajes de gasa,
donde como estrellas
en nubes de plata,
de las granadinas,
los ojos brillaban;
puesto que ya, nunca
velareis sus gracias,
—asi el Rey Felipe
en su edicto manda—

sed humo y ceniza
dentro de estas llamas!

Arroja los velos al fuego.

DAMAR

Volviéndose á los hom-
bres.

¡Granadinos, como hembras,
dejad correr vuestras lágrimas,
puesto que hombres no sois
para salvar á Granada!

Los hombres se retuer-
cen de ira. Otros sollozan...
Algunas doncellas acompa-
ñan la lamentación, tañien-
do adufes y dulzainas.

ZAHARA

Desprendiéndose de sus
ricos collares.

¡Frágiles collares
de coral y ambar,
topacios, zafiros,
perlas y esmeraldas,
con broches de oro
y engarces de plata,
que sobre los senos
relampagueaban;

puesto que ya, nunca
—así el Rey lo manda—
podréis enroscaros
á nuestras gargantas,
rompeos en lluvia
de fúlgidas lágrimas!

Los arroja á la hoguera,
rompiéndolos violentamen-
te.

DAMAR

A los hombres.

¿No os dá vergüenza, quejaros
como míseras esclavas,
teniendo las manos libres
para manejar las armas?

Los hombres continúan
sollozando.

ZAHARA

Sacando un Koram del
seno.

¡Libro que al Profeta,
un ángel dictara,
á compás del trueno,
sobre una montaña;

como no podemos
 recitar sus máximas
 —así el Rey Felipe,
 en su edicto manda—
 dentro de esta hoguera
 quememos tus páginas,
 porque no las manchen
 las manos profanas!

Desgarra el Koram y
 arroja los pedazos á las llama-
 mas. Los hombres se cubren
 el rostro. Algunos se muer-
 den los puños de coraje.

ALMENDÁRI

¡Oh, libro santo, contigo
 se quema también mi alma!

MORISCO 1.º

¡Las llamas que te consumen
 á mi corazón abrasan!

ALMENDARÍ

¡Es un trozo de mi carne
 cada hoja que te arrancan!

DAMAR

A los hombres.

¡Si defender no podeis
nuestra Ley, con vuestra espada,
arrancáos esas lenguas
de raíz, como cizaña,
antes que el aire envilezcan
con lamentaciones vanas!

MORISCA 1.^a

¿Para qué quereis la lengua,
si han prohibido nuestra habla?

ZAHARA

Aproximándose de nuevo
á la hoguera.

¡Danza de otros días,
armoniosa danza
de nuestras leleilas
y de nuestras zambras,
en la que á las luces
de las almanaras,
sobre la alcatifa
de flores bordada,
sueños de amor, tejen
las ágiles plantas,

mientras nuestros cuerpos
se encurvan y enlazan,
como los rosales
cuando el viento pasa!..
¡Ya nunca en tus giros
flotarán al aura
negras cabelleras
sobre espaldas blancas!..
Porque nos prohíbe,
nuestro Rey danzarla,
¡sollozad, adufes,
y plañid, dulzainas!..
¡Bailemos doncellas,
hijas de Granada,
en torno del fuego,
la última danza!

Algunas doncellas bailan
agitando sus velos, al son de
adufes y dulzainas.

MORISCOS

Sollozando.

¡Ay, de nosotros!..
¡Ay, de Granada!

ESCENA II

DICHOS Y EL CAÑARÍ

que descende del torreón.

CAÑARÍ

A los moriscos.

¡Aquí los hombres llorando,
mientras las mujeres danzan!..
¿No oís el pregón, que pregona,
al viento nuestra desgracia?

Algunos hombres se le
acercan, las mujeres cesan
de danzar y le rodean. Se
escucha un redoble lejano
de atambores.

ALMENDARÍ

¿Qué nueva infausta, nos traes?

MORISCO 1.º

¿Qué rigor nos amenaza?

ZAHARA

¿Qué nueva tormenta, padre,
tu adusto ceño presagia?

EL CAÑARÍ

Un escuadrón de soldados
ha subido de la Alhambra
á darle fuerza al edicto
que el Rey Felipe ordenara.
En vano ha pedido treguas
para cumplir la pragmática,
nuestro protector, el noble
Don Alonso de Granada,
descendiente de los reyes
que éstos reinos gobernarán...
¡La Audiencia le ha desoído!

Los moriscos sollozan.
Las mujeres se indignan.

ZAHARA

A los hombres.

¡De vosotros es la infamia,
porque llorais como hembras,
en vez de empuñar las armas!

ALMENDARÍ

¿Qué pueden hacer los brazos,
si no tenemos espadas?

ZAHARA

El enemigo las tiene...
¡Cobardes, id á tomarlas,
y haced que cumpla el cristiano
las condiciones pactadas
bajo las cuales, rindieron
nuestros padres á Granada!

ALMENDARÍ

¡Dios, por nuestras propias culpas,
este castigo nos manda!...
¡Doblemos la frente, ante
su voluntad soberana!

MORISCO 1.º

Sin cabeza que nos guíe,
sin recursos y sin armas
¿cómo vamos á oponernos
á las banderas de España?

EL CAÑARÍ

¡Si no estuviese la sangre
en vuestras venas helada,
romperíamos los hierros
con que el cristiano nos ata!...

Sólo nuestro grito esperan
para asaltar á Granada,
más de treinta mil moriscos
armados, en la Alpujarra!

Resuenan atambores cercanos. Los soldados aparecen en la explanada del torreón.

ALMENDARÍ

Temeroso.

¡Silencio! el pregón se acerca.

MORISCO 1.º

Huyendo por la callejuela.

¡Huyamos á nuestras casas!

Algunos moriscos le siguen; otros permanecen inmóviles sentados en los tramos de la escalinata y en el balaustre de la plaza. Las mujeres se agrupan en torno de la hoguera. Solo el Cañarí, permanece de pie en el centro.

ESCENA III

DICHOS

El Capitán D. Alvaro de Flores. Pregonero, Soldados y Ministriles. Silencio de espectación, redoble de atambores.

PREGONERO

Desde el torreón

¡Vecinos de estos barrios: en el nombre del Rey nuestro Señor Felipe II, que Dios guarde, á todos los moriscos que habiten en sus reinos, bajo pena de muerte, les prohíbe que hablen su ruda algarabía, que celebren sus ritos, que se envuelvan en velos, y que vistan sus trajes, que usen baños y afeites, que den zambras y fiestas, y que á la antigua usanza de su nación se casen!

El capitán y los soldados
descienden.

DON ÁLVARO

Ya el pregón habeis oído...
¡Los que infrinjan la ordenanza,
serán sin más expedientes,
quemados en una plaza!

Viendo á los moriscos,
inmóviles.

¿Pero qué os pasa? ¿Qué hacéis
inmóviles, como estatuas,
sentados en los umbrales?

Les dá con el pie para
que se levanten. Los sol-
dados le imitan.

¡Levantáos, vil canalla,
é inclináos ante el nombre
del Rey Felipe de España!

Todos se levantan y se
inclinan menos el Cañarí
que permanece erguido.

¡Gritad: ¡Viva el Rey Felipe!

MORISCOS

(Menos el Cañarí.)

¡Viva! ¡Viva!

DON ÁLVARO

Reparando en la actitud
del Cañarí.

¿Por qué callas,
tu, miserable?... ¿Eres mudo?...
A ver si á los golpes hablas!

Le cruza el rostro con
la vaina del acero. El Ca-
ñarí retrocede de un salto.
Se palpa los vestidos como
buscando un arma. Las
mujeres gritan.

EL CAÑARÍ

Haciendo un esfuerzo terrible para contenerse.

También dí el viva... ¡Tened más respetos de estas canas!...
¡Si yo fuese como vos,
la mano que me tocara,
para echársela á los perros,
de un golpe la cercenara!

Don Alvaro lo golpea nuevamente. Los soldados lo sujetan. Las mujeres gritan. Solo los moriscos permanecen silenciosos.

SOLDADO 1.º

¡Echadle una soga al cuello
y entrémosle así en Granada!

Los soldados atan al Cañarí, golpeándole.

ZAHARA

Saltando como una fiera
delante del capitán.

¡Capitán, ese es mi padre!...
¡Oh, si yo tuviese armas,

contra vos y contra todos
 juntos, tomára venganza!
 ¡Soltad el preso al momento,
 si no queréis que á pedradas,
 igual que á perros rabiosos,
 os echemos de esta plaza!

DON ÁLVARO

Mirando á Zahara.

Una morisca más bella,
 jamás ví...

Aproximándose con
 exagerada galantería.

La faz levanta
 que quiero admirar las glorias
 que Dios ha puesto en tu cara!

La intenta sujetar por
 un brazo.

ZAHARA

¡Déjame!

DON ÁLVARO

¡Vamos, morisca,
 acércate!

ZAHARA

Me acercara,
si algo, si un arma tuviera
que clavarte en las entrañas!

Retrocede y se ampara
entre las moriscas.

MORISCAS

Agresivamente.

¡Soltad al preso! ¡Soltadle!

ALMENDARI

Interponiéndose.

¡No aumentad nuestra desgracia!
¡Callad... y del cielo cúmplase
la voluntad soberana!

DON ÁLVARO

A Zahara.

¡Tú, así lo quieres, pues ¡sea!
¡Soldados: id y apresadla,
y á la hija y al padre juntos
bajaremos á Granada!

Los soldados se disponen á cumplir las órdenes. Las mujeres se les interponen.

DAMAR

A los soldados.

Venid por ella, si sois capaces de tal hazaña.

ZAHARA

Desafiante.

Aunque estos hombres cobardes

Señalando á los moriscos.

en vez de ampararnos, callan,
viendo como ante sus ojos
á sus mujeres maltratan,

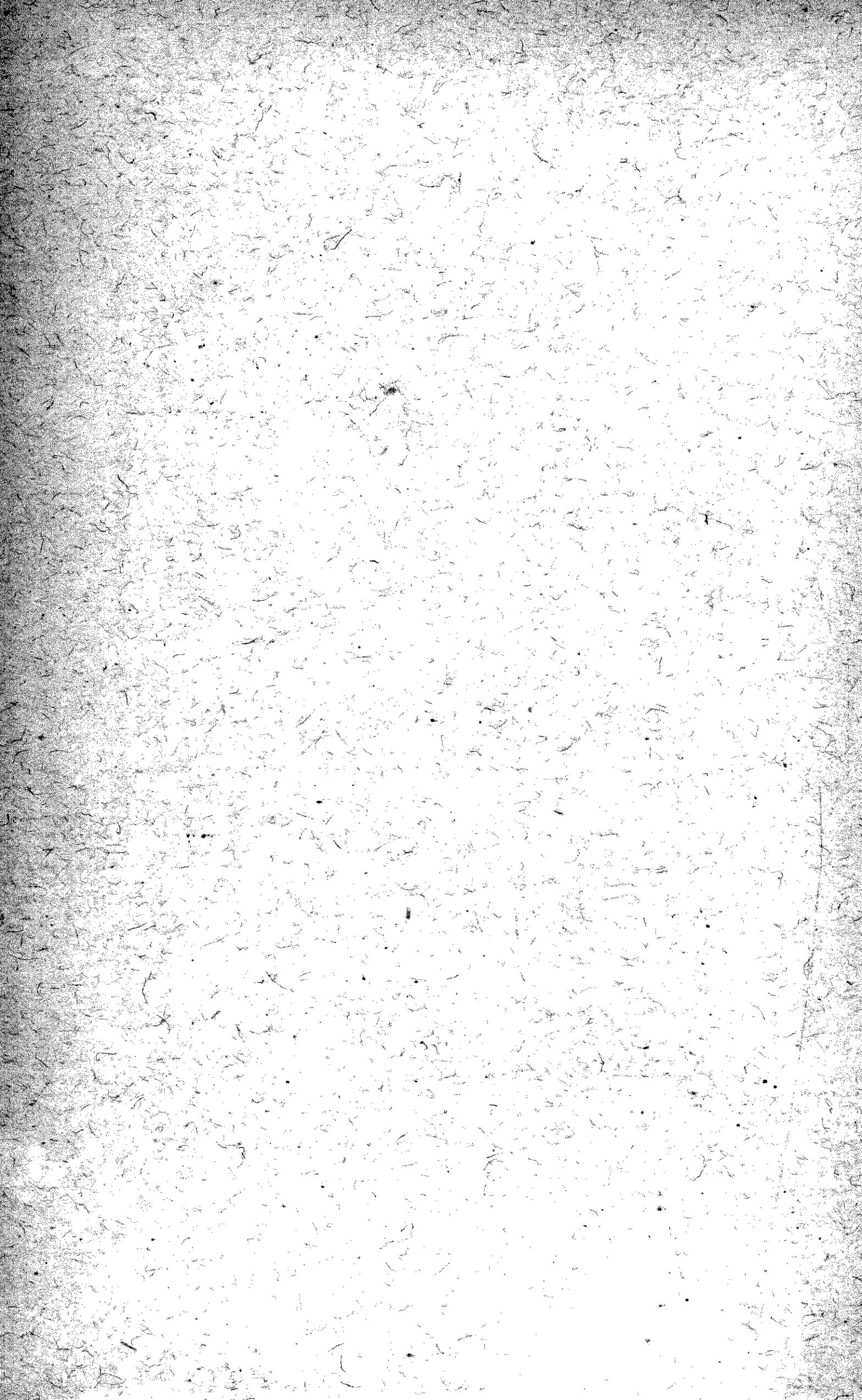
A los soldados.

¡arremeted con nosotras,
pues es justo que combatan
contra indefensas mujeres
los que á los viejos ultrajan!

DON ÁLVARO

Basta de contemplaciones
¡Soldados, á ellos!

Al ir á acometer los soldados aparecen por el torreón, Diego Alguacil y un grupo de moriscos armados.



ESCENA IV

DICHOS, DIEGO ALGUACIL Y MORISCOS
ALGUACIL

Interponiéndose.

¿Qué pasa?

ZAHARA

Gritando.

¡Quieren llevarse á mi padre!...

DAMAR

¡Y á ella quieren apresarla!

DIEGO ALGUACIL

A los moriscos.

¿Y vosotros consentis
que se cumpla tal infamia?
Moriscos, llegó la hora
de empezar nuestra venganza...

¡A morir por nuestra ley
ó á triunfar por nuestra causa!

Se dispone á acometer
con un grupo de moriscos.
Las mujeres se arman de
piedras.

DON ÁLVARO

¡Soldados, á arcabuzazos,
disolved esa canalla!

Los soldados preparan
las mechas, mientras otros,
espada en mano, se dispo-
nen á acometer.

ESCENA V

DICHOS, DON FERNANDO DE VALOR

Que entra por la calle-
juela y se interpone entre
ambos bandos.

DON FERNANDO

Desembozándose.

¡Paso franco, á un caballero,
veinticuatro de Granada!

Al reconocerle, el Capi-
tán y los soldados se des-
cubren. Los moriscos co-
rren hacia él.

DON ÁLVARO

Saludándole.

¡Señor Don Fernando Válor!

DON FERNANDO

Decid, Capitán ¿qué pasa?

DAMAR

Interrumpiéndole.

Señor, que nos atropellan!...

DON FERNANDO

Severamente. |

¡Que hable el Capitán! ¡Tú, calla!

DON ÁLVARO

Señalando al Cañari.

Porque prendimos á este
anciano que se negaba
á victorear el nombre
del Rey Felipe de España,

Todos se descubren.

ya lo véis, señor, está
esta chusma alborotada,
y entrarla á razón pensamos
con la fuerza de las armas!

ZAHARA

Acercándose resuelta á
Don Fernando.

Él ha ultrajado á mi padre
sin motivos, y su cara

cruzó, cual la de un esclavo,
con la cinta de su espada.
¡Y este ultraje, no toleran
las perspnas de mi raza,
pues cuando para vengarse
hombres de valor les faltan,
saben vengarse á sí mismas
las mujeres de Granada!

DAMAR

¡Nos ultrajó, Don Fernando!

ALGUACIL

Nuestra paciencia se cansa,
pues comienza un nuevo ultraje,
cuando otro ultraje se acaba!

DON FERNANDO

Imperiosamente.

¡Callad! Disolveros presto...
Cada cual torne á su casa.

ALGUACIL

Bien sabe Dios que lo hacemos,
porque tú, señor, lo mandas...

DAMAR

Sólo por ti nos marchamos
que si nó...

DON FERNANDO

¡Moriscos, basta!

Al Capitán.

Capitán, soltad al preso...
Yo le sirvo de fianza.

Los moriscos se entran
en sus casas ó se van por
la calleja, menos Zohara y
Alguacil.

DON ÁLVARO

¡Sólo por vos le doy suelta!

Los soldados sueltan al
Cañarí que se arroja á los
pies de Don Fernando.

CAÑARÍ

¡Señor Don Fernando, gracias!

DON ÁLVARO

A los soldados.

Y nosotros, á seguir
pregonando la pragmática!

Saluda á Don Fernando
y se va, seguido de los sol-
dados, por la calleja.

¡Vive Dios, que de estas gentes
luego tomaré venganza!

ESCENA VI

DON FERNANDO DE VÁLOR, ZAHARA, ALGUACIL
Y EL CAÑARÍ

EL CAÑARÍ

¡Mi vida, Señor, es tuya!

ZAHARA

Arrodillándose á los
pies de Don Fernando.

¡A tus pies está tu esclava!
¡Bien se conoce que corre
por tus venas, la preclara
sangre de aquellos kalifas
que fueron glorias de España!...

ALGUACIL

¡Contra el cristiano, á la gente
de tu antiguo reino ampara!

DON FERNANDO

Haciéndoles levantar
del suelo.

No vengo á daros amparo
sino á pedirlo...

CAÑARÍ

¿Qué pasa?

ALGUACIL

¡Nuestra sangre, gota á gota
verteremos por tu causa!

ZAHARA

¡Por ti, gustosos muriéramos
como esclavos!...

CAÑARÍ

Señor, habla!

DON FERNANDO

Ya sabéis todos que soy
veinticuatro de Granada,

y que tengo por Real Cédula
á mis padres otorgada,
derecho á entrar donde quiera
armado de todas armas.

Esta tarde fuí á Cabildo
á la sesión, y llevaba
la daga prendida al cinto
y en el tahalí, la espada.

Como es costumbre que nadie
armado á Cabildo vaya,
dejé el acero en la puerta...
más se me olvidó la daga.
Pero el Alguacil mayor,
el Señor Don Pedro Daza,
apenas me vió, me dijo
con descompuestas palabras:

—Ya sabe vuesa merced
que es costumbre, respetada
por todos, en este sitio
penetrar siempre sin armas...
Conque, Señor Don Fernando,
dejad que os quite la daga.

—Eso no reza conmigo—
le dije rojo de rabia—

que tengo derecho á entrar
armado donde me plazca,
pues procedo de la sangre
de los Reyes de Granada!

—¡Sangre morisca, y cual tal
miserable, ruín y baja!—
¡Así repuso Don Pedro!...
Más no acabó la palabra
sin que la afrenta, mi mano,
en su rostro, no vengara!

—Prendedle,—gritaron todos
á los soldados de guardia.
Mas yo á través de la chusma
me abrí paso con la daga...
Y aquí me tenéis buscando
un amparo en mi desgracia,
mientras mis quejas elevo
á Don Felipe de España...
Preciso es, que disfrazado
salga hoy mismo de Granada!

CAÑARÍ

Insinuante.

¡Don Fernando, si quisiérais
que bien dejaríais vengada

vuestra afrenta. Nuestra gente
á alzarse está preparada!

ALGUACIL

¡Más de treinta mil moriscos
te esperan en la Alpujarra!

CAÑARÍ

¡Para triunfar del cristiano
sólo tu ayuda nos falta!

ZAHARA

¡Coloca sobre tus sienes
la corona de Granada!...

CAÑARÍ

Lo primero es que te salves...
Después, señor... En mi casa
entra, y en ella hablaremos
en tanto que te disfrazas.

A Alguacil y Zahara.

Vosotros aquí quedaros,
vigilando en esta plaza,

no vaya á ser que la ronda
venga á prenderle, avisada
por las gentes de Don Alvaro,
del lugar donde se halla.

DON FERNANDO

¡Que el Señor, os premie el celo
con que amparáis mi desgracia!

ZAHARA

¿Quién teniendo sangre mora
no ha de morir por tu causa
si siempre has sido el escudo,
de las gentes de tu raza?

Éntrase Don Fernando
y Cañarí en la casa. Zaha-
ra y Alguacil permanecen
en escena. Empieza el cre-
púsculo.

ESCENA VII

ZAHARA, DIEGO, ALGUACIL

ALGUACIL

¡Por fin, Zahara, que á solas
contigo un instante quedo!

ZAHARA

¡Para platicar de amores
no es oportuno el momento,
que entre el amor y la patria,
la patria siempre es primero!

ALGUACIL

No vengo á hablarte de amores,
sino á decir que no puedo
sufrir ya más los ultrajes
y afrentas que padecemos,
y que me voy esta noche
á la sierra con los nuestros.

ZAHARA

¡Ese es tu deber, ve y cúmplelo,
que yo aquí, tu suerte espero,
para si tornas triunfante
premiar, Alguacil, tu esfuerzo,
ó para vengar tu muerte
sí cayeses defendiendo
con las armas en la mano
la libertad de tu pueblo!

ALGUACIL

Sólo por estar ausente
de tu amor, marcharme siento...
¡Estando lejos de tí
me voy á morir de celos!

ZAHARA

¿Celos de mí? Mas ¿por qué?

ALGUACIL

Porque es tu rostro tan bello,
que el que lo mira no puede
borrarlo de sus recuerdos;
porque embalsaman tus labios

á las brisas con su aliento,
y el que respira sus rosas
no puede vivir sin ellos!
Celos de todo! Del aire,
porque agita tus cabellos;
del sol, porque en tus mejillas
deja sus besos de fuego;
de lo que miran tus ojos,
de lo que tocan tus dedos
¡y hasta del traje que vela
los tesoros de tu cuerpo! ...

¡Y mira hasta donde llega,
Zahara, mi ofuscamiento,
que há poco, cuando el de Válor,
queriendo alzarte del suelo
te dió la mano, clavando
en tus grandes ojos negros
las pupilas codiciosas,
tuve que hacer un esfuerzo
terrible para no hundirle
este puñal en el cuello!

ZAHARA

Asombrada •

¿Celos tú de Don Fernando?

ALGUACIL

Hace tiempo que los tengo!

ZAHARA

Mas, ¿por qué?

ALGUACIL

Si se razonan
los celos, ya no son celos!...
Porque tú eres muy hermosa
y es muy galán el mancebo!

Violentamente

¡Le miraste!

ZAHARA

Con severa dignidad

No confundas
el amor con el respeto.
Es nuestro señor. Desciende
de nuestros Reyes, de aquellos
nobles kalifas que leyes
á España y al mundo dieron...

Ni yo he de aspirar á tanto,
ni él puede aspirar á menos!

Aproximándose. Con sinceridad, pero sin apasionamiento.

Parte tranquilo á la lucha...
¡Tuyos son mis pensamientos,
mi corazón y mi alma,
cuanto soy y cuanto tengo!
Las mujeres como yo
cumplen lo que prometieron!

Y si durante la ausencia,
al hallarse de tí lejos,
mis ojos mirasen algo
que no fuese tu recuerdo,
me los arrancase, para
castigar su atrevimiento!



ESCENA VIII

Dichos, DON FERNANDO Y EL CAÑARÍ.

Por la puerta de la casa de la izquierda aparece El Cañarí seguido de Don Fernando, disfrazado de morisco. Al verlos, los amantes se separan y se les aproximan.

CAÑARÍ

A Don Fernando.

Aquí quedad un instante.
Tú, Diego Alguacil, conmigo
ven á ensillar el caballo
y á prevenir los amigos.

A Zahara.

Tú, la entrada de la casa
vigila desde este sitio,
y prevén á Don Fernando
por si hubiera algún peligro.

A Don Fernando.

Aquí estamos al momento...
Descansad, señor, tranquilo...

Vase por la escalinata
del torreón.

ALGUACIL

Marchando tras El Ca-
ñari.

¡Dejarlo aquí con Zahara,
vive Dios, que es un suplicio!

ESCENA IX

ZAHARA, DON FERNANDO

El crepúsculo empieza á declinar, ensangrentando las altas torres de la Alhambra. De la ciudad remota asciende un lejano repique de campanas que tocan á oraciones. La luz es suave y dulce y una onda de poesía parece envolverlo todo. Don Fernando, como un sonámbulo, se acerca al último pilar del arco del algi-be, y, apoyándose en él, se queda un momento absorto en la visión de la ciudad. Zahara le sigue como una sombra, sumisa y ténue. También sus ojos y su alma parecen perderse en la misma contemplación.

DON FERNANDO

Como hablando consigo mismo.

¡La hora ya ha sonado! ¡Cúmplase la voluntad del destino!..
¡Adiós! ciudad de mis sueños,
pensil en donde he nacido,
quizás no vuelvan á verte
estos pobres ojos míos,

que al despedirse se llenan
de amargo llanto, lo mismo
que si al dejar tus vergeles
dejasen el Paraíso!

Ningún amante en el mundo
¡adiós! dijo á su cariño,
con la ternura y la pena
con que yo á tí te lo digo!

Queda un momento
inmóvil reclinado en el pi-
lar, como ocultando su
llanto y su tristeza.

ZAHARA

Como soñando.

¡Granada, Granada,
de tu poderío
ya no resta nada!
Lloran elegías las aguas del río,
y entre sus cristales ya no te reflejas
como una Sultana, la sien coronada
de áureos minaretes y torres bermejas.

Ya tus tejedores no entonan cantares,
mientras sus telares
hilan las más ricas y frágiles sedas...
Mudas se quedaron tus alfarerías...

Tan sólo las brisas lloran elegías
entre los verdores de tus alamedas!

El agua, que en todo su frescor diluye,
es llanto que eterno de tus ojos fluye
llorando la antigua grandeza pasada.
De tu poderío ya no resta nada...
¡Tu gloria, Granada,
pasó como pasa, bajo el puente, el río!

Hoy entre tus muros no hay un alarife
que teja el ensueño de un Generalife
con gemas y perlas y randas de encajes;
ni al marcial estruendo de atambor sonoro,
cruzan por tus plazas los Abencerrajes,
vestidos de plata y armados de oro!

Ya las callejuelas de tu Alcaicería
no invade el tumulto, ni la algarabía
de hombres que discuten en lenguas extrañas;
ni sueñan Príncesas tras los alhamíes,
ni en Bib-Rhambra quiebran, justando, sus cañas,
gallardos Gomeles y altivos Zegríes!

Ya por puerta Elvira
la plebe de activos obreros, no mira
pasar los botines guerreros... Altivos
caudillos, de polvo, de sangre bañados,

que arrastran cadenas de tristes cautivos
por largas hileras de picas guardados;
ni ve los camellos de las caravanas
que vienen cargados
con oro y perfumes de tierras lejanas;
ni entre la arboleda que ensombra el camino
contempla un relámpago de armas que se aleja;
ni de las antorchas, á la luz bermeja,
levanta palacios dignos de Aladíno!..

Ya el Darro no copia sobre sus cristales
ojos negros entre nubes de almaizales,
ni á beber sus aguas inclinan los cuellos
mojando las crines, ágiles corceles,
mientras de la Luna los blancos destellos
riman con la albura de los alquiceles!

Ya el Genil no riega
las huertas floridas
que pueblan la vega,
ni en sus frescas aguas lavan sus heridas
soldados que tornan de alguna algarada...
Su corriente gime como avergonzada:
una pena eterna suspira en su canto,
cual si en vez de aguas arrastrase llanto!..

La Alhambra está sola. Entre la floresta
ya no queda un eco de la antigua fiesta.

Bajo los encajes de los ajimeces
la voz de la guzla no solloza amores
mientras entre aromas y entre ruiseñores
da la Luna al mármol aureas palideces.

Ni en las alcatifas de sus patios mudos
tejen odaliscas con los pies desnudos
todas las lascivas danzas del Oriente
entre los perfumes de los pebeteros;
ni por sus mosaicos resbalar se siente
la espuela de oro de altivos guerreros...

Granada ¡Granada!... Tu Alhambra está en ruinas!
Llorando hasta el Africa van las golondrinas
á dar á tus hijos el triste mensaje,
y tus nobles hijos lloran de coraje,
ensillan los potros, empuñan la espada
y aullando de rabia se van hacia el mar,
y al ver los perfiles de Sierra Nevada
se postran de hinojos y gimen: ¡Granada!...
y las olas lloran al verlos llorar!..

¡Granada! ¡Granada!,
de tu poderío
ya no resta nada.

Lloran elegías las aguas del río
y entre sus cristales ya no te reflejas,

como una Sultana, la sien coronada
de aureos minaretes y torres bermejas!

Queda un momento con
la cabeza entre las manos,
profundamente abatida.

DON FERNANDO

Que la ha escuchado en
silencio apoyado en el arco
del algibe, se le acerca pro-
fundamente conmovido.

Zahara, á mis pensamientos,
como un eco han respondido
esos trágicos lamentos
que sin respirar he oído,

como escucha el musulmán
de hinojos en la Mezquita
la majestad infinita
de los versos del Coran!

Véme, Zahara, llorar
de impotencia y de dolor!
¡Ay, quién le pudiera dar
á Granada su esplendor!

¡Y que en vez de esas campanas
que en las iglesias cristianas

repican las oraciones,
resonase en sus confines
el clamor de los muezines
en los altos torreones!

ZAHARA

Insinuante.

Si Don Fernando Muley
desenvainase la espada,
Granada tuviese Rey
y fuese otra vez Granada!

¡Si Don Fernando quisiera
—brazos no le han de faltar—
aún mirase su bandera
en la Alhambra tremolar!

DON FERNANDO

¡Granada, Granada mía,
ayer altiva Sultana
y hoy esclava de la impía
y feroz turba cristiana,

todo esfuerzo será vano!...
¡Ya no tienes salvación,
que en los brazos del cristiano
has perdido el corazón!

ZAHARA

Con voz profética.

Humana grandeza,
orgullo, belleza,
poder, sentimiento...
Todo, todo es viento,
humo que se va!

En los viejos muros
con trazos seguros,
un día lejano
le esculpió una mano
que ni polvo es ya...

Lo saben las flores
y los ruiseñores;
el ciprés lo siente,
lo dice la fuente:

—¡No hay más Dios que Alá!

¡Plantar quiso en vano
su cruz el cristiano
en tus torres!... ¡Nada,

Granada es Granada,
¡siempre lo será!...

Lo saben las flores
y los ruiseñores;
el ciprés lo siente,
lo dice la fuente:
—¡No hay más Dios que Alá!

EXCENA X.

Dichos. CAÑARI y ALMENDARI

Bajando precipitadamente por el torreón.

ALMENDARI

Don Fernando, presto, presto,
¡salvaos, Señor, salvaos!

CAÑARI

Señalando á la derecha.

Al final de esta calleja
os esperan los caballos,
y un buen golpe de moriscos
para poder escoltaros.

ALMENDARI

De Granada salió fuerza
para prenderos...

CAÑARI

Hallaron
 á los soldados que iban
 el edicto pregonando,
 y ellos le dijeron, donde
 estábais.

Se oyen voces lejanas.
 Las campanas tocan á re-
 bato. Redoble de atambo-
 res y arcabuzazos.

ALMENDARI

¡Y todo el barrio
 al conocer la noticia
 en vuestro favor se ha alzado!

CAÑARI

¿No escucháis, señor, cual tocan
 las campanas á rebato?

Las mujeres se asoman
 á las ventanas y á las puer-
 tas. El vocerío aumenta.

MORISCOS

Fuera.

¡Viva Aben Humeya!

—¡Viva!

EXCENA XI

Dichos. ALGUACIL y MORISCOS

Armados que penetran
por el torreón.

ALGUACIL

¿Dónde estas, señor? ¡Tu brazo
ha de romper las cadenas
que nos impuso el cristiano!

DON FERNANDO

¿Qué queréis de mí, moriscos?

ALGUACIL

¡Qué nos salves y salvaros!

ALMENDARI

¡Qué al frente nuestro te pongas
y del Albaicín salgamos!

ALGUACIL

Que con nosotros te vengas
á la sierra, para darnos,
libertad... ¡Qué tú seas
nuestro Rey!

DON FERNANDO

Decidido.

¡Al campo vamos!...
Y cúmplase de mi estrella
los designios soberanos!...
¿Una mano qué os guíe
os falta? Aquí está mi mano,
y á vengar va Aben Humeya
á Don Fernando de Válor!

Se va seguido de los
moriscos por la calleja.

ALGUACIL

¡Viva Aben Humeya!

MORISCOS

¡Viva!

ALGUACIL

A Zahara.

¡Adios, Zahara. Me marchó
donde el deber me reclama,
á libertad mis hermanos!

ZAHARA

Despidiéndose.

Mi vida se va contigo

DAMAR

Que desciende por la
escalinata.

¡Qué se acercan los cristianos!

ZAHARA

A los moriscos.

¡Huid pronto, que ya se acercan!

EL CAÑARÍ

Vosotras, pronto, á encerraros.

Se van los moriscos por
la calleja. El Cañarí y su
hija penetran en su casa.
Los demás moriscos se en-
cierran en la suyas.

ESCENA ÚLTIMA

DON ALVARO DE FLORES, DON LÓPEZ DE ATIENZA,
PREGONERO, SOLDADOS, luego ZAHARA,
DAMAR Y MORISCOS

Gritos y atambores que
resuenan cercanos

DON ALVARO

A Don Lópe.

Aquí hallamos al rebelde.
En alguna de estas casas
debe encontrarse escondido.

DON LÓPE

Más todas están cerradas.

DON ALVARO

A los soldados.

¡Llamad, y si no contestan
que al suelo las puertas caigan!

Golpeando las puertas.

SOLDADOS

¡Abrid al Rey! ¡No responden!

DON ALVARO

¡Sin compasión saqueadlas,
y que no escape ninguno
de los que hay dentro!...

Los soldados echan
abajo las puertas.

DON LÓPE

La Plaza

vos vigilad, Capitán,
en tanto que estas moradas
registro, á ver si en alguna
encuentro al rebelde. Gracias
por vuestra ayuda, ¡Don Alvaro!

Entra en una casa.

DON ALVARO

¡Ya comienza mi venganza!
¡Oh, si la casa de aquella
morisca, yo hallar lograra,
la humillación de esta tarde
daba por bien empleada!

PREGONERO

Señalando la casa de la
izquierda.

Aquí, Don Alvaro vive,
la morisca más bizarra
de todas cuantas encierran,
del Albaicín, las murallas.
La de esta tarde...

Resuenan gritos y arcabuzaros.

DAMAR

Dentro.

¡Socorro!

DON ALVARO

Al pregonero y á un soldado.

Forzad la puerta.

PREGONERO

Obedeciendo á Don Alvaro.

¡Está franca!

DON ALVARO

A los soldados. En-
trando.

¡Pues á ella!.. A ver si logro
saciar en su amor, mis ansias!

Dentro.

DAMAR

¡Piedad! ¡Amparo! ¡Socorro!

Aparece D. Lope. Tras
él dos soldados arrastran
á Damar.

DON LOPE

A Damar.

¡Lo que es tú, ya no te escapas!..
¡Dinos pronto, mala pécora,
donde el de Válor se halla!

DAMAR

No esperes que yo os lo diga,
vuestra empresa será vana!

DON LOPE

A los soldados.

Pues avivad esa hoguera
y arrojadla entre las llamas!

DAMAR

Y conmigo, hecha cenizas,
se extinguirán mis palabras.

SOLDADO 1,^o

Saliendo de una casa con
las manos llenas de joyas
y dirigiéndose á otros sol-
dados.

Mirad, mirad estas perlas
y este collar de esmeraldas!..
¡Valen más de cien ducados!

DON LOPE

A los soldados que su-
jetan á Damar.

Pronto, á la hoguera arrojadla!

PREGONERO

Saliendo de casa de
Zahara con el soldado II.

¡Qué envidia tengo á Don Alvaro!

SOLDADO II

La suerte es para envidiarla!

PREGONERO

Se defendió la paloma,
mas clavó el halcón sus garras...

UN SOLDADO HERIDO

Que penetra por el terreón y se dirige á Don Lope.

Capitán, todo este barrio
se ha revuelto. La canalla
nos acomete. El de Valor
por esa pendiente baja,
queriendo ganar el campo
para escapar de Granada!

DON LOPE

Pues tocad marcha al momento...
¡Vamos allá, camaradas!

Los tambores tocan
marcha. Vanse todos p
recipitadamente, abandonan-
do á Dámar que forcejea
por romper sus ligaduras.
Aparece Don Alvaro, sin
capa y sin sombrero, y le
pregunta á un soldado que
huye.

DON ALVARO

¿Qué pasa? Ya se ha cumplido,
¡vive el cielo!, mi venganza.

SOLDADO

Vámonos por la calleja,
Don Alvaro, que se escapan!

Se van. Las mujeres salen
desgreñadas y horroriza-
das á las puertas. Suenan
arcabuzazos y gritos.

MUJERES

¡Maldición sobre vosotros!
¡Del cielo el castigo caiga!

DAMAR

¡Que jamás brote una espiga
donde pongais vuestras plantas,
y que hasta la misma tierra
para tragarnos se abra!..

ZAHARA

que aparece, como loca,
desmelenada, con las ro-
pas en desorden.

¡Capitán, capitán Alvaro Flores,
que estas mismas pupilas que han mirado
tu infamia, te contemplan devorado
por la lepra de todos los dolores!

Aun cuando pidas á la tumba abrigo,
de mí no has de escapar, pues dondequiera
que vayas, mi venganza, astuta y fiera,
como una sombra, marchará contigo!

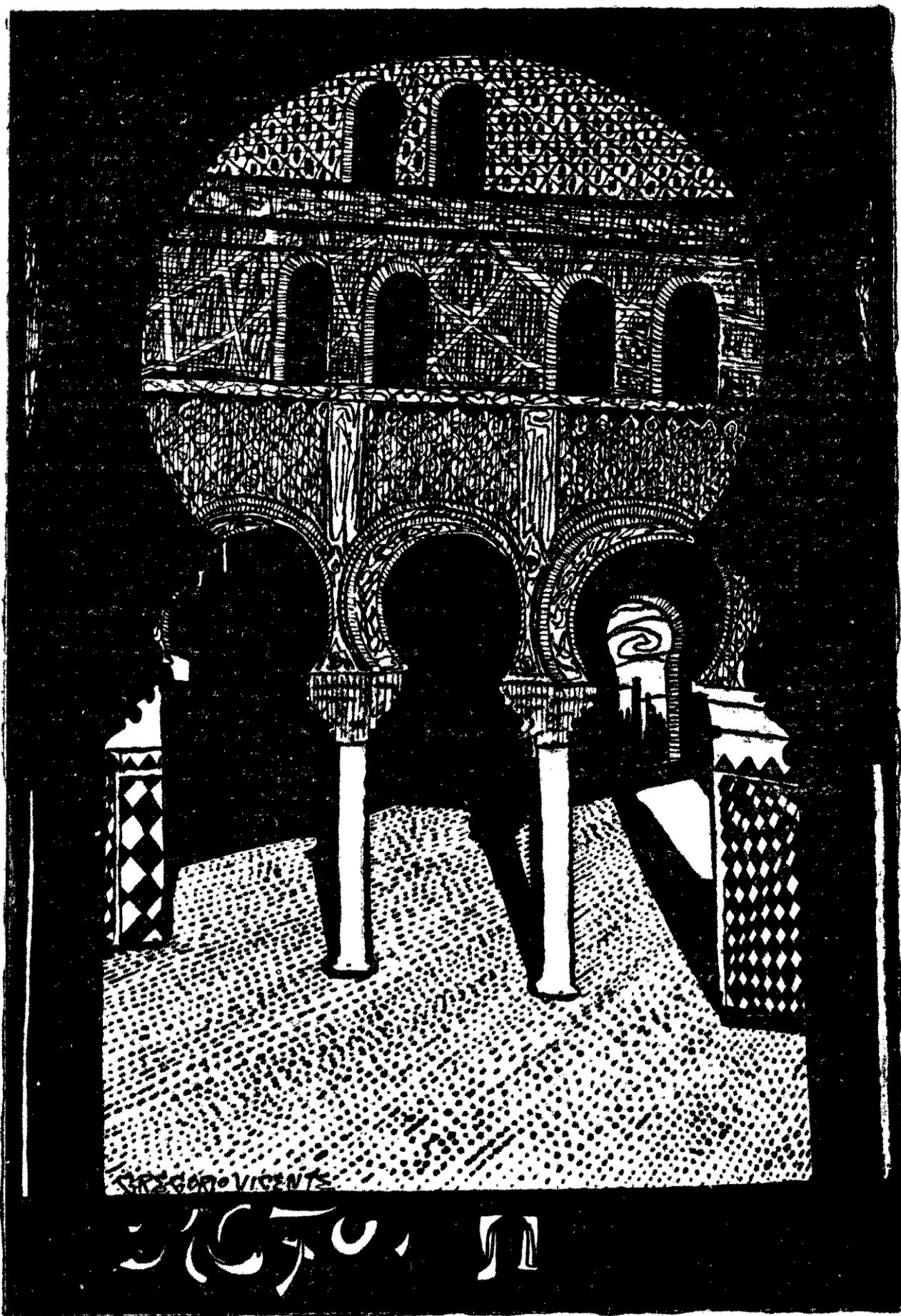
Ella envenenará con su ponzoña
el aire que respires y la fuente
que bebas, y en la fosa eternamente
devorará insaciable tu carroña!

Será en tu corazón gota de plomo
y ceguera de muerte en tu mirada...
¡Ya verás, Capitán, ya verás cómo
se vengan las mujeres de Granada!

TELÓN

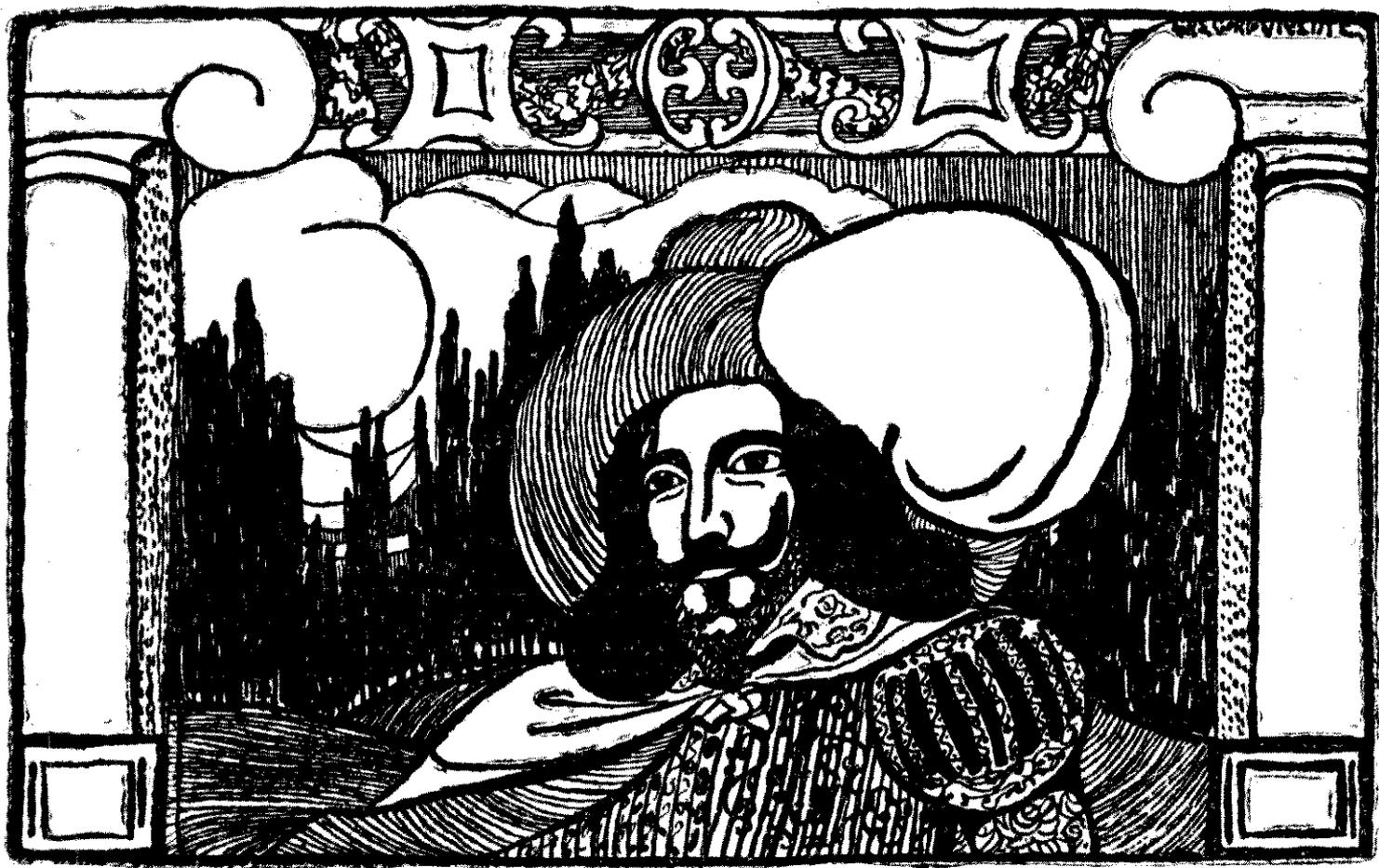






GREGORIO VICENTS

2160. 11



ACTO SEGUNDO

Un mesón en Cádiz. Por el arco de la amplia puerta del fondo, se ven, á los rayos de la luna, la plaza del pueblo y la fachada de una iglesia con reminiscencias de mezquita. Á la derecha, una enorme chimenea, bajo cuya ancha campana se agrupan bancos rústicos. En las repisas de la chimenea, botes, tarros y otros enseres domésticos. En el fuego, sobre las trévedes, borbotan ollas y pucheros de barro. Á un extremo de la piedra del lar troncos de encina

y gavillas de sarmientos. Cerca de la chimenea una mesa rústica, con vasos, y un velón de cuatro mecheros encendidos. Á la izquierda, grandes arcos sostenidos por recios postes de madera que conducen á las caballerizas. Algún candil pende de las vigas del techo, y un farol con cristales azules y rojos ilumina la puerta. Bajo los arcos, jalmas, sacos, etc.

ESCENA 1.^a

PELÁEZ, VILCHES, ZAHARA, BEN-ALGUACIL
Y SOLDADOS

Peláez, Vilches y soldados beben en torno de la mesa, junto al lar. Ben Alguacil, con traje de escudero cristiano, se calienta al fuego. Atiende á todos y prepara la colación. Por la plaza pasan, de vez en cuando, alegres grupos cantando villancicos al son de guitarras, panderos y zambombas. Zahara, convertida en mesonera, anda de acá para allá.

VOZ

Cantando fuera.

Jesucristo vino al mundo
en las pajas de un pesebre,
mientras que por los caminos
iba cayendo la nieve!

¡Despertad, pastores,
cantad y bebed,
porque va esta noche
Jesús á nacer!

El coro repite el estribi-
llo y las voces se alejan
cantando por la plaza.

VILCHES

Hace más de quince días
que vagamos por las crestas.
de esas montañas bravías,
entre atajos y entre cuestras,

y nos causa maravilla
cómo á caminar se atreve
nuestra planta, si la nieve
nos cubre hasta la rodilla!

Bosques poblados de fieras;
valles ásperos y hondos;
ventisqueros, torrenteras;
precipicios cuyos fondos

no ven los ojos humanos;
pueblos que parecen nidos

de vencejos y milanos
en las rocas suspendidos,

y picachos eminentes
tocados de nieve y hielo,
que con sus altivas frentes
rasgan el azul del cielo!...

ZAHARA

Mas, decid, ¿que andáis buscando?

VILCHES

Vamos siguiendo la huella
de un morisco, un Don Fernando
que hoy llaman Aben-Humeya.

ZAHARA

¿Qué delito cometió?...

VILCHES

Al cabildo de Granada,
con la daga y con la espada,
contra fuero y uso, entró.

Y al querérselas quitar,
la desnudó Don Fernando,
é hiriendo y acuchillando
la calle logró ganar...

ZAHARA

¡Bravo es el mozo y resuelto!

VILCHES

Luego, escapó de Granada...

ZAHARA

Y después, de él, ¿no habéis vuelto,
soldados, á saber nada?

VILCHES

Afirman que los moriscos
ahora le alzarón por Rey
y con él por esos riscos
van imponiendo su ley.
Se le busca en la montaña...

ALGUACIL

Si los monfíes le ayudan

no le hallaréis, aunque acudan
todos los tercios de España!

En las armas no confíes,
que más te valiera hallar
á un león. que tropezar
con un bando de monfíes!

VILCHES

A fe, que si tropezara
con el morisco, le echara
á rodar por esos tajos,
para que así me pagara

las penas y los trabajos
que por su culpa sufrí...

ZAHARA

El querrá vivir también...
Si van á tratarlo así,
al no entregarse hace bien!

Pequeña pausa. Suenan
músicas. Los soldados be-
ben.

PELÁEZ

A Zahara.

Dime, ¿quién es esa dama
tan bella, que habita al lado
del mesón?

ZAHARA

Señor, se llama
Doña Isabel del Mercado.

Persona de gran linaje,
según la fama asegura,
á quien rinden vasallaje
la riqueza y la hermosura.

Huérfana vino á quedar,
y aquí vive con su tío
el Licenciado del Río,
que es Alcaide del lugar.

PELÁEZ

¿Y es honesta?

ZAHARA

Hasta la fecha

es tal su recogimiento,
que una vida más estrecha
no llevase en un convento!

PELÁEZ

Siendo noble, rica y bella,
no le ha de faltar galán...

ZAHARA

Y eligió bien la doncella!
Al más bravo capitán
de las banderas del Rey...
Según la gente asegura,
ella le ama con locura,
y él le tiene mucha ley!

PELÁEZ

(Ya logré lo que quería.)
Amigos, vamos á dar
unas vueltas al lugar,
que esta es noche de alegría
y hay que beber y cantar!

Se levanta y se dirige
al foro. Bajo, á los solda-
dos que salen tras él.

Cual de un castillo sitiado
la muralla se examina,
examinad con cuidado
la casa de la divina
Doña Isabel de Mercado!

VILCHES

Mas don Alvaro persiste
en robar á la paloma?

PELÁEZ

Castillo que se resiste
por asalto se le toma!

El cariño enardecido
mas con el rigor se inflama;
y esta noche ha decidido
robar, Vilches, á la dama.

Como ella á misa no va,
mientras dicen misa, pues
con la ayuda de los tres
Doña Isabel robará...

VILCHES

Saliendo.

Ni en pendencias ni en amores
¡pardiez! existe un soldado
más bravo y afortunado
que Don Alvaro de Flores!



ESCENA II

ZAHARA y BEN-ALGUACIL

Que siguen á los soldados hasta la puerta, y se quedan un instante detenidos en los umbrales como acechando.

ZAHARA

Amenazante.

¡Reid miserables que en tanto
que se celebra misa
de esta noche, vuestra risa
se habrá de trocar en llanto!

Reparando en Alguacil
y retornando al centro de
la escena.

Esa ropilla cristiana
que bien Alguacil te sienta!

ALGUACIL

Contemplando ansiosamente á Zahara.

¡Mesonera más galana
mis ojos no han visto...!

ZAHARA

Interrumpiéndole.

Cuenta
á que has venido...

ALGUACIL

A esperar

á Aben-Humeya... y á verte,
que aunque el verte me da muerte,
sin verte no puedo estar!

ZAHARA

Con severidad.

¡Silencio! No es esta hora
de amantes pláticas, cuando

el odio que nos devora
su venganza está tramando!

Conduciéndole de nuevo
hasta la puerta y señalando
la lejanía.

¿En esos cerros no miras
resplandecer los fulgores
de cien encendidas piras?
No son míseros pastores

que celebran placenteros
la fiesta de Navidad,
si no indómitos guerreros
afilando sus aceros
para darnos libertad!...

En voz baja, viniendo al
centro.

Y cuando estén entregados
en los templos, á sus fiestas,
todos los cristianos de estas
sierras, serán degollados!

Con sorda rabia.

Vengaremos lo sufrido,
y en su sangre cobraremos

toda la sangre que hemos,
bajo su yugo, vertido...!

ALGUACIL

Con fiereza.

¿Piensas que ociosa mi mano
en esta noche ha de estar?...
¡Si sólo puede igualar
á tu amor, mí odio al cristiano!...
¡Tengo en ellos que vengar

tanta amargura pasada!
¡Mi patrimonio robado;
mi casa de sál sembrada;
mi padre descuartizado
en la plaza de Granada,

¡y para mayor baldón
yo, que á la vida venía,
mientras mi madre moría
desangrada, en un rincón
de la más oscura y fría
cárcel de la Inquisición!...

Volviéndose apasiona-
damente á Zahara.

Mas mientras llega la hora
 en la que pueda saciar
 esta sed abrasadora
 de sangre ¿porqué ocultar
 la pasión que me devora?

ZAHARA

Con energía, rechazán-
 dole.

¡Cállate!...

ALGUACIL

Queda un momento aba-
 tido. Después se acerca de
 nuevo á Zahara.

Por complacerte
 me callaré!... Mas advierte
 Zahara, por Dios, que sí
 mis palabras te dan muerte
 me mata el silencio á mí!...

ZAHARA

Atajándole.

No me sigas preguntando
 lo que no he de contestar,

que si te mato callando
te daré muerte al hablar!

ALGUACIL

Con pasión desesperada
Aproximándose más, profundamente emocionado.
Zahara baja los ojos y se cubre el rostro con las manos.

¿Porqué te ocultas la cara?
¿Porqué se apartan, Zahara,
tus negros ojos de mi?
¿Qué te ha hecho mi amor para
tratarme, Zahara, así?..

¡Porqué, Zahara, porqué?
Desde que te conocí
mi voluntad te entregué
y esclavo tuyo viví...

En tí cifré mi contento,..
Fué para mí tu ternura
como el vaso de agua pura
para el labio de un sediento!

ZAHARA

Con resolución.

¡En mi cariño has cifrado
inútilmente tu orgullo!...
Por que el vaso en que has soñado
beber, no puede ser tuyo,
que otros labios lo han besado!

Alguacil retrocede, violento, encogiéndose como el león que se dispone á caer sobre su presa. Zahara le mira desafiante, dominándole con su mirada.

¡Por más que intentes hacer,
mi amor no has de conseguir!..
¡Ni más tú debes saber
ni más te puedo decir!

ALGUACIL

Con un arranque de celos, desesperado, lívido, con la ira más salvaje pintada en el rostro, sujetando á Zahara por la muñeca.

¿Amas á otro?

Zahara le rechaza y hace un gesto afirmativo.

¡Su nombre!..

¡Un nombre que desgarrar entre mis dientes, y un hombre en el que pueda saciar,

bebiendo su sangre entera, la sed voraz de la fiera que mordiendo en sus desvelos los hierros de su prisión, están rugiendo de celos dentro de mi corazón!...

Se agita desesperadamente. Zahara permanece erguida, desafiándole y dominándole con su actitud.

ZAHARA

Mirándole con altiva fiereza.

¿Su nombre?.. Si alguna vez mi labio lo pronunciara, de rodilla se postrara al oirlo, tu altivez!..

¿Vengar quieres mi desvío
en mi amado?.. Calla, necio,
que tu amenaza desprecio
como de tu amor me río!

Yo me basto á defender
su vida, y si en él osara
tu odio los ojos poner
como á un perro, te matara!

ALGUACIL

Amenazante.

En las llamas que me envuelven
arderá tu corazón...

Los soldados aparecen
en la plaza. Zahara se
vuelve á la puerta.

ZAHARA

¡Silencio!..

Señalando á la puerta.

¿No ves que vuelven
los soldados al mesón?..

ESCENA III

DICHOS, DON ÁLVARO DE FLORES, DON DIEGO
DEL RÍO, VILCHES, PELÁEZ Y SOLDADOS

Que entran por la puerta del foro. Alguacil y Zahara se separan. Aquel, hosco y sombrío, se va á sentar en un jalma, bajo el arco del medio, de la izquierda, donde permanecerá durante la escena, siguiendo con los ojos todos los movimientos de Zahara. Esta vuelve á sus quehaceres. Aviva el fuego. Sirve vino, y entra y sale en el interior, pero siempre inquieta y con los ojos fijos en la puerta de la calle como si esperase algo. Los soldados se sientan de nuevo en torno de la mesa, mientras el Capitán y Don Diego conversan en el centro de la escena. Diálogo muy animado. Las músicas y los villancicos prosiguen sonando á lo lejos en las pausas del diálogo.

DON DIEGO

Ya aposentada tenéis,
Capitán, la compañía,
y hasta que despunte el día.
en mi casa os holgaréis,
casa humilde como mía...

Mas mi buena voluntad
en ella sabrá suplir
la holgada comodidad
con que acostumbra á vivir.
el hidalgo en la ciudad!

Después de misa, señor,
la cena de Nochebuena
compartiremos; ¡la cena
no será de lo mejor;
pero ¡pardiez! será buena...

Y espero que no echaréis
en ella de menos nada
de todo cuanto en Granada
para regalo tenéis
en vuestra rica morada,
porque esta pródiga sierra
tantos tesoros encierra,
que en materia de yantar
nada tiene que envidiar
á lo mejor de la tierra!

DON ÁLVARO

Desembozándose.

¿Qué de menos echaría
un príncipe ¡vive Dios!

estando en la Compañía
de un hidalgo como vos,
que es todo cortesanía,

y más teniendo á su lado,
para colmar de ventura
sus ojos de enamorado,
la soberana hermosura
de Doña Isabel Mercado!

Avanzan los dos hacia
el centro. Zahara lo reco-
noce, ahoga un grito y hace
un esfuerzo terrible para
para disfrazar su emoción.

ZAHARA

Desde el último arco.

(¡Gracias, cielo!... El Capitán
Don Alvaro... Padre mío,
esta noche, con qué brío
mis manos te vengarán!)

Desaparece en el inte-
rior, volviéndose á salir al
poco rato con una bota de
vino en la mano.

DON DIEGO

A Don Alvaro

Será vuestra colación:
sopa de almendra, jamón
de los Berchules, curado
entre nieve, y un lechón
tiernecito y bien asado.

Perdices en escabeche
y pollos en pepitoria,
y un plato de arroz con leche
que os ha de saber á gloria!..

Todo rociado á su vez
con añejo de Albuñol,
ese vinillo que es diez
veces mejor que el Jerez,
el mejor vino español!

Y, además, por si os antoja,
uvas de Ohanes, sandías
de Adra, limas de Rioja,
peras de Ragol, meloja
y ciruelas de Dalías...

De dulces, podréis catar
lo mejor de la creación:
pan de higo de Turón,
mantecados de Laujar
y alfajores de Albondón!

Roscos de San Cayetano;
torreznos de huevo y miel,
flanes, ratillas... ¡y es llano
que en todo veréis la mano
de mi sobrina Isabel,

que en esto de enconfitar,
y sólo justicia hago
á su fino paladar,
nada tiene que envidiar
á las morjas de Santiago!

DON ÁLVARO

¡Aun cuando la cena es buena,
á decir me atrevería
que, mucho más que la cena
me agrada la compañía!

DON DIEGO

¡Vuestra lengua es lisongera
por demás...!

DON ÁLVARO

Llamando.

¡Mesonera!

Se acerca Zahara.

Á estos soldados dispón
una buena colación
cual si para reyes fuera...!

¡La casa por la ventana
para feriarlos, echad...!

A los soldados.

¡Camaradas, celebrad
cual cumple á gente cristiana
la Noche de Navidad!

Sacando un bolsillo y
dirigiéndose á Zahara.

En cambio á las atenciones
que con mis gentes useis,
mesonera, aquí tenéis
un puñado de doblones
para que vos os feríeis!

Arroja el bolsillo sobre
la mesa.

ZAHARA

Sin tomar el bolsillo

A aceptarlo no resisto
porque os quiero complacer.

DON ÁLVARO

Reparando detenida-
mente en Zahara.

(¡Qué hermosa!... ¡Señor, yo he visto
no sé dónde á esta mujer!)

ZAHARA

Tomando el bolsillo y
arrojándolo en el cajón de
la mesa. Con intención á
Don Alvaro.

Yo os juro que quedarán
satisfechos de la fiesta,
y que nunca pasarán,
ni vos mismo, capitán,
una noche como ésta!

La cena será servida...
Acepto vuestros favores,
y estaré toda la vida,

señor, muy agradecida
á Don Alvaro de Flores!

Aparte con voz sorda.

(Ira, tu furor conten!
¡quémate en tu propia llama!)

DON ÁLVARO

Aproximándose cortese-
mente.

¿Sabéis vos mi nombre?

ZAHARA

¡Quién

no lo sabe, si la fama
por do quiera lo proclama

como el del mejor soldado
que armas ciñe bajo el sol,
espejo fiel y dechado
del caballero español!..

Seguro podeis marchar
que es generoso mi pecho,
y tranquila no he de estar

hasta que os pueda pagar
todo el bien que me habéis hecho!..

Saluda y se acerca á la
mesa á servir vino á los
soldados.

DON ÁLVARO

A Don Diego.

¡Discreta es la mesonera!

DON DIEGO

Tiene ingenio y donosura...
Según el vulgo asegura
sólo á su ingenio supera,
Don Alvaro, su hermosura.

DON ÁLVARO

¿Es del lugar?

DON LOPE

No lo sé.
Hace poco á aquí llegó,
y este mesón arrendó;
y por lo que aquí se ve,

y lo que se dice de ella,
Don Alvaro, en el lugar,
bien os puedo asegurar
que de virtud la doncella
es un modelo ejemplar!

DON ÁLVARO

Interesado.

¿Morisca?..

DON DIEGO

Buena cristiana,
según es su devoción...
De serlo vieja, se ufana...

Las campanas dan el
primer toque de misa.
Pasa un grupo de gente
cantando.

Mas, escuchad... La campana
repica... Ya la función
religiosa va empezar.

Aproximándose á la
puerta. Don Alvaro le si-
gue.

Mi casa es cerca, al doblar,
capitán, aquella esquina...

¡Vamos, que hay que acompañar
á la iglesia á mi sobrina
para que arregle el altar!

DON ÁLVARO

Me obliga la distinción,
que para mí no hay laurel
comparable al galardón
de servir de rodrigón
á dama como Isabel .

DON DIEGO

Con tanta cortesanía
ella está mejor pagada,
que nunca dama sería
más contenta y más honrada
que ella en vuestra compañía!

Ya impaciente nos espera...

DON ÁLVARO

Pues vamos presto los dos...
¡Salid!...

Invitando á Don Diego
con cortesía.

DON DIEGO

No, primero, vos...

DON ALVARO

Mirando, al salir, á Zahara.

(¡Yo he visto esta mesonera
no sé donde, vive Dios!)

ESCENA IV

DICHOS MENOS DON ALVARO Y DON DIEGO

Alguacil y Zahara, se
asoman á la puerta y ob-
servan.

ALGUACIL

La nieve descende fría,
y aullando bajan los vientos
de esa montaña bravía
igual que lobos hambrientos...

El rayo rasga los cielos
con su sangriento fulgor...

VILCHES

Calentándose.

¡Siempre entre nieves y hielos
viene al mundo el Redentor!

¿Mas que te puede importar
que nieve á ti, buen amigo,
si tienes para tu abrigo
el rescoldo de este hogar?

ALGUACIL

Acercándose.

No es por mí, que ya mi piel
está á la nieve curtida,
es que espero la venida
de mi amo...

VILCHES

¿Quién es él?

ZAHARA

Interviniendo. al notar
el embarazo de Alguacil.

Un hidalgo principal,
de sangre tan limpia y clara,
que hasta el más noble se honrara
teniéndole por igual!..

VILCHES

¿Por qué vive en estas sierras?

ZAHARA

En ellas, señor, nació,
y señoríos y tierras
de sus padres heredó.

PELÁEZ

Interviniendo.

¿Y con el tiempo que hace
como á caminar se atreve?

ZAHARA

Curtido está el que aquí nace
á los vientos y á la nieve!

VILCHES

Mas, si le tienden un lazo
los monfies!..

ZAHARA

No hay temor,
que ellos conocen su brazo
y respetan su valor!

PELÁEZ

A Vilches.

¡Bien le defiende la moza!

ZAHARA

Vivamente.

¡Quién en la Alpujarra entera
no conoce y no venera
á don Diego de Mendoza!

Su familia es bien nombrada...
Deudo es también del marqués
de Mondéjar, que en Granada
capitán general es!..

VILCHES

¿Es del lugar?

ZAHARA

De Medina!..
De esa villa que en las peñas
de esa montaña vecina
finge un nido de cigüeñas!

PELÁEZ

¿Cómo á Granada no va?

ZAHARA

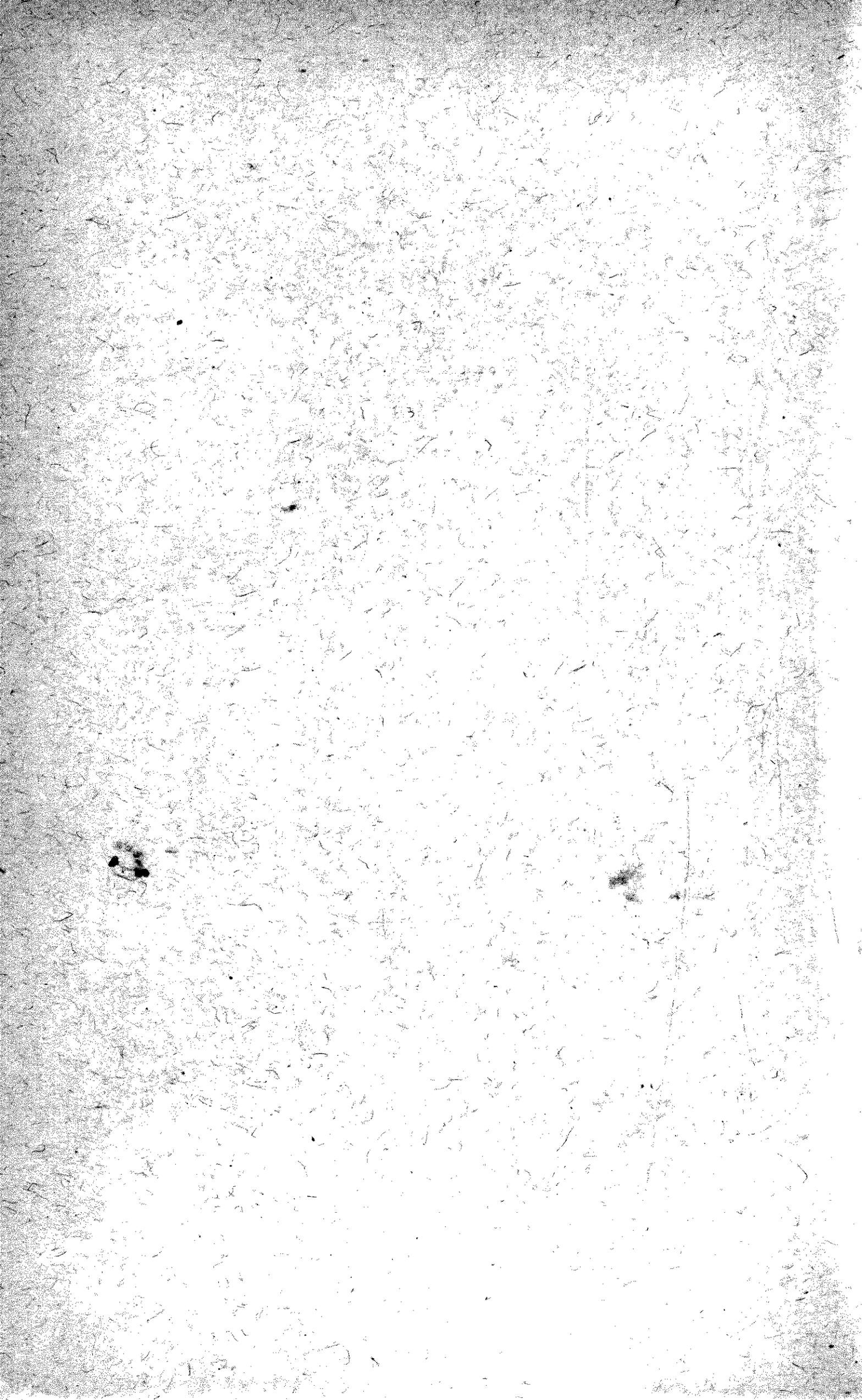
Porque ama estas asperezas
donde creció... Son rarezas
de su genio!..

ALGUACIL

Que durante el final del
diálogo ha estado acechan-
do la puerta.

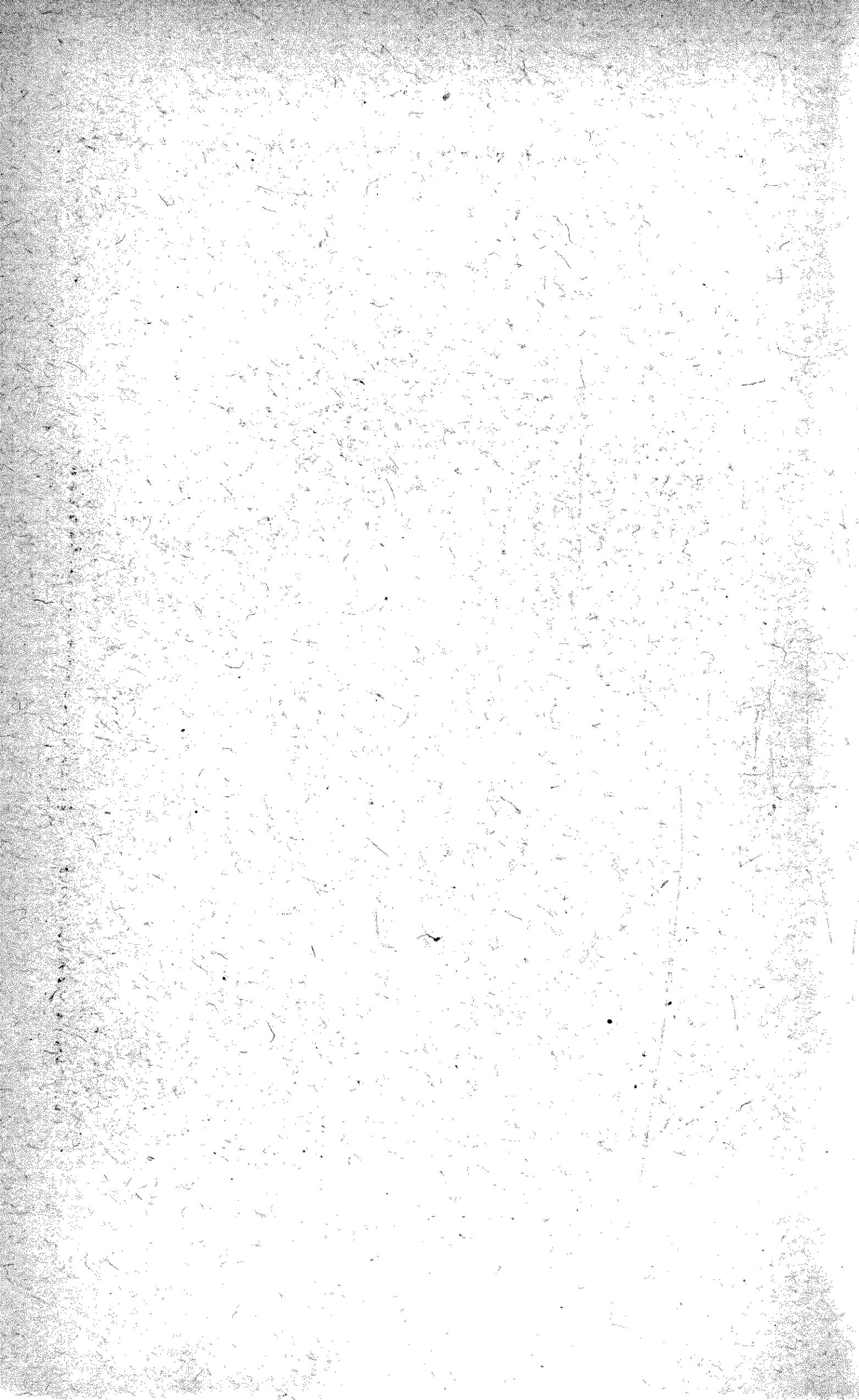
¡Aquí está ya!

Todos vuelven la vista.
Zahara corre impaciente
hacia la puerta, donde apa-
rece Aben-Humeya embo-
zado en una larga capa cu-
bierta de nieve, con botas
de montar y espuelas. El
sombbrero le cae sobre el
rostro.





GREGOR VESNTS



ESCENA V

DICHOS Y ABEN-HUMEYA

HUMEYA

A Alguacil, en voz alta,
desde la puerta.

Dale pienso á mi caballo
que á Medina partiremos
después de misa del Gallo.

ALGUACIL

Alto, con intención

¿La oiremos aquí?

HUMEYA

La oiremos.

A Zahara.

¡Buenas noches, mesonera!

ZAHARA

En voz baja.

¡Cuánto tardasteis!

ALGUACIL

Idem.

La gente
vuestra señal impaciente,
sedienta de sangre, espera
en esas huertas cercanas...

HUMEYA

En voz baja y rápida

Mi orden les hice saber...
¡Aquí caerán al postrer
repique de esas campanas!

Se adelanta hasta el cen-
tro. En voz alta, reparan-
do en los soldados.

¡Vive Dios!.. ¡Por lo que veo
estáis bien acompañados!..

¡Que el cielo os guarde, soldados!..
¡Salud y paz os deseo!

Saluda. Los soldados le
contestan.

VILCHES

Invitándole á acercarse.

¡Hidalgo, que os guarde Dios!..
Si aquí queréis calentaros,
podéis, señor, acercaros
que hay lugar para los dos!..

PELÁEZ

¡Larga ha sido la jornada!..

HUMEYA

Y no cesó de nevar...
La ropa traigo mojada
y me la voy á mudar,

pues no es justo que con esta
capa y con aqueste sayo,
vaya esta noche á una fiesta
como la misa del gallo!...

Diego Alguacil, que ha desaparecido por la puerta del foro, vuelve á surgir por los arcos de la izquierda.

VILCHES

¿Venís de lejos?

HUMEYA

De Laujar:

—cinco leguas, del mercado, donde acabo de comprar un potro tordo rodado que es magnífico ejemplar...

VILCHES

Interrumpiéndole.

Mas perdone! ¿Por allí qué dicen de Aben-Humeya?

HUMEYA

¡Tan mala es, señor, mi estrella que nada sobre esto oí!..

Mas que os libre vuestra suerte de topar con el doncel,

porque toparse con él
es toparse con la muerte!

PELÁEZ

¿Mas tan bravo es el mancebo?

HUMEYA

Tiene brío y juventud!

VILCHES

Alzando un vaso de vi-
no y ofreciéndole otro.

Hidalgo, á vuestra salud!

HUMEYA

Con una galante corte-
sía, excusándose.

Mil gracias, pero no bebo!

Resuena el segundo re-
pique de la misa. Las ven-
tanillas del templo empie-
zan á iluminarse.

Ya vuelven á repicar...

¡Que os guarde Dios, noble tropa!

Voy á mudarme de ropa,
que la misa va á empezar!

A Zahara.

Dame una luz.

ZAHARA

Tomando el velón.

Al momento!..

Al final del corredor
hallareis vuestro aposento!

Le precede con la luz
por los arcos de la iz-
quierda. Aben-Humeya se
inclina cortésmente y sa-
saluda á los soldados. Die-
go Alguacil se va tras él.

VILCHES

Saludando.

¡Que el cielo os guarde, señor!...

VOCES

Fuera. Cantando.

«Los pastores dormitaban
y un ángel les despertó:

Venid, les dijo, pastores
que ha nacido el Redentor!

¡Despertad, pastores!
¡Pastores, corred
á adorar al niño
nacido en Belén!»

ESCENA VI

Dichos, menos ABEN-HUMEYA Y BEN-ALGUACIL

VILCHES

A los soldados.

¡Que retoce el buen humor!
Amigos, reid, cantad,
que esta noche es Navidad
y ha nacido el Redentor!

ZAHARA

Saliendo por el primer
arco de la izquierda.

(¡Pronto habeis de padecer
y empezareis á gemir,
que á tiempo que va á nacer
vuestro Dios, vais á morir!)

VILCHES

La nieve borró el camino...
Para que no nos helemos,
con un buen trago de vino
nuestros cuerpos calentemos!

Se vuelve hacia la mesa.

ZAHARA

(Temblad, que llegó el momento,
porque esa nieve que baja
del cielo, vuestra mortaja
está tejiendo en el viento!)

Empieza un nuevo re-
pique.

VILCHES

De nuevo están repicando...
De la campana el clamor
parece que va anunciando:
¡Va á nacer el Salvador!...

ZAHARA

(¡Ninguno de la mañana
el resplandor mirará!...

¡Por vosotros, la campana
á muerte doblando está!)

Se acerca y les sirve
más vino.

Aquí el vino...

PELÁEZ

Llenando el vaso.

Su virtud
en su semblante retoza...
¡A tu salud, buena moza!...

VILCHES

Alzando el vaso.

¡Mesonera, á tu salud!

Beben y se disponen á
partir.

ZAHARA

¿Se van todos?

PELÁEZ

En voz baja. •

Ya lo ves...

Mas si tu voz me ordenase
que me quedara, quedase,
aunque me ahorcaran después!

VILCHES

Acercándose.

Y yo también!..

SOLDADO

Y yo!..

PELÁEZ

Vamos,

elige tú, vida mía,
porque á hacerte compañía
todos dispuestos estamos!

¿Quién es el que más te agrada,
pues no es justo que te quedes
sola ahora, cuando puedes
estar bien acompañada!..

ZAHARA

Como desairar no quiero
á causa de la elección,

á ninguno, en conclusión:
quedarme sola prefiero!

PELÁEZ

¿A nadie tu amor señala?..
¡No uses melindres, morena,
que esta noche es Nochebuena!

ZAHARA

(¡Mas para ti será mala!)

Vuelven á be ber, riendo
y bromeando.

PELEZ

A nuestra salud, ¡bebed!

Intenta abrazarla; ella se
esquiva y se dirige á uno
de los arcabuces *coloca-*
dos cerca de la chimenea.

ZAHARA

Tomando el arcabuz.

¡Las manos quietas tened,

que os juro por esta luz
que si adelantais un paso
el corazón os abraso
con vuestro propio arcabuz!...
Mi honor no ha de toleraros
el más ligero desmán...

PELÁEZ

Acercándose.

Ahora verás.,

VILCHES

Mirando á la puerta.

A callaros,
que aquí viene el capitán!

ESCENA VII

DICHOS y DON ÁLVARO DE FLORES

DON ÁLVARO

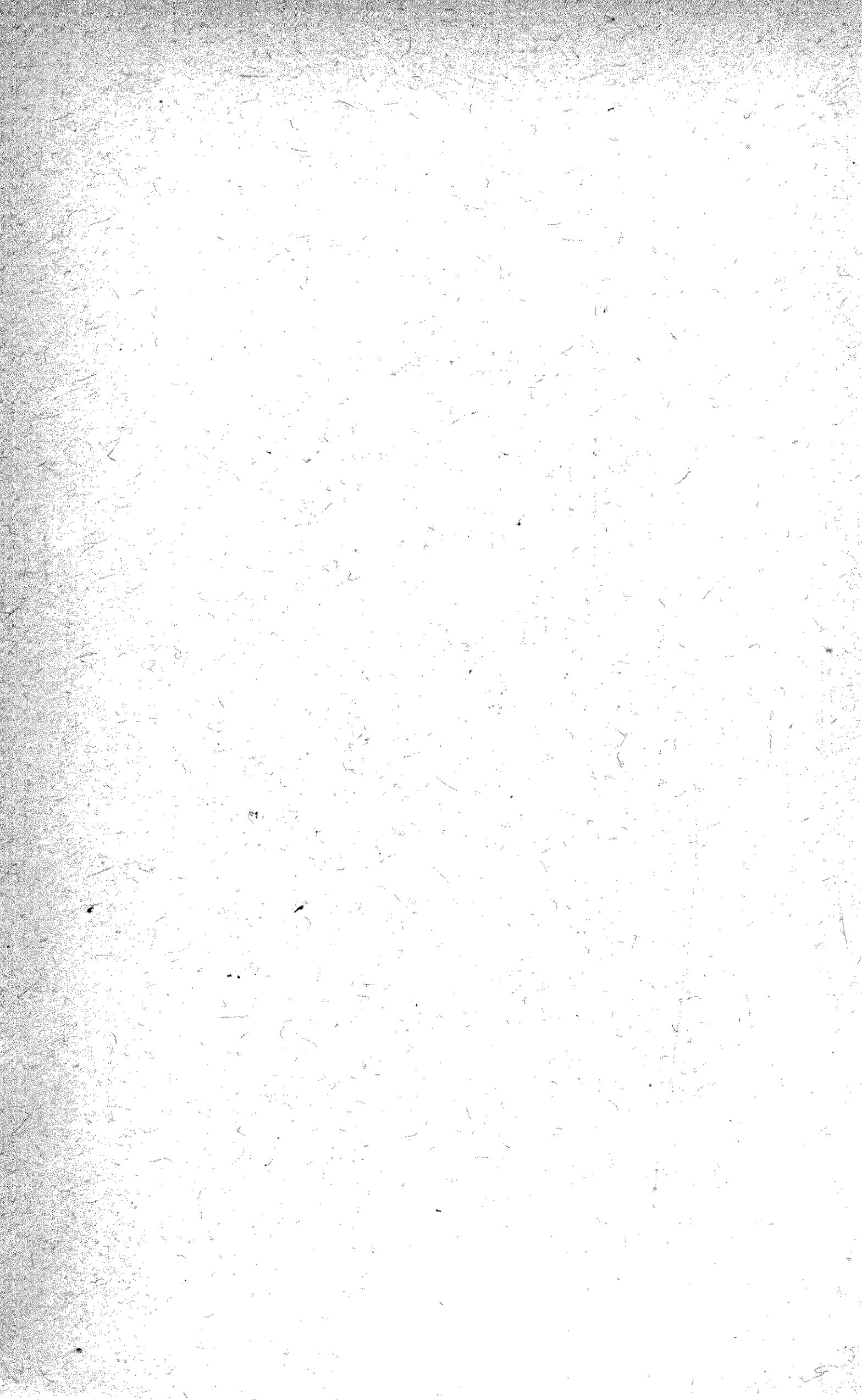
A los soldados.

¿Pero qué hacéis aún ahí?
Al templo marchad de prisa,
que ya va á empezar la misa....

Los soldados salen. Zahara permanece junto al fuego.

Tú, Peláez, quédate aquí.

Peláez se detiene.



ESCENA VIII

DON ÁLVARO PELÁEZ y ZAHARA

Esta junto al fuego.

DON ÁLVARO

A Peláez en secreto.

¿Todo lo tienes dispuesto?

PELÁEZ

Idem, en voz muy baja.

Como para una batalla,
todo dispuesto se halla,
y cada cual en su puesto.

DON ÁLVARO

Al Alférez le di orden
de que si el vulgo se altera
al enterarse y quisiera
promover algún desorden,
que lo encierre á arcabuzazos!

PELÁEZ

Podéis confiar en él,
que es leal...

DON ÁLVARO

¡Doña Isabel,
cuándo te tendré en mis brazos!...

PELÁEZ

Mas, ved que el vulgo es asaz
malicioso, y si concluye
por saber...

DON ÁLVARO

Se le atribuye
á los moriscos, y en paz!

Nada habrá que lo remedie!
Saldrá todo según quiero...
¡Cuando la misa promedie,
ya sabes, aquí os espero!

Resuena el último repi-
que de misa. El capitán y
Peláez se van. Se les ven
atravesar la plaza y pene-
trar en el templo.

VOCES

Cantando fuera.

«¡El monte dejad, pastores!
¡Llegad todos á Belén,
porque el Redentor del mundo
esta noche va á nacer!»

Aparecen por los arcos
Alguacil y Aben-Humeya,
con sus trajes moriscos,
envueltos en amplios man-
tos. Zahara se les apro-
xima.

ESCENA IX

ABEN-HUMEYA, ZAHARA y DIEGO-ALGUACIL

ZAHARA

Espiando desde la puerta

¡Toca, campana, de prisa,
que á muerte vas á tocar!...

ABEN-HUMEYA

A Alguacil.

Llegó el momento. La misa
va en este instante á empezar.
Vete, Alguacil, á avisar
á nuestros bravos hermanos...

Sale recatadamente Al-
guacil.

Mas espera...

ALGUACIL

Volviéndose.

¿Qué me quieres?

ABEN-HUMEYA

¡Que respeten las mujeres,
los niños y los ancianos!

ALGUACIL

Al salir, mirando recelo-
samente á Aben-Humeya
y Zahara.

¡En vano es que el labio rece
piedad clamando á los cielos!...
¡Mísero de el que tropiece
con el furor de mis celos!

Se va. Zahara cierra la
puerta y apaga las luces
de dentro, dejando sólo el
velón sobre la mesa.

ESCENA X

ABEN-HUMEYA y ZAHARA

Aben-Humeya permanece un momento inmóvil, cruzado de brazos, en el centro de la escena. Zahara le contempla con ansiedad, sin atreverse á romper su silencio.

ÁBEN-HUMEYA

Como hablando consigo.
go.

¡El decreto de tu estrella
ya te señaló el camino!...
¡Ya te has puesto, Aben-Humeya,
frente á frente á tu destino!
¿Veré mi gloria cumplida?
Ya está la lucha empezada...
¡Desde hoy no tendrá mi vida
más solución que mi espada!

Desnudándola.

¡Noble espada, triunfadora
reliquia de mis mayores,

en ti se concentra ahora
el amor de mis amores!

¡Gloriosa espada á quien diera
Damasco su fino temple,
deja que mi vida entera
extasiada se contemple

en tu fuerte hoja acerada,
con la ventura triunfante
con que se mira el amante
en los ojos de su amada!

¡No temas que te abandone,
hasta que en dura campaña
mi altiva frente corone
con la corona de España!

¡No te rendiré al cristiano,
que nunca habré de entregarte,
en tanto pueda empuñarte
como te empuña, mi mano!

Y si vencida se ve
mi generosa ambición,
antes de hacerte traición
hasta el puño te hundiré
dentro de mi corazón!

ZAHARA

Acercándose para alentarle.

¡Animo, señor!... La hora
de la venganza resuena!...

Mas, ¿qué te angustia? ¿Qué pena
tu semblante descolora?

¿En el triunfo desconfía
tu esperanza?

HUMEYA

No, Zahara...
Es que mi alma se para
antes de emprender la vía
que el destino me depara!

ZAHARA

Pero ¿qué amengua tus bríos?

HUMEYA

El sino de Aben-Humeya!..

Con superticioso terror.

Temo el rigor de esa estrella
enemiga de los míos!

ZAHARA

¡Desecha el vano temor
que en tu espíritu se encierra,
que contra el cielo y la tierra
te defenderá mi amor!...

HUMEYA

Estrechándola en sus
brazos.

Es verdad... ¡Tu amor ha sido,
en mi sendero de abrojos,
espejo fiel que mis ojos
para mirarse han tenido!

La única flor perfumada
que sus piedades ha abierto
en el árido desierto
de mi vida desolada!

ZAHARA

En un arranque de ca-
riño.

Y mi amor tan grande es,
que si tu rigor dijera

que muriese, sucumbiera
bendiciéndote, á tus pies!

HUMEYA

Dulcemente.

¿Tanto me quieres, Zahara?

ZAHARA

Mi propio amor me da miedo!

HUMEYA

¿Y si yo te traicionara?

ZAHARA

Te matara... ¡y me matara!
que sin ti vivir no puedo!
Mas en tanto que latir
sienta la sangre en mis venas,
nadie podrá destruir
estas amantes cadenas!..

¡A mi amor puedes pedir
el sacrificio mayor,
que por ti yo sabré hacer
lo que ninguna mujer
hizo nunca por su amor!

Si de esta pasión sincera
cansado, señor, te sientes
¡como un lobo á una cordera
desgarra mi vida entera
con tus uñas y tus dientes!...

Mas si tu amor me traiciona,
para vengarme seré
como una hambrienta leona,
y matando moriré!

HUMEYA

¡Así mi orgullo te quiere,

Acariciéndola.

hija de esa raza ciega,
que cuando al amor se entrega
por él mata y por él muere!

En tono de reconve-
ción.

Mas nunca quieres contarme,
Zahara, á lo que has venido!

ZAHARA

A verte á ti, y á vengarme
del hombre que me ha ofendido!

Su rastro y tu amor seguí,
y mira tú qué alegría
que hallé la venganza mía
á tiempo de hallarte á ti!

Y hoy, al par que acariciar
las mejillas de mi amor,
podrán mis manos vengar
á mi padre y á mi honor!

HUMEYA

Con interés.

¿Cómo á esta sierra llegaste?
¿cómo tu padre murió?..

ZAHARA

Escucha lo que pasó
cuando el Albacín dejaste!

Aun sonaban destemplados
vuestros roncós atambores,
cuando en nuestra plaza, osados,
penetraron los soldados
de Don Alvaro de Flores.

Gritos, gemidos y quejas...
De cuando en cuando la luz

de algún tiro de arcabúz
filtrándose por las rejas...

Yo, en mi estancia, arrodillada,
al cielo piedad pedía,
cuando oí que desgonzada
mi puerta al suelo venía.
Mi padre, desesperado,
salió blandiendo su acero...

Oí su grito, un grito ahogado,
que en vano olvidarlo quiero,
pues aquí quedó clavado!

Señalando al corazón.

Una espuela resonó,
me desplomé en un diván,
y en la puerta apareció
Don Alvaro, el capitán...
Y de lo que allí pasó

ya no quieras saber nada...
¡Un anciano que moría,
una mujer deshonrada...
y un rufián que sonreía
y por la escalera huía
sin chambergo y sin espada!

HUMEYA

¡Sigue!

Con rabia sorda.

ZAHARA

¡Si yo misma pierdo
la memoria del pasado!..
Tan solamente recuerdo,
que con el traje rasgado,

y flotante á la caricia
del viento la blanca toca,
apellidando justicia
anduve como una loca.

La gente, al verme pasar,
de terror se estremecía;
y así, ciega de pesar,
llegué á la Chancillería
y en la sala quise entrar.

Mis gritos y mis razones
los soldados desoyeron,
y hasta el paso me impidieron,
arrojándome á empellones!

Y viendo que á la severa
justicia que apellidaba,
ninguno me contestaba
como si nadie la oyera,
sentí renacer la brava

fiereza del pueblo mío
dentro de mi corazón,
y en un arranque sombrío
de mi desesperación,
como aquel que un desafío

al mundo y al cielo lanza,
rují en furioso ademán:
—¡Puesto que del capitán
justicia aquí no me dán
yo sabré tomar venganza!...—

HUMEYA

¿Y después?

Con vehemencia.

ZAHARA

Pensando en tí,
de la ciudad me salí,
encaminando al acaso

por esos montes mi paso...
Supe que estabas aquí,
y aquí á buscarte llegué...
Una morisca que huía
á la montaña, tenía
este mesón; me quedé
con él, por ventura mía,
y por cristiana pasé!..

Con feroz alegría

La venganza que soñaba
hoy ha venido á mi mano,
cuando menos lo esperaba,
porque ya me imaginaba
que hube de jurarla en vano:
que entre las gentes que van,
señor, en tu seguimiento,
y aquí alojadas están,
he encontrado al capitán,
al capitán de mi cuento!...

HUMEYA

¡Será vengarte mi orgullo!

Con pasión.

En este brazo confía,

que si mi cariño es tuyo
tu venganza será mía!

Y á ese traidor capitán
que aquí nos trajo la suerte,
muerto á tus pies lo verán
esos ojos, que me dan,
cuando me mirán, la muerte.

La estrecha.

ESCENA XI

DICHOS Y DOÑA ISABEL MERCADO

En un banco, cerca de la mesa, permanecen abrazados Aben-Humeya y Zahara, á la dudosa luz del velón; Doña Isabel aparece por el arco primero de la izquierda, pálida y temblorosa.

DOÑA ISABEL

Dentro.

¡Favor! ¡Socorro!

Los amantes se separan sorprendidos.

HUMEYA

¿Has oído?

Se alzan.* Doña Isabel entra precipitadamente y se dirige á Aben-Humeya.

DOÑA ISABEL

¡Amparo! Por Dios, valedme!

HUMEYA

¿Qué tenéis?

DOÑA ISABEL

¡Presto, escondedme!

Se arrodilla.

¡Arrodillada os lo pido!

Se abraza á las rodillas de
Aben-Humeya.

HUMEYA

Alzándola.

¿Qué os pasa, señora mía,
que aquí os entraís asustada,
como corza acorralada
por una hambrienta jauría?

DOÑA ISABEL

Con las manos tendidas.

¡Si ocultarme no queréis,
me encontrarán!...

HUMEYA

Mas ¿qué os pasa?

ZAHARA

Reconociéndola.

Doña Isabel ¿qué tenéis?

DOÑA ISABEL

Precipitadamente.

Han asaltado mi casa...

ZAHARA

¿Quienes?

DOÑA ISABEL

¡Mis perseguidores!

HUMEYA

Contemplando avaramente la belleza de Doña Isabel.

¿Quienes fueron tan osados?

DOÑA ISABEL

Temblando.

¿Quiénes fueron?.. Los soldados
de Don Alvaro de Flores!

ZAHARA

¿Don Alvaro ha sido?

DOÑA ISABEL

Temblando.

¡Sí!

ZAHARA

Con firmeza.

Calmaos, Doña Isabel,
que no hallaréis contra él
mejor refugio que aquí;

pues aquí vuestra hermosura
estará contra su ley
más guardada y más segura
que en el palacio del Rey!

HUMEYA

Tranquilizándola.

¡Contad!

DOÑA ISABEL

Sola en mi morada
diligente disponía
la cena que preparada
para el capitán tenía,

cuando éste, de repente,
en mi estancia penetró,
y ayudado por su gente
arrebatar me intentó...

La luz, luchando apagué,
y de sus brazos huí...
Por la ventana salté
á ese patio... aquí llegué...

Arrodillándose de nuevo.

¡Tened compasión de mí!

ZAHXRA

Calmaos, Doña Isabel!
¡Estáis segura!

DOÑA ISABEL

A Aben-Humeya.

¡Salvadme
si sois cristiano, ó matadme
antes de entregarme á él!
¡Vedme, á vuestros pies rendida!...
¡Mi honor salvadme, señor,
que entre el honor y la vida
lo primero es el honor!...

HUMEYA

Segura podéis estar,
si mi acero os acompaña,
aunque os vengán á buscar
todos los tercios de España!...
¡Y quien siendo caballero,
ha de dejar, vive Dios,
sín que le ampare su acero
á una dama como vos!

La alza.

ESCENA XII

DICHOS y luego DON ÁLVARO, VILCHES Y PELÁEZ

PELÁEZ

Fuera.

De la linde por el muro
al mesón se habrá corrido,
pues por la puerta yo os juro
que la dama no ha salido!

Al oír las voces, Zahara y Aben-Humeya permanecen inmóviles escuchando. Doña Isabel se refugia entre ellos.

DON ÁLVARO

Fuera.

¡Pues llamad en el mesón!

Suenan fuertes aldabonazos.

PELÁEZ

¡Abrid, abrid, mesonera!...

Zahara interroga con la la vista á Aben-Humeya. Doña Isabel le coje las manos suplicante.

DOÑA ISABEL

¡No abráis, por Dios!...

HUMEYA

A Zahara.

¡Abre!

Zahara se dirige á la puerta. Aben-Humeya le detiene con su gesto. Doña Isabel tiembla de espanto.)

¡Espera!

¡Antes llévate el velón!

Zahara se lleva el velón por los arcos de la izquierda y después se encamina á la puerta, en tanto que Doña Isabel con las manos suplicantes implora á Aben-Hnmaya.

DOÑA ISABEL

Con desesperación.

¡Me dejáis abandonada!

HUMEYA

¿Quién después de contemplaros
es capaz de abandonaros?..

¡Señora, no temed nada!

Confíad podéis en dos
defensores; el primero
en la justicia de Dios,
y después en este acero
que á desnudar voy por vos!

Aben-Humaya la ampa-
ta, y permanee con ella
en el seguudo arco de la
izquierda. Los golpes
arrecian.

VILCHES

Fuera.

¡Abrenos! ¿No nos conoces?

ZAHARA

Quitando la tranca.

¿Por qué tan fuerte llamáis?
¡Que yo estoy sorda pensáis
para darme tales voces!...

DON ÁLVARO

Fuera.

¡Abres, ó la puerta arranca
mi furor!

ZAHARA

Abriendo.

¡No ejercitéis
vuestras fuerzas, pues ya veis
que tenéis la puerta frenca!

Entran violentamente
Don Alvaro, Vilches y Pe-
láez.

DON ÁLVARO

A Zahara.

¿Aquí una dama se entró?

ZAHARA

Soltando una earcaja-
da.

¡Una dama!

DON ÁLVARO

Violentemente.

A broma tomas
lo que te pregunto...

ZAHARA

Con energía.

¡Yo
soy poco amiga de bromas!
¡No insistid en tal simpleza,
que si no voy á creer
que ya de tanto beber
perdido habéis la cabeza!

DON ÁLVARO

Con furor.

¿Entró la dama? Responde...
Si ocultas ¡voto á Luzbel!

el lugar donde se esconde,
mis gentes con un cordel
de esa viga te ahorcarán...

HÚMEYA

¡Enciende luces, Zahara
que quiero verle la cara
á tan bravo capitán!...

Don Alvaro, Vilches y
Peláez echan mano á la es-
pada, sorprendidos. Zaha-
sa penetra por la alquería
en busca del velón.

DON ÁLVARO

Con arrogancia.

¿Quién habla?

HUMEYA

¡Quien os oyó!

Zahara entra con la luz.
Aben-Hmeya se adelanta
al medio de la escena.

¿Buscáis á la dama?

DON ÁLVARO

¡Sí!

HUMEYA

Señalando á Doña Isabel que está arrodillada al pie de un arco, con las manos juntas tendidas al cielo.

Pues ya la tenéis aquí...

Don Alvaro va á precipitarse sobre ella. Aben-Humeya se interpone.

¡Pero la defiendo yo!...

DON ÁLVARO

¿Quién sois?

HUMEYA

¡Quién os matará!...

DON ÁLVARO

¡Sabed vuestro nombre quiero!

HUMEYA

Desnudando la espada.

Preguntádselo á mi acero
que él por mí responderá!

Don Alvaro tira de la es-
pada.

¿La dama, buscáis, señores?
Aquí está!.. ¡Venid por ella!...
¡Más la ampara Aben-Humeya
contra Don Alvaro Flores!

Se desemboza y apare-
ce vestido ricamente á la
morisca.

DON ÁLVARO

¡Vive Dios, que esto me agrada!..
Será doble mi partida,
pues con la dama y tu vida
terminaré mi jornada!..

A los soldados.

Guardad los arcos, no huya!

Avanzando hacia Aben-
Humeya.

Tu cabeza y la doncella...

HUMEYA

¿Mi cabeza?... ¡Ven por ella
antes que caiga la tuya!

DON ÁLVARO

¡Te tengo ya en mi poder!

HUMEYA

¡Tú, si que estás en el mío!...

DON ÁLVARO

¡De tus alardes me río!...

ABEN-HUMEYA

Ahora lo vamos á ver!

Por la plaza se ven cru-
zar sigilosamente gentes
armadas.

DON ÁLVARO

¡Pelaéz, á la gente avisa!

Sale Pelaéz. Vilches que-
da vijilando la puerta.

HUMEYA

Será tarde por que están
en mi poder, capitán,
y no volverán de misa!

Resuenan de pronto un
redoble de atambores. La
plaza se anima. Gentes con
antorchas cruzan de acá
para allá. Todo rapidísimo.

¿No escuchas el resonar
de los roncós atambores,
los gritos y los clamores
que levantan á la par

vencedores y vencidos?..
¡Son mis valientes hermanos
que vengan en los cristianos
los ultrajes padecidos!

VOCES

Fuera.

¡Viva! ¡Viva, Aben-Humeya!

El vocerío aumenta. La
fachada del templo empie-
za á arder.

PELÁEZ

Con la espada desnuda
apareciendo en la puerta
y dirigiéndose al capitán.

¡Huid! Nos pasan á cuchillo!

DOÑA ISABEL

Cayendo de rodillas, con
las manos tendidas al cie-
lo.

¡Piedad, Señor!

HUMEYA

Con superticiosa ansie-
dad.

¡Ya mi estrella
comienza á esparcir su brillo!

DON ÁLVARO

¡Puesto que á morir me obliga
mi destino adverso hoy,
moriré como quien soy
teñido en sangre enemiga!

Se dirige con la espada
desnuda á la puerta. Aben-
Humeya se le interpone.

HUMEYA

¡No hay salida!.. ¿Dónde va?

DON ÁLVARO

Hay una...

HUMEYA

Presentándole la espada.

Y está cerrada.

DON ÁLVARO

¿Quién me la cierra?

HUMEYA

Mi espada...

DON ÁLVARO

¡Pues mi espada la abrirá!

Al ir á acometerle, se interpone Zahara con el arcabuz que habrá tenido preparado durante la anterior relación. Se lo echa á la cara.

ZAHARA

A Aben - Humeya que intenta detenerla.

¡Aparta! Su vida es mía...

Dispara el arcabuz

DON ÁLVARO

¡Traición!

Cayendo.

ABEN HUMEYA

Zahara ¿qué has hecho?

ZAHARA

La bala le entró en el pecho...

¡Tengo buena puntería!...

Tendiendo los brazos a
cielo.

¡Padre, con mi propia mano
tu noble sangre vengué
en la sangre del cristiano!...

DON ALVARO

(Agonizante.)

¡Ay, me muero!

Zahara se inclina sobre el herido clavando en los ojos que ya empieza a vidriar la muerte sus pupilas. El resplandor del incendio del templo ilumina trágicamente la escena. Aben-Humeya de pie, de espaldas

á la puerta, y doña Isabel de rodillas, bajo el segundo arco de la izquierda, contemplan inmóviles la escena. En la plaza se oye el vocerío de la multitud.

ZAHARA

Mírame !..

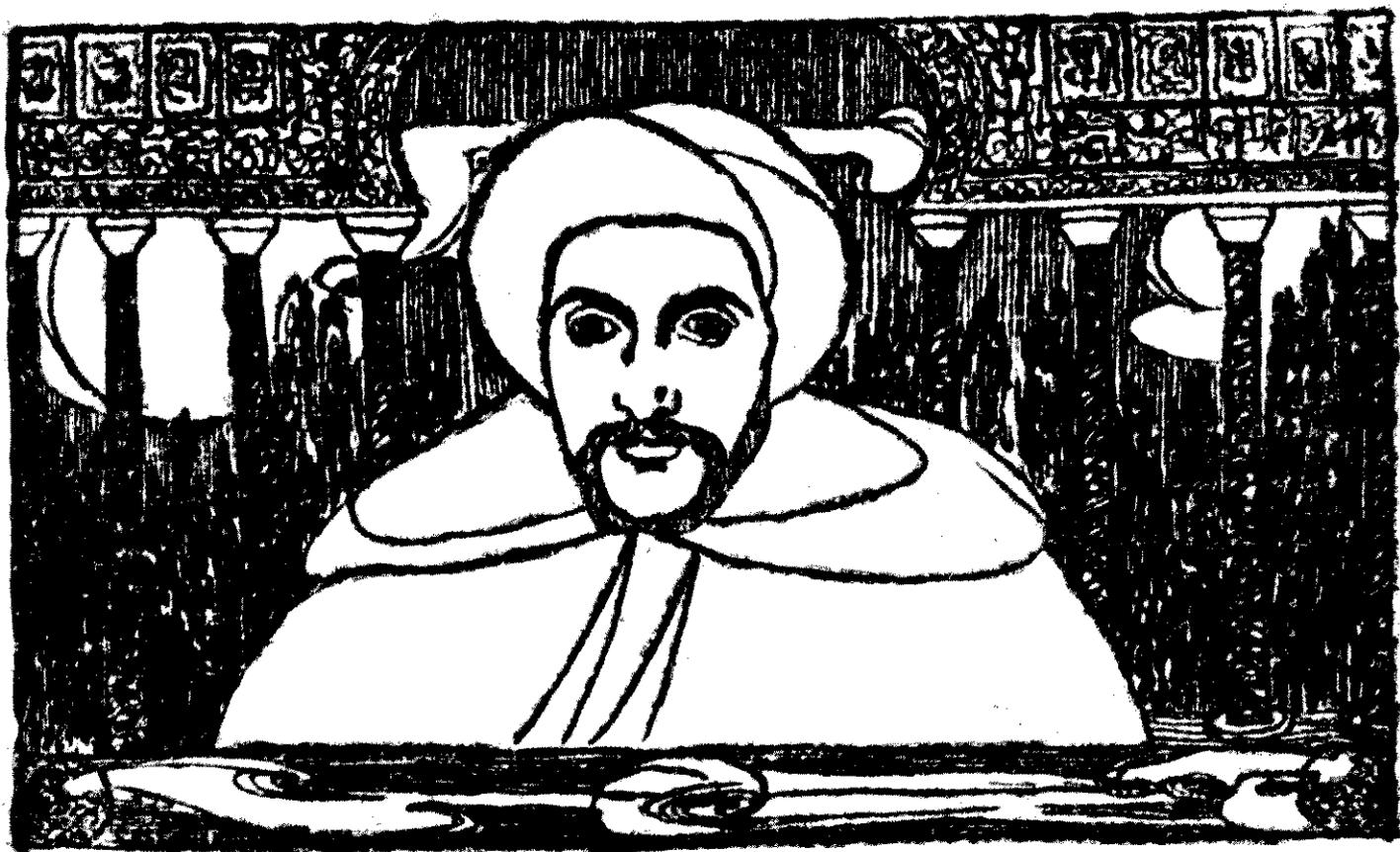
¡Mi venganza llegó al fin!..
Contémplame bien la cara,
y acuérdate de Zahara,
la mora del Albaicín!

TELÓN LENTO









ACTO TERCERO

Las almenas de un castillo en Válor, desde donde se divisa, al fondo, el magnífico y salvaje panorama de la sierra, pródigo en valles fértiles, bosques, frondosos y picachos nevados. A la izquierda, en primer término, un alto y fuerte torreón, al cual se penetra por un arco del más puro estilo árabe. En el lienzo del torreón, un ajimez con espesas celosías de colores. A la derecha una amplia puerta de herradura que conduce á la esplanada del castillo. Es media tarde.



ESCENA I

ZAHARA Y ABEN-HUMEYA.

Aben-Humeya aparece apoyado en las almenas, contemplando las cumbres lejanas, como siguiendo el vuelo de un sueño muy vago y muy remoto. Zahara, á su lado como queriendo arrancarle de aquella contemplación.

ZAHARA

Insinuamente, anhelando penetrar en lo más íntimo de sus pensamientos.

¿Qué voraces y ocultas pesadumbres
tu corazón devoran hoy que impera
el orgullo triunfal de tu bandera
sobre la nieve de esas altas cumbres?

Después de quince lunas de combate,
donde al cristiano, sin cesar, venciste
¿acaso en toda la Alpujarra existe
algún lugar que tu poder no acate?

Bajo tu alfanje se humilló Castilla;
 tu gloria en todo su esplendor destella,
 ¡y más que el sol en el cenit, tu estrella,
 sobre estos montes, victoriosa brilla!

Delante de tus bandos de monjes
 y tus bravas escuadras de africanos,
 como palomas ante los neblíes,
 huyen y se desbandan los cristianos.

Queriendo romper el hondo
 silencio de Aben Humeya

Mas ¿qué empaña la luz de tu mirada?
 ¿Qué te falta, señor?

HUMEYA

Como respondiendo á
 sus propias interrogacio-
 nes.

Le falta una
 perla al regio collar de mi fortuna...

ZAHARA

¿Una perla le falta?

Con extrañeza.

HUMEYA

Con voz profundamente
emocionada.

¡Mi Granada;
Sólo por ella me lancé á la guerra;
por romper su prisión...

Como si la ciudad re-
mota y querida se alzase
ante sus ojos corporizada
en sus propios sueños.

¡Juntos daría
todos, todos los reinos de la tierra,
por mirarte otra vez, Granada mía!..

Queda un momento con
la frente apoyada entre las
manos, con los ojos cerra-
dos, como para ver mejor
en el fondo de su alma la
visión que le obsesiona.

ZAHARA

Queriendo reanimarlo,
embriagándole con el sue-
ño heroico y sonoro de sus
palabras evocadoras.

Pues pronto, del cristiano vencedores,
blandiendo al sol desnudos los aceros,

penetrarán en ella tus guerreros,
á compás de sus roncós atambores!..

Coronarán sus muros tus valientes,
y otra vez en sus mágicos confines
resonará la voz de los muezines
llamando á la oración á los creyentes!..

De nuevo alegrarán nuestras miradas
las gloriosas enseñas islamitas,
y el estandarte de los Omniadas
sobre las torres de sus cien mezquitas!..

Y á la azul claridad de los lluceros,
á compás de las músicas gimientes,
entre el perfume de los pebeteros
y el suspirar callado de las fuentes,

otra vez, en los patios de la Alhambra,
las odaliscas de tu harém cautivas,
sus velos rasgarán, en las lascivas
fiestas de luz de la morisca zambra!...

Reparando en la indife-
rencia desdeñosa de Aben-
Humeya, que continúa
como ajeno á sus pala-
bras; cambiando de tono,
con dolorosa humildad.

¿Acaso mi palabra te importuna?
¿En qué, señor, tu esclava te ha ofendido,
que de tus ojos ni siquiera una
mirada su presencia ha merecido?

HUMEYA

Rechazándola.

¡Aparta! ¡Déjame!

ZAHARA

Aproximándose nueva-
mente sollozante.

Pero ¿qué tienes,
que hasta escuchar mi voz te causa enojos?..
¡Siempre en tus labios para mi desdenes
y siempre duros para mí tus ojos!

HUMEYA

Friamente.

¡Calla, Zahara!... ¿Para qué te empeñas
en amargar mi vida á todas horas,
con esas necias lágrimas que lloras
y esos vagos recelos con que sueñas?
¿De qué te quejas, dí?...

ZAHARA

De tu desvío!...
 Del injusto rigor con que me hiere
 tu ingratitud... ¡De que mi amor se muere
 en tu cansado corazón, de hastío!

Del ajimez del torreón
 descienden lentamente las
 notas de un laud. Ambos
 se quedan inmóviles, cla-
 vando los ojos en la ce-
 losía.

DOÑA ISABEL

Cantando dentro.

«Ausente del bien que adoro,
 en tierra de infieles vivo,
 como un ruiseñor cautivo
 en una jaula de oro.

Y sin esperar consuelo
 en su dorada prisión,
 como una flor entre el hielo
 se muere mi corazón!...»

HUMEYA

Como quien despierta

de un sueño, dirigiéndose
á Zahara.

¡Oh, qué dulce canción! ¿Has escuchado
algo más dulce que esa cantilena?

ZAHARA

Conmovida también al
encanto doloroso de la mú-
sica.

¿Qué ruiseñor agonizó de pena?

HUMEYA

Sin poder reprimir su en-
tusiasmo.

¿Qué ruiseñor?... ¡Doña Isabel Mercado!...

ZAHARA

Al oír el nombre de la
rival odiada, retrocede
como quien ve dentro, al
inclinarse á beber en la
fuente, la víbora que le
acecha entre los juncos de
la orilla.

¡Ella siempre!... Maldita la sirena
que tu amor y mi dicha me ha robado!

Su voz tiene estridencias de odio. Sus ojos relampaguean de rencor, y adquiere de súbito un aire hostil y agresivo que contrasta violentamente con la humildad anterior.

HUMEYA

¡Cállate!...

Violentamente, como si una mano cruel é indiscreta, le oprimiera, hasta hacerla sangrar una llaga oculta.

ZAHARA

Exaltándose en su rencor, con los puños crispados y los dientes rechinantes, como si desgarrase las palabras.

¡No amordaces mis anhelos!
 ¡Deja que en gritos mi furor estalle!
 ¿Cómo quieres, señor, que el labio calle
 cuando se rompe el corazón de celos?..

Mi amor ha de triunfar de esa cristiana!
 No vencerá Doña Isabel... ¡lo juro!

HUMEYA

No pudiendo reprimir la cólera que le produce la profanación y amordazando con su mano los labios osados.

¡Cállate, infame, que ese nombre puro al pasar por tus labios se profana!

La sujeta violentamente por un brazo dominándola con la fiereza de su gesto y la agresiva fulminación de la mirada.

¿Qué eres tú? ¿Quién franquicia te concede á inquirir de mi vida en el arcano, misera flor de harém, á la que puede cuando le plazca, deshojar mi mano!..

¡Hunde en el polvo tú arrogante fiera y respeta el secreto que atesoro....

Zarandeanídola amenazante.

¡Ay de tí, miserable, si quisiera tu aliento empaña á la mujer que adoro!

Zahara va hablar. Aben-Humeya le indica silencio con un gesto.

ZAHARA

Agitándose convulsivamente como una agonizante.

¿Cómo callar, si siento en mis entrañas,
hundiendo en mí sus corvos agujones,
más víboras hambrientas y escorpiones,
que esconden esas ásperas montañas?

HUMEYA

Frenético de ira.

¡Ponle freno á tu voz!.. Calla y olvida
la íntima llaga que en mi pecho escondo....
¡Una palabra más... y no respondo
de no ahogarla en mis manos con tu vida!

ZAHARA

Retrocediendo espantada,
con toda la feroz ironía
de su impotencia.

¿Tanto la amáis?

HUMEYA

En arranque de pasión
como quien desborda una
copa colmada.

Por obtener siquiera
una sonrisa suya, una mirada,
todo mi triste corazón lo diera:
¡hasta el trono de oro de Granada!

ZAHARA

Espantada y envidiosa
al mismo tiempo de aque-
lla pasión.

¡Me lo dices á mí!...

HUMELYA

Sin oírlo, como hablan-
do consigo mismo.

Desde el momento
en que la ví, sentí que florecía
dentro del corazón un sentimiento
de eternidad.... Su imágen de alegría
y de ambición mi juventud ha henchido;
y fuera de ella, para mí, no existe
si no la sombra y el silencio! el triste
reino de las tinieblas y el olvido!

Es mi supremo bien!... ¡Sólo por ella
mi ardiente corazón encuentra bríos

para luchar contra la infausta estrella
que fué siempre enemiga de los míos!...

Resuena un redoble de
atambores cercanos.

ZAHARA

Irguiéndose desafiante
como si aquel redoble gue-
rrero despertase en lo más
hondo de sus entrañas la
altivez indomable y toda la
salvaje y violenta acometi-
dad de su raza.

¡Cuando al amor le roban la esperanza,
para poder vivir y alimentarse
sólo le queda un fruto: la venganza!
¡y juro que mi amor ha de vengarse!...

Quedan un instante los
dos frente á frente, agita-
dos por el torbellino de sus
pasiones llameantes y en-
contradas: tal un león y
una pantera, que recojen
sus fuerzas y las disponen
para el último choque. Re-
suenan más cerca los atam-
bores. Ben-Alguacil, apa-
rece por la puerta de la de-
recha, inclinándose ante
Aben-Humeya.

ESCENA II

DICHOS Y BEN-ALGUACIL Y EL HABAQUÍ

ALGUACIL

Banderas turcas señaló al vijía,
Las gentes de Huezin tornan triunfantes.
For las abruptas sendas de esta umbría

Señalando al foro.

se ven trepar las huestes, y ondeantes
desplegarse á los vientos las enseñas...
¡y el eco multiplica los clamores
de sus roncadas trompetas y atambores
por las concavidades de esas breñas!..

Aben - Humeya, El-Habaquí y Alguacil se dirigen al fondo á observar desde las almenas. Zahara se les va acercando poco á poco, como atraída por algo irresistible, superior á su voluntad, y observa también.

ALGUACIL

A Aben-Humeya señalando con la mano bajo las almenas.

¡Ve, señor! Entre una nube de polvo, la brava gente de Huezín, triunfante sube por esa larga pendiente!

HABAQUÍ

Señalando también.

¡Qué tristes y pensativas, agobiadas por su penas, van las cristianas cautivas arrastrando sus cadenas!

HUMEYA

Conmovido por el cuadro trágico que pasa ante sus ojos.

Allí vienen, entre ultrajes denuestos y maldiciones, descalzas, y hechos girones los mantelos y los trajes!

Hincha el dolor sus gargantas;
sus rizos desgrena el viento,
y en donde posan las plantas
dejan un rastro sangriento.

Resbalan por el espanto
de sus megíllas hundidas
el llanto de sus heridas
y la sangre de su llanto!

Y así suben el sendero,
por las picas agujadas,
como reses destinadas
á morir al matadero!

HABAQUÍ

Profundamente conmo-
vido también.

¡Su estado es tan lastimoso,
y es tal su desolación,
que al pecho más valeroso
se le oprime el corazón!

ALGUACIL

Lo mismo que esas cristianas,
sufriendo iguales pesares,

cruzarán nuestras hermanas,
desterradas de sus lares
las estepas castellanas!

HABAQUÍ

Volviéndose á Alguacil.

Mas, la piedad?...

ZAHARA

Atajándole con la voz
áspera, vibrante de rencor.

¿Quién la siente
cuando grita el ciego enojo
de nuestra venganza:—Diente
por diente y ojo por ojo!
¡No puede haber compasión!

Con rencorosa intención
mirando á Aben-Humeya,
pero hablando con El-Ha-
baquí.

¡Pídele tú á la leona
que perdone al que á traición
le arrebató su león...
¡y verás si le perdona!

Resuenan atambores
por la derecha. Todos se
vuelven. Sólo Aben Hume-
ya permanece en el fondo.

ESCENA III

DICHOS. HUEAÍN (capitán turco) ABEN-ABÓO (caudillo morisco) CAPITANES, SOLDADAS y CAUTIVAS. Por el arco derecho penetran Huezín y Aben-Abóo seguido de los capitanes

Las cautivas custodiadas por los soldados se detienen un instante bajo el arco. Aben-Humeya se vuelve á los que entran. Todos se inclinan y abaten armas.

HUEZIN

Adelantándose.

¡El cielo os guarde, señor!

HUMEYA

¿Qué tal fué la empresa Huezin?

HUEZIN

Con dureza.

¡Sí ha sido bueno el botín
la matanza fué mejor!

Victoriosas y altaneras,
dando á los infieles caza
llegaron nuestras banderas
hasta los muros de Baza...

Y mis valientes guerreros,
de matar tantos cristianos,
cansadas tienen las manos
y mellados los aceros!

Señalando las cautivas.

¡Aquí tienes las cautivas!

ALGUACIL

A los capitanes.

¡Buena partida apresásteis!

LA HUÉRPANA

Sollozando.

Si á nuestros padres matásteis
¿por qué nos dejásteis vivos?...

Los capitanes, se separan para dejar paso á las prisioneras. Vienen pálidas, desgredadas y sangrientas. Las ropas hechas girones y los pies descalzos. Toda la bárbara crueldad de la guerra se refleja en la miseria desoladora de su aspecto.

HUEZIN

Señalándoles Aben-Humeya.

Aquí está el Rey...

ABÓO

¡Besad
el polvo que su pie huella!

SOLDADOS

¡Viva! ¡Viva Aben-Humeya!

CAUTIVAS

Cayendo de rodillas.

¡Piedad! ¡Justicia! ¡Piedad!...
¡Nos dejaron sin esposos
sin padres y sin hermanos!

ZAHARA

Con vengativa complacencia.

¿Acaso son los cristianos
con nosotros más piadosos?
¡En Jubiles y en Laroles,
en Feliz, Güejar y Ohanes,
aun se lloran los desmanes
de los tercios españoles!...

Las cautivas sollozan
posternadas. Sólo la De-
mente permanece de pie,
rígida como una amenaza.
Sus ojos llamean y sus
greñas parecen erizadas de
espanto. Todo su aspecto
hace sentir la frialdad mar-
mórea del pánico.

LA HUÉRFANA

Con las manos supli-
cantes tendidas á Aben-
Humeya.

¡Después de darle tormento,
mi padre, señor, quemaron,
y á mí misma me obligaron
á echar su ceniza al viento!

OTRA

¡Ante mi vista, un soldado
rasgó el seno de mi madre!...
¡Con el cuerpo de mi padre
á la ballesta han jugado!...

LA HERMANA

¡A mis hermanos clavaron
en la Peza, en una cruz!...

LA VIUDA

¡A mi esposo me forzaron
á herir con un arcabuz!

LA DEMENTE

Con los puños crispados tendidos á Aben-Humeya, como amenazando á un fantasma. Su voz tiene la dureza impasible de la fatalidad.

¡Por tus infames acciones,
tirano, maldito seas!...
¡Que por tus propios sayones
asesinado te veas!

Los soldados intentan golpearla, pero un gesto de Aben-Humeya los detiene.

LA HUÉRFANA

Disculpándola.

Perdió, señor, la razón...

LA VIUDA

¡Como no la iba á perder
si le dieron á comer
de su hijo el corazón!

Aben-Humeya se estremeció de horror, apartando los ojos de las cautivas, temeroso de que su emoción se exteriorice.

HUMEYA

Al Habaqui.

Las cautivas encerradas
en esa torre...

Señalando al torreón de
la izquierda.

LAS CAUTIVAS

¡Tened
de nosotras caridad!
¡Perdón!

HUMEYA

¡Alzad!

Se vuelve al Habaqui.

¡Atended
su sustento con holgura!...

CAUTIVAS

Alzándose.

¡Gracias, mil gracias, señor!...

ZAHARA

Con rencor, viéndolas
salir.

¡Darles fuera lo mejor
en los fosos sepultura!

LA DEMENTE

Volviéndose al salir ha-
cia Aben-Humeya, en un
ademán de maldición.

¡Por tus infames acciones
será inflexible tu estrella!...
¡Morirás, Aben-Humeya,
á manos de tus sayones!

Aben-Humeya se estremece, como si la sombra de un presentimiento cercano le rozase con sus alas de hielo. Las cautivas desaparecen por la puerta del torreón, precedidas del Habaqui y custodiadas por algunos soldados.

ESCENA IV

Dichos, menos EL HABAQUI, LAS CAUTIVAS
Y SOLDADOS

HUMEYA

A los capitanes.

¡Vuestras banderas triunfantes
congregad, para partir
esta tarde!...

HUEZIN

Adelantándose.

Señor, antes
mis quejas tienes que oír!...

HUMEYA

Sorprendido.

¿Qué dices, Huesín?

HUEZIN

Con resolución.

Aunque
me taches, señor, de osado,
con rudeza de soldado
la verdad te contaré!

Las banderas africanas
que aquí conmigo vinieron,
y leales combatieron
contra las huestes cristianas

por libertar tu nación
y sostenerte en el trono,
se quejan de tu abandono...
¡y se quejan con razón!

Las pagas que devengadas
en estas diez lunas llevan
aún no le fueron pagadas,
y contra mí se sublevan!...

Y si yo hubiera sabido
lo que me esperaba aquí,
de Argel no hubiese salido,
pues para vivir así

combatiendo sin medrar,
mejor me valiera estar,
rizada al viento la vela,
en mí rauda carabela
pirateando en el mar!...

HUMEYA

Haciendo un esfuerzo
terrible para retrenar su
enojo.

¡Ve y tranquiliza á tu gente,
prometiéndoles, Huezín,
que será suyo el botín...

Con severa firmeza.

Más también hazles presente,
á tus revueltos soldados,
que en estas sierras vecinas
aun quedan robles y encinas
para ahorcar á los osados!

Y tú, si te amengua estar
militando en mis banderas,
puedes irte, cuando quieras,
de nuevo á piratear,

que á los moriscos de España
para morir ó vencer,
Huezín, no han de menester
ayudas de gente extraña!...

Huezín se inclina sumi-
so ante la promesa del bo-
tín. Aben-Humeyâ se enca-
ra con los capitanes.

¡Capitanes, congregad
vuestras tropas, y tomad
antes del anochecer
el camino de Motril...
¡Mis órdenes, Alguacil,
mañana os haré saber!...

A Aben-Abóo

Aben-Abóo, tú serás
quien mi estandarte reciba...
De jefe supremo vas...

CAPITANES

¡Viva Aben-Humeya!... ¡Viva!

ABÓO

Inclinándose.

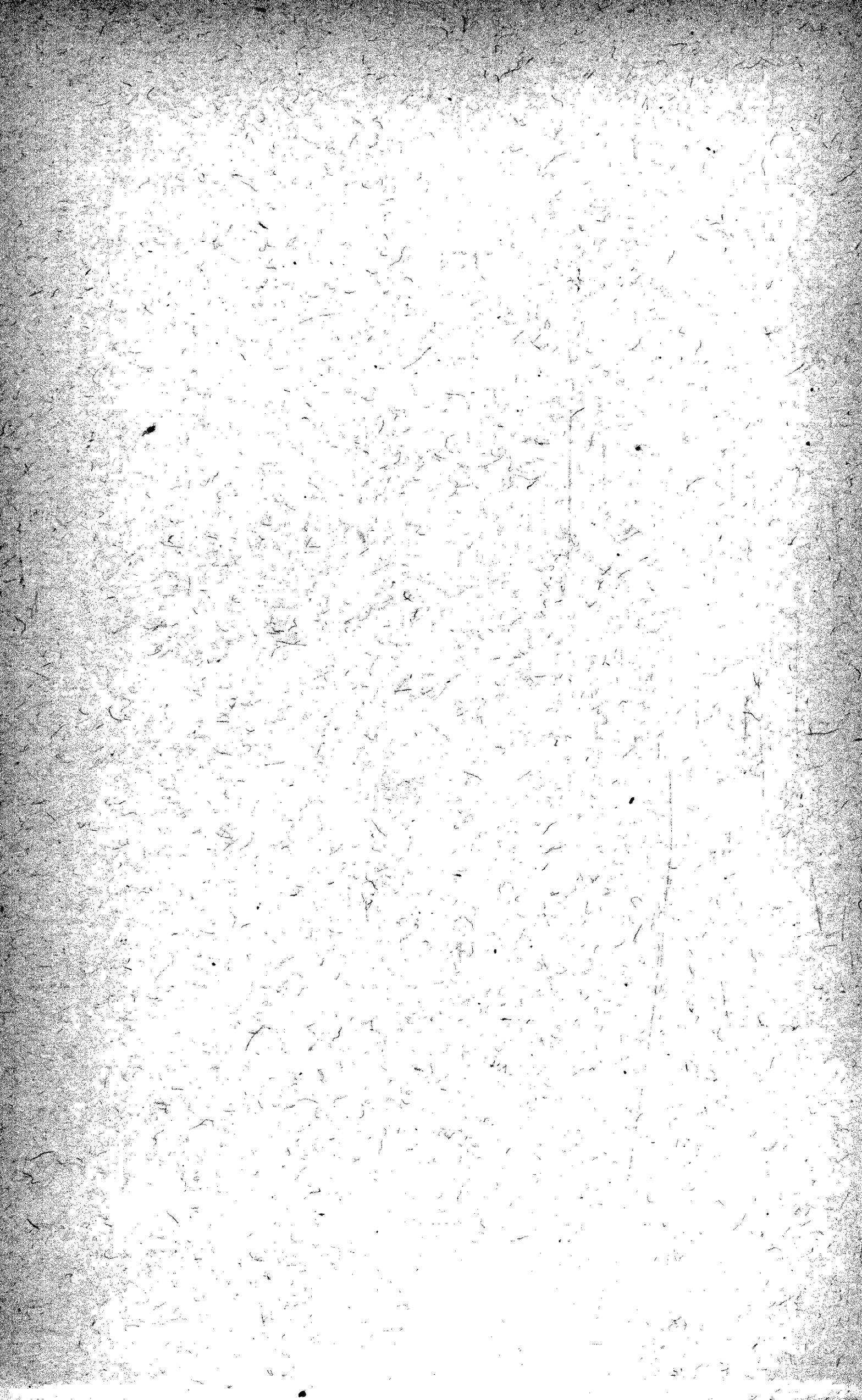
¡Que Dios te guarde, señor!

HUMEYA

Despidiendo con un gesto á los capitanes y disponiéndose á salir por la izquierda.

¡Y á ver si en esta jornada
el camino de Granada
nos abre vuestro valor!

Sale por la izquierda.
Los capitanes desfilan por
la derecha. Al ir á salir Al-
guacil, Zahara se interpo-
ne y lo detiene.



ESCENA V

ZAHARA Y BEN-ALGUACIL

ALGUACIL

Sorprendido por la de-
terminación de Zahara.

¿Por qué ante mí te presentas
cuando sabes que al mirarte
las heridas mal cerradas
en mi corazón se abren?

Con inquietud.

¿Qué quieres de mí Zahara?
¿Qué anhelas?...

ZAHARA

Con resolución, clavan-
do en él para dominarle
sus grandes ojos negros.

¡Tengo que hablarte!

ALGUACIL

Receloso.

¿Qué tienes que hablarme?

ZAHARA

Aproximándose y domi-
nándole con la mirada.

¡Escucha!

¿Aún en tus entrañas arde
ese fuego inextinguible
que como en el alma nace
vive con el alma eterno
y no hay frialdad que lo apague?...

En voz baja.

¿De Aben-Humeya, tus celos
quieren, Alguacil, vengarse?

ALGUACIL

Sin poder reprimir su
rencor.

¡Aunque tuviese en las venas
y en el corazón más sangre
que agua, juntos, en su seno,

encierran todos los mares,
la sed voraz de mis odios
la agotara sin saciarse!

Con recelo, mirando á
todos lados como temero-
so de que le escuchen.

¿Pero tú, para qué avivas
las pasiones infernales
que bajo las apariencias
de ésta su misión cobarde,
adormidas y encubiertas
pero no extinguidas, yacen,
igual que bajo la nieve
de esos picachos gigantes,
crepitan, hierven y rujen
las llamas de los volcanes?

Con desgarradora ironía

¿No te bastan los desprecios
con que á mi amor ultrajaste,
sino que, piadosa, quieres
darme muerte, porque sabes
que es sin tu afecto la vida
una carga intolerable?...
¿Vienes á encender mis odios
para después delatarme?...

Con voz intensamente
conmovidá, mirándola con
profunda emoción.

¡Delátame á mi verdugo!
¡Has que ruede, si te place,
á tus plantas, mi cabeza!...
¡Pisotéala, como antes
todas las dichas del mundo
con mi amor pisoteaste,
que al sangrar bajo tus plantas,
siempre ardientes y leales,
mis pobres labios crispados
se abrirán para besarte!

ZAHARA

¿Tal me juzgas, que me crees
capaz de acción tan infame?

Con todo el furor recon-
centrado de su orgullo he-
rido.

No venga á avivar tus iras
para después delatarte,
sino á fundir con tus odios
mis odios, que aun son más grandes,
para que juntos y á un tiempo
sobre su vida derramen

la ponzoña de tus víboras
y el veneno de mis áspides!
Nunca, Alguacil, del desierto
en los secos arenales,
por la sed enloquecidos
y azuzados por el hambre,
su presa con tanta rabia
devoraron los chacales,
como los celos que siento
el corazón devorarme!...
Si yo por su amor voluble
burlé tu pasión constante,
él por la esclava cristiana
mayor afrenta me hace,
que siempre es mayor la afrenta
cuando el cariño es más grande!

ALGUACIL

Con salvaje alegría.

Por fin te llegó la hora...
¡Gracias al cielo, que sabes
como nos duelen y sangran
las heridas incurables!
Como las hiedras que trepan
y se enroscan á los árboles,

y á medida que las ramas
sin savia, marchitas, caen,
más lozanas y más verdes
sus cabelleras esparcen,
así los celos se cnroscan
al pecho de los amantes;
y no hay hacha que les corte
ni mano que los arranque,
que después de muerto el tronco
aún viven de su cadáver!...

ZAHARA

¡Ya que tu afrenta y la mía
son afrentas semejantes,
hagamos que también sean
nuestras venganzas iguales!

ALGUACIL

Con misterio, espiando
por si lo oyesen.

Su trono y su vida están
en mis manos... y en el aire...
que lo que inventan los celos
no puede inventarlo nadie!
En mis redes le he prendido

y de ellas no hay quien le salve,
 porque envidias y recelos
 sembré entre sus capitanes,
 y lo que son nubes hoy
 serán después tempestades!...
 ¡Sólo una chispa hace falta
 para que el incendio estalle!..
 ¡Y como estalle el incendio
 ni el cielo podrá salvarle!

Al mirar recelosamente
 á un lado y otro, advierte
 la presencia de Doña Isabel
 en el arco de la izquierda.
 Se vuelve á Zahara y
 le señala el arco.

Aquí viene la cautiva...

ZAHARA

Como si á la evocación
 de la enemiga una idea terrible
 se apoderase de ella.

¡Vete!

Imperiosamente á Alguacil,
 señalándole la puerta de la derecha.

ALGUACIL

Dudando.

¿Qué intentas?

ZAHARA

Como quien toma una
resolución inquebrantable.

¡Hablarle!

ALGUACIL

Receloso.

Mas, advierte...

ZAHARA

Con el brazo tendido ha-
cia la puerta, en un gesto
de irreductible firmeza.

¡Vete presto!...

En esa explanada aguárdame,
y verás cómo se vengan
las gentes de mi linaje!

Sale Alguacil por la de-
recha. Doña Isabel apare-
ce como ajena á todo cuan-
to le rodea, en el arco de
la izquierda. Al verla Za-
hara, da un grito y tiende
los brazos al cielo, como
pidiendo fuerzas para rea-
lizar sus designios.

¡Venganza, azuza tus dardos;
odio, afila tus puñales,
que las ofensas de amor
sólo se borran con sangre!

ESCENA VI

ZAHARA Y DOÑA ISABEL

ZAHARA

Deteniéndolo á D.^{ña} Isabel que avanza hasta el centro de la escena, abstraída en sus pensamientos.

¡Cristiana, detente! Mira mis ojos... ¿Qué ves en ellos?

DOÑA ISABEL

Sobresaltada ante el mirar relampagueante de Zahara.

¡Déjame pasar!... ¡Aparta!..

ZAHARA

Cortándole el paso.

¿Huyes de mí?

DOÑA ISABEL

Retrocediendo, con ingenua timidez.

¡Me das miedo!..

Tu rostro es el de un cadáver, y tus ojos echan fuego!...

ZAHARA

Aproximándose, desgarrando las palabras entre sus dientes.

¡Es el odio en que me abraso,
que no cabiendo en mi pecho
se me escapa por los ojos!..
¡Ve como estaré por dentro!

DOÑA ISABEL

Espantada.

¿Odias?

ZAHARA

Con risa sarcástica.

¡Y tú lo preguntas
siendo causa de este incendio!
El volcán que me devora
es de odio y es de celos!..

Transfigurada de rencor.

Celos de tí, vil cristiana,
y odio á tí!.. Y al par me siento
por el infierno abrasada
y yo abrasando al infierno!

El odio que en nuestras razas
enemigas encendieron

ocho siglos de continuos
combates á sangre y fuego,
en mí ruje con la rabia
de un león en el desierto!..
¡Y los celos en que ardo
son tales y tan violentos
que extraño que ya en cenizas
no hayan trocado mi cuerpo!..

Irguiéndose amenazante.

¡Maldita la noche aquella
en que en Cádíar, bajo el techo
de mi mesón, te acojiste!..
Más te valiera haber muerto
quemada, como en la iglesia
tus hermanos sucumbieron,
que morir dentro de mí
devorada por mis celos!

La sujeta violentamente.

DOÑA ISABEL

Forcejeando por escapar.

¡Apártate!.. ¡No te acerques
que me profana tu aliento!

Cae de rodillas. Zahara
saca un puñal del seno.

¡Piedad! ¡Amparo! ¡Secorro!...
¡Valedme y salvadme, cielos!...

ZAHARA

Alzando el puñal para herirle. Aben-Humeya aparece en el arco de la izquierda.

¡Ya verás cómo se vengán
las leonas del desierto!

ESCENA VII

DICHOS Y ABEN-HUMEYA

HUMEYA

Deteniendo el brazo de Zahara cuando va á herir á doña Isabel.

¡Atrás, Zahara!

La rechaza.

¿Qué intentas?

ZAHARA

Forcejeando por librarse de Aben-Humeya, como la fiera á quien arrebató la presa.

¡Vengarme de tus desprecios!

HUMEYA

Oprimiéndole la muñeca hasta obligarla á soltar el hierro.

¡Suelta el puñal, si no quieres
que su fino y corvo acero,
en vez de hundirse en el suyo
se hunda hasta el pomo en tu pecho!...

Zahara da un grito. Aben
Humeya se vuelve y tiende
la mano galantemente á
doña Isabel.

¡Alzad, señora!

A Zahara, imperiosamente.

!Y tú, pronto,
de rodillas!.. ¡Besa el suelo
que ella pisa!...

La vuelve á sujetar nue-
vamente para obligarla.

ZAHARA

Retorciéndose de deses-
peración.

¡Dadme muerte,
si es que la muerte merezco,
porque la muerte mil veces
á esta humillación prefiero!

HUMEYA

Casi doblándola.

¡Pronto, pronto de rodillas!

ZAHAAR

Mirándole con toda la desesperación de su impotencia.

¿Tú lo quieres?

HUMEYA

Dominándola con la fiereza de sus ojos.

¡Yo lo quiero!...

Sollozando, casi vencida.

¿Me humillas así?

HUMEYA

Duramente.

¡Te humillo!

DOÑA ISABEL

Intercediendo.

¡Perdonadla!...

ZAHARA

Que estaba ya rendida, con las rodillas casi dobladas, hace un esfuerzo supremo y se yergue de nuevo amenazante.

Yo desprecio
perdón que de ti me venga!..
¿De ti?.. ¡Ni la vida acepto!
Y si la vida me diese
fuera tal mi sentimiento,
que por no deberte nada
me diera la muerte luego!..

HUMEYA

Avanzado amenazador
hacia ella. Zahara retroce-
de hacia la derecha como
una fiera acorralada.

¡Calla ó le pondré á tus labios
una mordaza de hierro!
Vívora que entre juncales
guarda oculto su veneno,
¡ay de ti, si nuevamente
en mi camino te encuentro!
¡Ay de ti, si audaz te atreves
á empañar siquiera el cielo
de esos ojos!.. De una almena
mandaré colgar tu cuerpo
para que sacie las hambres
de los buitres y los cuervos!

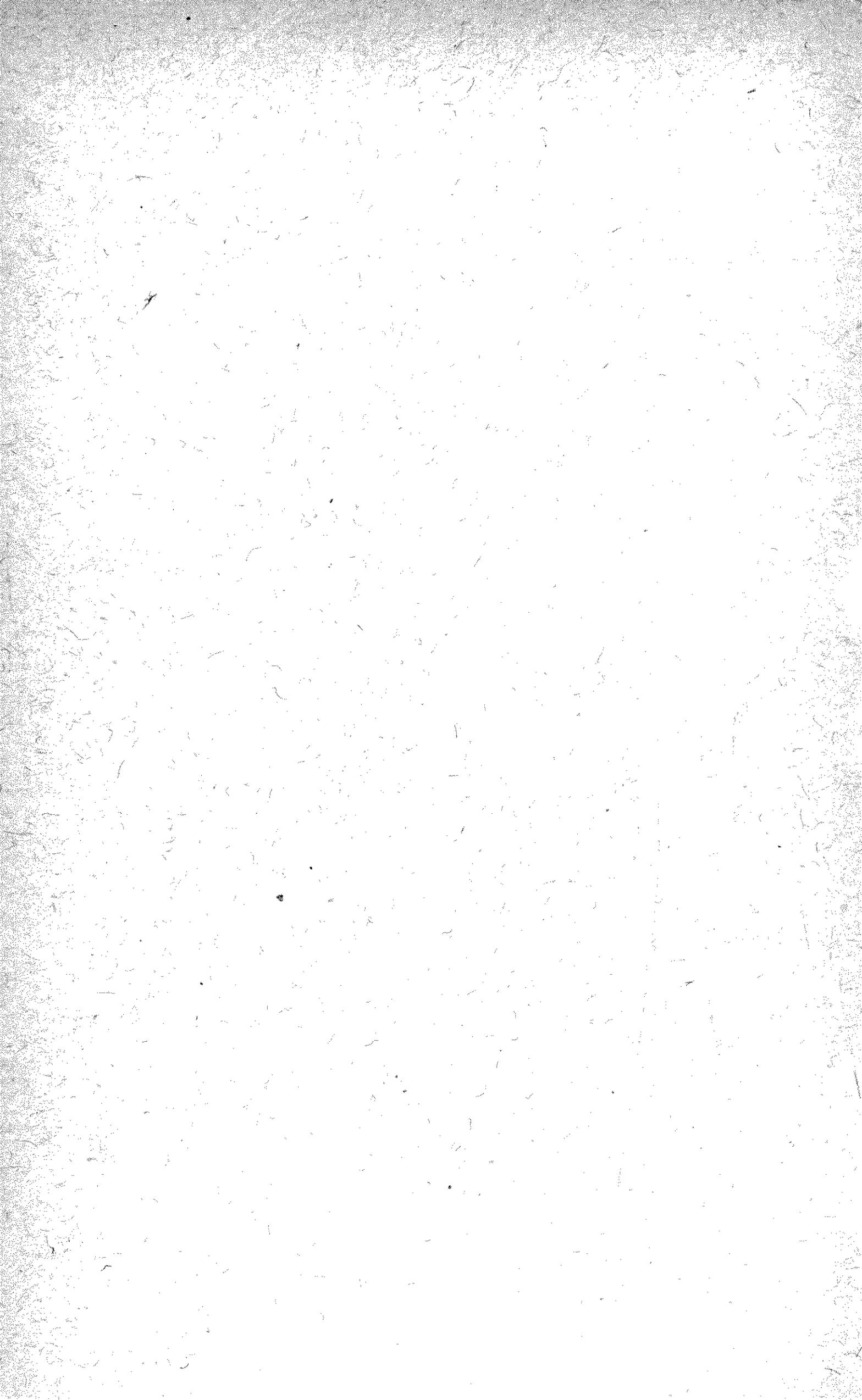
Lanza el puñal por una
de las almenas.

Apártate de mi vista...

ZAHARA

Retrocediendo de espaldas y saliendo por el arco de la derecha, reflejando en su voz y en rostro toda la desesperación de su impotencia.

¡Vengad esta afrenta, celos!...



ESCENA VIII

DOÑA ISABEL Y ABEN-HUMEYA

Hay un instante de silencio en el que los dos se contemplan profundamente conmovidos.

DOÑA ISABEL

Rompiendo tímidamente
el silencio.

Nadie más agradecida
os habrá de estar señor,
porque dos veces la vida
le debo á vuestro favor!

HUMEYA

Contemplándola con
honda y sincera emoción.

Cristiana, dime ¿hasta cuando
te envolverá esa tristeza,
que si aumenta tu belleza
á mi me está amortajando?
¡Deja tus suspiros hoy,
que mi enamorado afán
celoso de ellos estoy...
porque no no sé dónde van!

Aquí, á tu capricho, tienes
sedas, joyeles y oros,
que son tuyos los tesoros
que custodio en mis harenes!..

Y de esta sierra bravía
que de nieve se engalana,
serás la altiva sultana
siendo la sultana mía!..

Y mañana, cuando fierá
en las torres de Granada,
flote al viento desplegada
la gloria de mi bandera,
tendrás para tu recreo
alcázares, camarines,
miradores y jardines
cual nunca soñó el deseo!..

¡Y si eso no le bastara
á tu ciego frenesí,
una nueva Alhambra alzara
mi cariño para ti!..

DOÑA ISABEL

Con humilde sencillez.

¡Señor, á ofrecerme vienes
lo que el alma no ambiciona,

que el peso de una corona
es mucho para mis sienes!

Más que Granada y su vega
y su Alhambra, yo prefiero
el recogimiento austero
de mi casa solariega,

y al amor de un soberano
el casto amor ejemplar
que el sacerdote cristiano
bendice al pie del altar!

Suplicante.

¡Cesad en vuestra porfía,
y que os baste el confesaros
que si yo pudiera amaros,
Don Fernando, os amaría!

HUMEYA

Con celosa ansiedad.

¿A otro amas?.. Habla...

DOÑA ISABEL

Después de un corto si-
lencio, con enérgica reso-
lución.

¡Sí!

Pequeña pausa. Aben-Humeya se estremece, como agitado por la impetuosa violencia de su raza.

HUMEYA

Con desesperada amargura, refrenando su ira.

¡Y á declararlo te atreves,
á quien la vida le debes
y su vida cifra en ti!..

¡A quien por ti despreciara
el trono de sus mayores,
y de su Dios renegara,
en pago de tus favores!..

¿No sabes en tu anhelar
que pudiera mi furor
á viva fuerza tomar
lo que hoy me niega tu amor?..

¡Y si place á la fiereza
de mi orgullo soberano
puede rodar tu cabeza
á una señal de mi mano!..

DOÑA ISABEL

Con resignada tristeza.

Estoy en vuestro poder.

Por esclava me tenéis,
y podéis conmigo hacer
todo cuanto deseéis!..

Yo tranquila me someto,
señor, á tu voluntad...
¡Tan sólo os pido respeto!..
¡Mi triste amor respetad!

Como disculpándose, con
la voz velada por las lágrimas.

La noche maldita, cuando
me amparó vuestra hidalguía,
mí corazón, Don Fernando,
ya no me pertenecía...

Mi honra vuestra acción salvara,
¡mas que no digan, por Dios,
que la defendisteis, para
robármela luego vos!

¡Olvidadme, que el olvido
bálsamo será después!..
¡Por vuestros padres lo pido
sollozando á vuestros pies!

Se postra de rodillas, re-
gando con su llanto las
plantas de Aben-Humeya.

HUMEYA

Estremecido profundamente por el recuerdo del dolor paterno.

¿Por mis padres? ¡Qué irrisión!..
 ¡No sabes tú, desdichada,
 que pudriéndose en Granada
 están, en una prisión!..

DOÑA ISABEL

En un llamamiento desesperado á su piedad.

¡Por tu Dios!

HUMEYA

¡Mi Dios me lanza
 al mal, si te pierdo á ti,
 que eres la sola esperanza
 de la fe con que creí!

DOÑA ISABEL

Sollozando.

¡Por mi amargo padecer!

Aben-Humeya, profundamente conmovido, le contempla con los ojos húmedos de lágrimas.

¡Por las lágrimas que hurañas
tiemblan en vuestras pestañas
sin atreverse á caer!...

ABEN-HUMEYA

Después de una terrible
lucha consigo mismo, como
dirigiéndose á algo invis-
ible cuya fatalidad siente en
su corazón.

¡Cúmplase la voluntad
omnímoda de mi estrella!...
¡Otra vez, Aben-Humeya,
sólo con la adversidad!

Le tiende la mano á doña
Isabel y la alza. Su voz tie-
ne temblores de llanto.

Si á mi cariño prefieres
el amor de otro doncel...
desde ahora libre eres...
¡Dios te bendiga, Isabel!...

Y como dote de bodas,
y espero que lo recibas,
te regalo, Isabel, todas
esas cristianas cautivas!...

¡Adios, locas ambiciones!..
Para mi sólo te pido

que no me des al olvido
al rezar tus oraciones!

¡Y que si caigo algún día
con mi destino luchando,
llores por mí, vida mía,
como estoy por tí llorando!...

Se queda un instante llorando con el rostro oculto entre las manos. Doña Isabel le contempla con profunda piedad.

DONA ISABEL

No os olvidaré, señor,
y siempre estará mi vida
en deuda y agradecida
á tan inmenso favor!

HUMEYA

De pronto, bruscamente,
como si se avergonzara de
su propia debilidad y temeroso de que las fuerzas le abandonen.

¡Disponed vuestra partida!

Se acerca á la puerta de la izquierda y llama con voz de trueno.

¡Partal!

PARTAL

Que aparece y se inclina
en el umbral.

¡Mi señor, mandad!

HUMEYA

Con los ojos clavados en
el cielo, como pidiéndole
fuerzas para el amante sa-
crificio.

¡Adios, esperanzas vanas!

En voz alta á Portal.

¡A las cautivas cristianas
dá en mi nombre libertad!

Y sin perder un momento,
con el escuadrón más fiel,
al cristiano campamento
escolta á doña Isabel!...

Sale Partal.

DOÑA ISABEL

Queriendo besarle la
mano.

¡Gracias!

HUMEYA

Esquivando el beso, y dejándola pasar por el arco.

¡Márchate, cristiana,
que aun eres mi tentación!

Desaparece Doña Isabel dirigiéndole antes una inmensa mirada de piedad á Aben-Humeya. Este la sigue con los ojos. Después intenta ir tras ella; pero se detiene un instante y vacila, apoyando la mano en el corazón.

¡A toda pasión humana
te has cerrado, corazón!

Se va lentamente por el arco de la izquierda.

ESCENA IX

ZAHARA, SOLA

ZAHARA

Entrando recelosamente
por el arco de la derecha
y mirando salir á Aben-
Humeya, como si hubiese
estado espiondo la escena
anterior.

¡Todo, todo se ha acabado
para mí!.. Lloro por ella!..

¡Me vengaré, Aben-Humeya,
como nadie se ha vengado!

¡No abrigues ni la esperanza
de aplacar este furor,
porque será mi venganza
aun más grande que mi amor!

ESCENA X

DICHA, ALGUACIL Y ABEN-ABÓO

Que entran conversando
agitadamente por la dere-
cha.

ABEN-ABÓO

Yo le espondré los enojos...

ALGUACIL

¡Será inútil, porque él
tan sólo ve por los ojos
de la cristiana Isabel!

ABEN-ABÓO

Yo le hablaré con lealtad...

ALGUACIL

Cortándole la palabra.

¡Nuestras quejas serán vanas!...

ZAHARA

Aproximándose.

¿Qué pasa?

ALGUACIL

Que á las cristianas
ha dado el Rey libertad!

ABEN-ABÓO

Con la noticia tememos
que se revuelva la gente,
y hablar con el Rey queremos...

ZAHARA

En voz baja.

¡Le hablaréis inutilmente!

Bajando aun más la voz
con profundo misterio.

Se ha vendido á los cristianos,
y á ellos nos quiere entregar,
para su vida salvar
á costa de sus hermanos!

ABEN-ABÓO

Protestando.

¡Es mi sangre Aben-Humeya!..
¡Respétala!

ZAHARA

Con infernal complacen-
cia.

¡Qué ilusión!...

¡Te manda á una expedición
para que mueras en ella!

ABEN-ABÓO

Fieramente, sin querer
darle crédito.

¡Mientes

ZAHARA

Serenamente.

¿Que yo miento?... ¡No
verás el sol en Motríl!...
¡Preguntáselo á Alguacil
que él lo sabe como yo!

ABEN-ABÓO

Ansiosamente, volvién-
dose á Alguacil.

¿Pruebas?

ALGUACIL

Dudando un momento,
como quien dispone un
plan.

Te las daré luego...

Con resolución, bajando
la voz.

¡Cuando esta noche, en Mairena,

te pueda mostrar el pliego
donde á muerte te condena!

ABEN-ABÓO

¡Si me llegas á probar
Ben-Alguacil, su vileza,
te juro que su cabeza
á mis pies ha de rodar!

Se oye fuera un confuso
griterío. Los tres se vuel-
ven hacia la derecha.

ZAHARA

Escuchando.

¿No oís?

ABEN-ABÓO

¿Qué algazara es esa?

ALGUACIL

Mirando por el arco.

¡Parece que amotinados
aquí vienen los soldados
para reclamar su presa!

VOCES

Fuera.

¡Que nos dejen las cautivas
y entre todos se repartan!

Los soldados capitaneados por Huezin invaden tumultuosamente la escena, por la entrada de la derecha.



ESCENA XI

DICHOS, HUEZÍN Y AMOTINADOS

ABÓO

¿Qué ocurre?

HUEZÍN

¡Al Rey ver queremos,
y decirle, cara á cara,
que las cautivas de aquí
no se van... ¡Son presa franca
y á todos nos pertenecen!

UN AMOTINADO

Como del castillo salgan,
aunque leones las guarden,
serán nuestras!...

HUEZIN

Las espadas
no han de tornar á los cintos
mientras no se nos repartan! *

Todos asienten gritando.

ABÓO

Con firmeza.

Yo hablaré al Rey, y os prometo
que no se irán...

ALGUACÍL

Con resolución.

¡Vuestra causa
será nuestra!

ZAHARA

Con salvaje alegría.

¡Ya comienza
á dar frutos, mi venganza!

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS. ABEN-HUMEYA, DOÑA ISABEL, EL HABA-
QUÍ, PARTAL, CAUTIVAS y ARCABUCEROS de la
guardia real

Cuando es mayor el tumulto, Aben-Humeya aparece por el arco del torreón, seguido de doña Isabel y las Cautivas amparadas por los arcabuceros. La inesperada presencia del Rey hace retroceder un instante á los rebeldes.

HUMEYA

Adelantándose sólo, con un gesto dominador y magnífico.

Moriscos ¿qué pretendéis?

Los amotinados se rehacen cercando, amenazadores á Aben-Humeya.

AMOTINADO

¡Que se reparta la presa!

HUEZÍN

¡Que las cautivas nos deis!...

HUMEYA

¡Será vana vuestra empresa!...

HUEZIN

Amenazante.

¡No les darás libertad!

HUMEYA

¡Irguiéndose, en un arranque supremo de dignidad.

¡Y habéis llegado á creer que el temor logre poner frenos á mi voluntad!..

Desafiante.

¡A vuestra necia osadía mi regio orgullo resiste,

que donde yo estoy, no existe
mas voluntad que la mía!

Nunca al miedo me rendí...

A las cautivas que tiem-
blan.

Cautivas, libres estáis...

Mostrando fieramente el
pecho á las espadas de los
rebeldes.

¡Y á ver, moriscos, si osáis
hacer armas contra mí!...

Los amotinados van re-
trocediendo. Algunos en-
vainan los alfanjes.

Todo el peso de mi ley
os haré sentir ahora...

Se vuelve y le da la ma-
no galantemente á Doña
Isabel.

¡Mi mano tomad, señora!...

Con imperio, á los amo-
tinados.

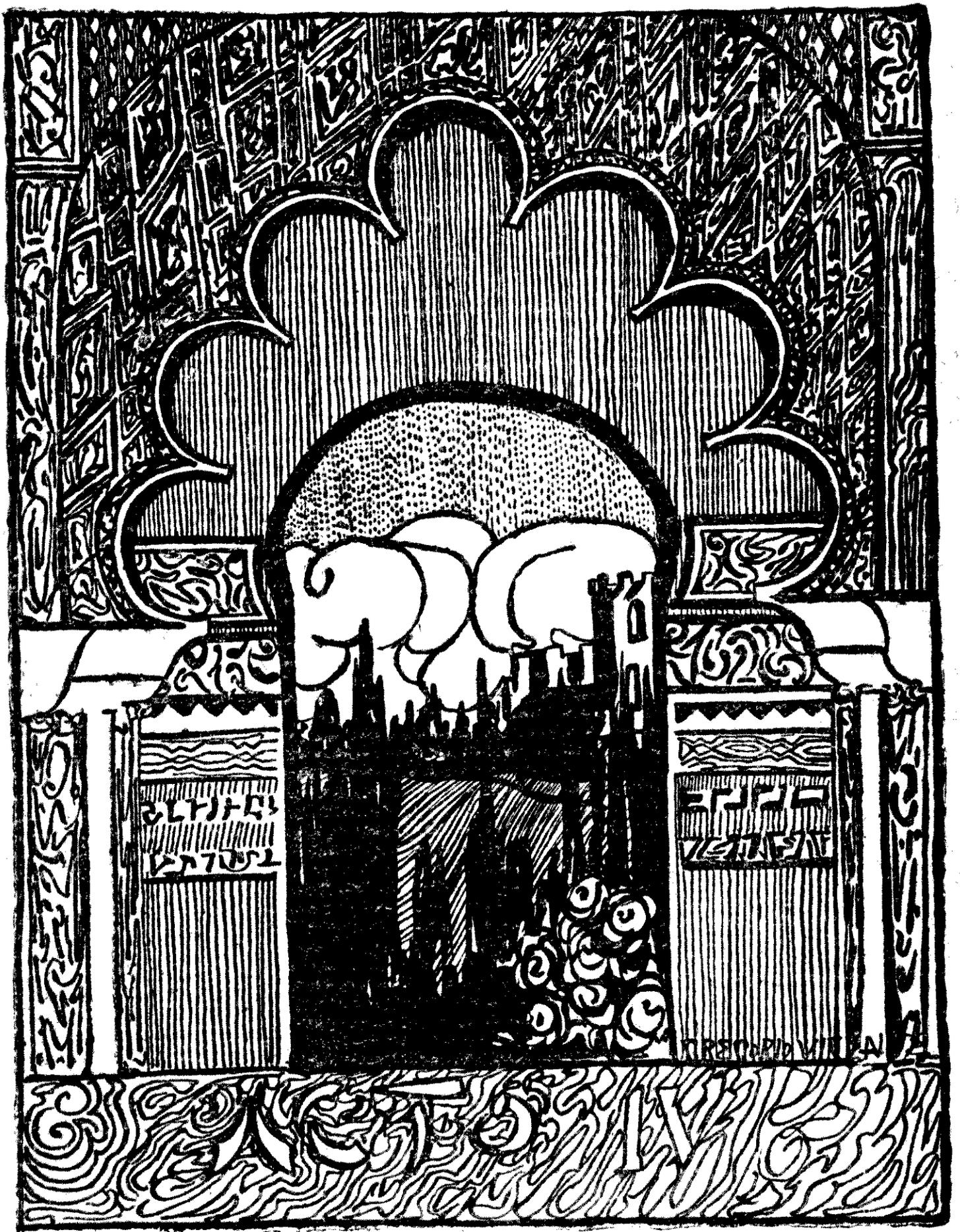
¡Abrid paso á vuestro Rey!

Los rebeldes dominados
por su actitud se inclinan
ante Aben-Humeya, deján-

dole el paso libre, y agrupándose temerosamente en el fondo. Desfila la comitiva. Primero Doña Isabel y Aben-Humeya, y tras ellos, entre dos filas de arcabuceros, las cautivas. Mientras resuenan añafiles y tambores, desciende lentamente el telón.

FIN DEL ACTO TERCERO

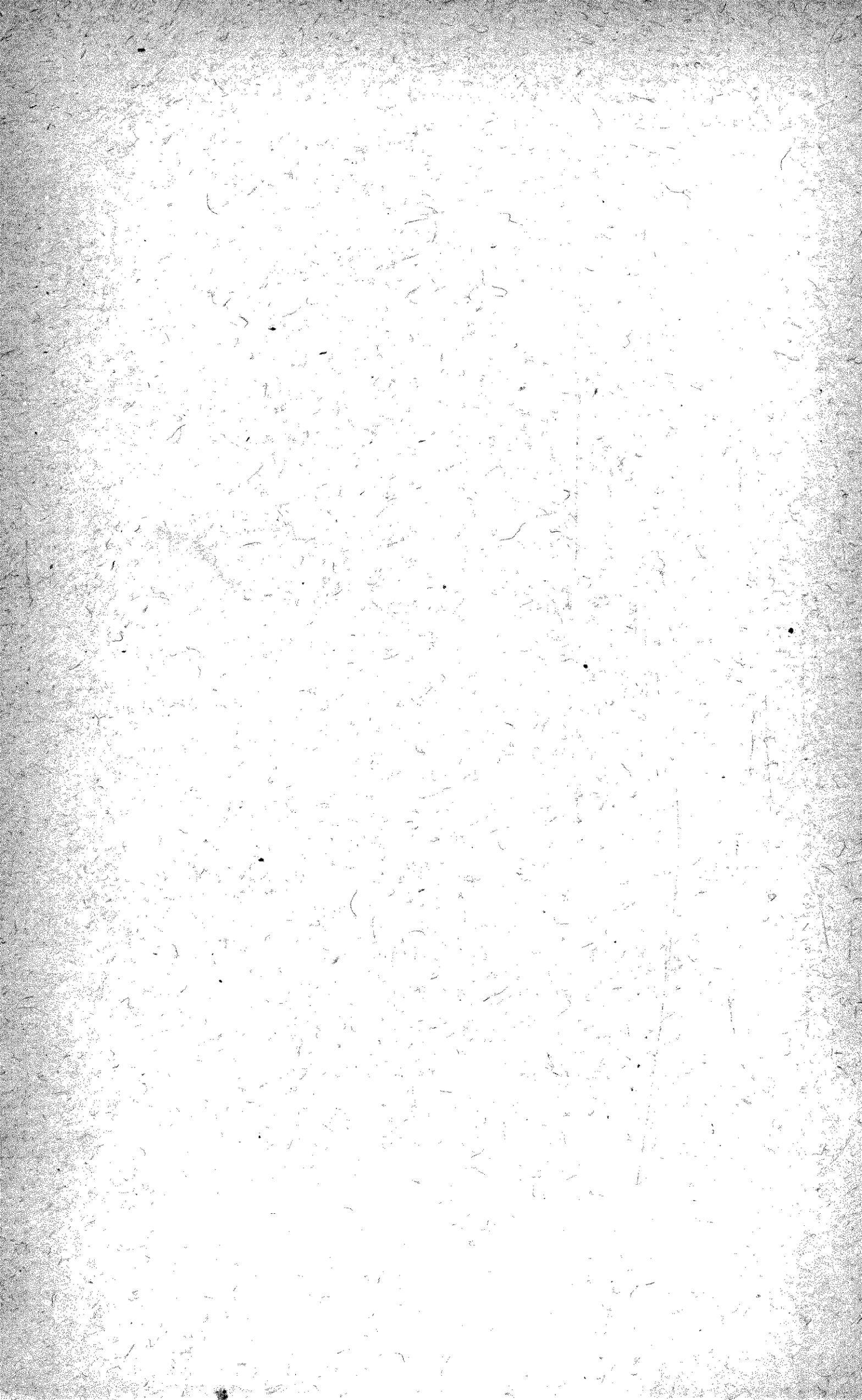






ACTO CUARTO

Salón del Palacio de Aben-Humeya, en Laujar. Al fondo un amplio arco de herradura que da á un mirador, por cuyos calados ajimeces penetra la marmórea claridad del plenilunio. A la izquierda, una puerta. A la derecha, el alhamí real, cuyo arco de entrada cubre un rico tapiz de oriente. En el segundo término, otra puerta. Divanes con almohadones bordados. Alcatifas fastuosas. Pebeteros en los ángulos. Lámparas moríscas,



ESCENA PRIMERA

ABEN-HUMEYA (reclinado en un diván, cerca del alhamí).
ZORAIDA (tañendo un laúd, al lado de Aben-Humeya).
ESCLAVAS (que acompañan la danza golpeando los panderos). ZAHARA (apoyada en el arco del mirador, palpitante de inquietud, como espiando en la noche algo que espera).

ABEN-HUMEYA

Profundamente conmovido, como si el canto despertase en el fondo de su alma, toda la amargura de su amor perdido.

¡Calla, calla esa canción
tan honda y tan dolorida!...
¿No ves que al tocar la herida
aun sangra mi corazón?

¡Tal tristeza en mí levanta
y tales sueños me evoca,
que parece que la canta
mi corazón por tu boca!...

Arranca sólo al laúd
dulces y amantes sonidos
que suspenden mis sentidos
y alegren mi juventud!

Zoraida suspende la música. Aben-Humeya permanece un instante con la cabeza entre las manos profundamente abatido. Las danzarinas dejan de bailar. Momento de silencio. Aben-Humeya hace un esfuerzo para olvidar y aturdirse de nuevo. Levanta la vista buscando á Zahara.

¿Dónde estás, Zahara?

ZAHARA

Extremeciéndose al oír su nombre.

...Aquí

mi señor...

ABEN-HUMEYA

Incorporándose.

¿Pero qué hacía?

Zahara se aproxima lentamente, como si temiera su mirada.

¿Qué te pasa, que hace días andas huyendo de mí?

Si te busca la mirada,
te encuentro siempre encubierta
en tu almaizal, apostada
tras el tapiz de una puerta,

ó cruzando tan ligera
por mis floridos jardines,
cual si á tus plantas ciñera
el silencio sus chapines!

Tiemblas, si el labio te nombra;
y á mi alrededor te veo
como una fiera en ojeo
agazapada en la sombra...

Aproximándose y cambiando de tono.

Tu voz tiene tal hechizo
que nos transporta al Edén...
¿Qué pena enmudecer hizo
al ruiseñor de mi harén?

ZAHARA

Con voz sorda.

Presa en mis recuerdos vivo;
mis ojos cegó el dolor...

ABEN-HUMEYA

Ruiseñor ciego y cautivo
es el que canta mejor!
Vuelve de nuevo á cantar
y tus recuerdos olvida,
porque es preciso en la vida
olvidar... y perdonar!

ZAHARA

Con intención.

En lo que pidas, tu sierva
te complacerá sumisa,
humilde, como la hierba
que perfuma á quien la pisa.

Más ¡ay! en mi corazón
cómo á traición lo han herido,
no hay sitio para el olvido
ni lugar para el perdón!

ESCENA II

DICHOS, EL HABAQUÍ

Que aparece por la puerta de la derecha.

EL HABAQUÍ

Inclinándose al entrar.

¡Perdona, Señor, si vengo á importunarte!...

ABEN-HUMEYA

Recobrando su imperio.

¿Qué pasa?

¿Mi guardia de arcabuceros con el rumor de sus cajas ya atruena el valle, y despierta los ecos de esas montañas?..

EL HABAQUÍ

A hablarte de eso venía...
Aún no ha llegado tu guardia,

y por más que en ello pienso
no me explico su tardanza!

Zahara sigue atentamente el diálogo. De cuando en cuando se levanta, se asoma al ajimez y observa.

ABEN-HUMEYA

¿No le enviaste las órdenes
al capitán que la manda?

EL HABAQUÍ

¿Cuando dejó de cumplirse
orden que por ti fué dada?
Entregó mi propia mano
los pliegos, esta mañana,
al soldado más leal
de los que en esta campaña
vertieron su sangre, bajo
las banderas de Granada!

Antes que la clara luna
esos valles plateara
desfilar, señor, debieron
los soldados de tu guardia,
delante de los floridos,
ajimeces de tu alcázar!

¡Ya es más de la media noche,
y aún no anuncian su llegada,
en las cumbres, las hogueras
de las rojas atalayas!...
¡Y ve, señor, que el lugar
desguarnecido se halla!

Con misterio.

Precaución hay que tener.

ABEN-HUMEYA

Estando lejos de aquí
los cristianos, Habaquí,
¿de quién vamos á temer?

EL HABAQUÍ

Si yo reinase, señor,
mucho más que á los cristianos,
temiese á nuestros hermanos...
Es más temible el traidor
que en nuestra tienda se esconde,
y para herirnos procura
el sitio indefenso, donde
deja un hueco la armadura,
que el enemigo valiente
que en la contienda empeñada
hunde hasta el pomo, de frente,
en nuestro pecho, su espada!

ABEN-HUMEYA

Pensativo.

¡Tú piensas que pueda haber
algún peligro!...

EL HABAQUÍ

Lo creo,
porque hace tiempo que veo
lo que no quisiera ver!

Desde que les diste suelta
á las cautivas, la gente
murmura y anda revuelta,
y prevenirse es prudente...

En público y sin rebozo
se atreven á declarar
que eres demasiado mozo
y blando, para reinar;

que al cristiano nos engaña
tu ambición, y que prefieres
el lecho de tus mujeres
á la tienda de campaña,

y las músicas sutiles
de la guzla, á los clamores
de los roncós atambores
y los rudos añafiles!...

Cree, Señor, á mi lealtad...

ABEN-HUMEYA

Como si una sospecha
repentina lo asaltase.

¿Pero sospechas de alguno?...
¡Habla pronto!

EL HABAQUÍ

En puridad
de todos y de ninguno!...
La traición, no tiene nombres...

ABEN-HUMEYA

¿Y en qué te fundas?...

EL HABAQUÍ

Me fundo
en que yo conozco el mundo
y el corazón de los hombres!

ABEN-HUMEYA

Queriendo disipar sus
temores, pero dejando tras-
lucir las preocupaciones
que le causan.

¡Calma tu imaginación,
que esos temores que expresas

tan sólo recelos son
del amor que me profesas!

Reposa hasta que en Oriente
el sol, de nuevo, rutila,
y que el Partal con su gente
estos contornos vigile,

que aun antes que los luceros
se extingan, verás entrar
mis bravos arcabuceros
á guarnecer el lugar!...

No pases por mí cuidados
y á dormir tranquilo vé!

EL HABAQUÍ

Queriendo oponerse.

¿Y tu alcázar sin soldados
esta noche dejaré?...

ABEN-HUMEYA

Con imperio.

¡Parte tranquilo de aquí!...
De tus temores me río,
Habaquí, porque confío
en Dios... y después en mí!

El Habaquí se inclina y
sale por la derecha.

ESCENA III

DICHOS, MENOS EL HABAQUÍ.

ABEN-HUMEYA

Pensativo, viendo alejarse al Habaquí.

¡Cuando estaba más contento
vuelve mi dicha á turbar
un vago presentimiento,
y algo inexorable siento
que está próximo á llegar!

Pequeña pausa.

¡Tiene el Habaquí razón;
en esta dura campaña
más enemigos que España
nuestras mismas gentes son!

¡Nadie cumple su deber,
y aun antes que á los cristianos
á nuestros propios hermanos
tendremos que someter!

Volviéndose á las esclavas.

¡Avivad el pebetero;
matad las luces, que quiero

retirarme á descansar,
 si descanso puede hallar
 la incertidumbre en que muero!

Las esclavas cumplen las
 órdenes.

ZAHARA

¡Ya está la luz apagada!

ZORAIDA

Insinuante.

¿Nada anhela vuestro amor
 de nosotras?

ABEN-HUMEYA

Señalándoles la puerta
 de la derecha.

¡Idos, nada!

Desaparece por el arco
 del alhami.

ZORAIDA

Al salir.

Que el cielo os guarde, Señor!

Se inclinan profunda-
 mente y salen. Sólo Zaha-
 ra permanece en el ángulo,
 inmóvil, como confundida
 en la sombra.

ESCENA IV

ZAHARA

Al salir Aben-Humeya, Zahara le sigue ansiosamente con los ojos, como si quisiera decirle algo, pero al ver que él desaparece sin mirarla, queda inmóvil, y sobre la ansiedad de su rostro pone su máscara el rencor.

¡Ni siquiera una mirada al salir!... ¡Ni una siquiera!...

Baja un instante la cabeza en el anonadamiento de su esperanza. Después se yergue amenazante.

¡Su muerte está decretada!...

Silencio angustioso. Después se agita en un ademán de protesta. Con voz que parece escapada del fondo de sus entrañas.

¡Pero no quiero que muera!

Avanza resuelta, como arrastrada por una fuerza oculta, superior á su voluntad, hasta el alhami.

¡Voy á salvarle!

Con voz sorda, cerca del
arco.

¡Señor!

Retrocede de nuevo, sintiendo renacer en su alma todo el rencor oculto de sus celos. Como si se increpase á sí misma.

Mas ¿qué le vas á decir,
si aunque le salve tu amor
tus celos le harán morir?

Como si en su interior luchasen desesperadamente las más encontradas pasiones. Poniéndose las manos en la boca, cual si quisiera ahogar en sus palabras sus propios sentimientos.

¡Alma, tu piedad sofoca!..
¡Celos, dadme vuestra ayuda,
y haced que se torne muda
para la piedad, mi boca!

Golpeándose violentamente el pecho.

¡Corazón, calla tu mengua!..
¡Para obligarte á callar,
yo misma, voy á cortar
entre mis dientes, tu lengua!

Pequeña pausa. Se dirige lentamente al mirador.

¡Aún en la blanca cimera
del Almírez, no se advierte
el resplandor de la hoguera
que me anunciará su muerte!

Estremeciéndose como
si cada latido del corazón
fuese un siglo de inquietud.

¿No vendrán?.. ¡Ay! ¿Por qué tardas
hoguera, tanto en arder?

En un arranque de desesperada ansiedad.

¡Quién te pudiera encender!...

Cayendo de bruces sobre el mirador, como si su corazón estallase en sollozos.

¡Pero, no!... ¡Pero no ardas
que arder no te quiero ver!...

Se queda un momento sollozando. De súbito se levanta queriendo sofocar su ternura con el recuerdo de la rival odiada.

¡Mas en vano el tiempo pierdo
de loca esperanza en pos,

que la sombra de un recuerdo
se interpone entre los dos!

Como si á la evocación
de la ausente, despertasen
en su corazón, de nuevo,
más hambrientos que nunca,
todos sus recuerdos.

¡Venganza!.. ¡No triunfará
de mi amor, Doña Isabel!
¡Que muera!..

Se yergue en un gesto
terrible de amenaza.

¡Sí! ¡Morirá,
aunque yo muera con él!..

Cae de nuevo en un so-
llozo desesperado.

¡Ojos, que sólo soñáisteis,
para sus ojos, vivir;
pobres ojos que miráisteis
bajo sus plantas morir
vuestra postrera esperanza,
y que aún lloráis sus desvíos!..
¡Decid, decid, ojos míos,
si no es justa mi venganza!

Como si un rayo de es-
peranza iluminase, de pron-
to, las tinieblas de su de-
sesperación.

Mas, ¡si él la diese al olvido,
y otra vez á mí volviera
más amante y más rendido!..

Resuelta á salvarle.

¡No quiero, Señor, que muera!..
Mas olvidar su traición
tampoco, cielos, podré!..

La duda la estremece en
una convulsión inaudita.

¿Qué voy á hacer?.. ¡No lo sé!..

Desesperadamente.

¡Dímelo tú, corazón,
que sangras por doble herida!..—
¡Corazón! ¿quién es más fuerte,
el amor que grita:—¡vida!
ó el odio que ruje:—¡muerte?

Cae de nuevo sollozando. Después se serena un poco y avanza resuelta hacia el alhamí. Tiende la mano para alzar el tapiz, pero se detiene temblando, como espantada de sí misma.

¡Y, yo he podido forjar,
sin estallar de dolor,

la infamia que ha de acabar
con la vida de mi amor!..
¡Yo, que de amor encendida
por verle dichoso, diera
toda mi sangre y mi vida!..
¡Y cien vidas si tuviera!

Queda un momento so-
llozando en silencio, apo-
yada en el umbral de la
puerta de la izquierda, me-
dio oculta por el tapiz que
la cubre.

ESCENA V

DICHA Y ABEN-HUMEYA

Aben-Humeya aparece por el arco del alhamí, como perseguido por los fantasmas de sus propios pensamientos.

ABEN-HUMEYA

¡Qué terrible pesadilla
hirió mi imaginación!...

La frialdad de una cuchilla
traspasa mi corazón!...

¡Qué vida, Señor, qué vida!...
Estoy despierto, y aún siento,
como un dolor sordo y lento
en el lugar de la herida!

¡Ay, siempre en el sueño ves,
corazón, tu triste suerte,
que no en vano el sueño es
el espejo de la muerte!

Nunca el destino abandona
lo que en sus garras apresa;
ni aun en sueños nos perdona...

¡Cuánto pesa una corona!...
 ¡Señor, Señor, cuánto pesa!

Va hacia el ajimez y queda un instante contemplando la noche.

¡Noche magnífica y clara,
 ¿qué guardarán para mí
 las estrellas?..

Zahara se le acerca.
 Aben-Humeya se vuelve sobresaltado.

¿Quién va ahí?..

ZAHARA

Con humildad, acercándosele.

Tu sierva, señor...

ABEN-HUMEYA

Tranquilizándose.

¡Zahara!..

¿Qué te ha impedido marchar
 con las otras? Di...

ZAHARA

Con timidez.

Mi amor,

que se queda á vigilar
el sueño de su señor!

ABEN-HUMEYA

Contemplándola con tris-
teza y ternura al mismo
tiempo.

Tú siempre me has sido fiel.

ZAHARA

Porque el amor me encadena,
y en amando, hasta la hiena
se torna menos cruel!

ABEN-HUMEYA

Contemplándola con pie-
dad.

Mas yo, en pago, he desgarrado
tu corazón, sin sentir
que estaba de amor colmado...

ZAHARA

Y ¿quién recuerda el pasado
si piensa en el porvenir?

ABEN-HUMEYA

¡Qué mal el alma custodia
su afecto, y qué mal derrama

el cariño que la inflama!...
 ¡Amamos á quien nos odia
 y odiamos á quien nos ama!
 Y en tanto que el alma ciega
 su propio dolor prefiere,
 la muerte en silencio llega
 y por la espalda nos hiera!

ZAHARA

¡Qué tristes cosas me dices!

ABEN-HUMEYA

Dejando escapar sus re-
celos.

Quimeras y augurios son
 que en mi regio corazón
 echaron hondas raíces!

Con misterio, como res-
pondiendo á una idea fija.

¿Recuerdas lo que me dijo
 aquella pobre mujer
 á quien dieron de comer
 el corazón de su hijo?

ZAHARA

Queriendo animarlo.

Sus anatemas olvida...
 ¿Quién hace caso á una loca?

ABEN-HUMEYA

¡Pues envenenó mi vida
la maldición de su boca!

Y en esta noche, Zahara,
me agito y tiemblo encogido,
cual si una voz murmurara
sus palabras á mi oído:

«¡Por tus infames acciones
será inflexible tu estrella!...
¡Morirás, Aben-Humeya,
á manos de tus sayones!...»

Y algo dice al corazón,
ya cansado de sufrir,
que pronto se va á cumplir
tan horrible predicción!

Porque hoy mi destino traza
en su curso indefinido
la estrella que siempre ha sido
la enemiga de mi raza!...

ZAHARA

Animándole.

Vencerás, Aben-Humeya.
Tan sólo la voz escucha
de tu valor...

ABEN-HUMEYA

Como agobiado por el
peso de la fatalidad de su
raza.

Mas, ¿quién lucha
contra el rigor de su estrella?

Es blasfemo desatino
oponerse á su rigor,
que luchar contra el Destino
es luchar contra el Señor!

Pequeña pausa. Como
siguiendo á sus propios
pensamientos.

Viendo mi raza oprimida
bajo los hierros cristianos,
soñé, á costa de mi vida,
libertar á mis hermanos,
sobrepujando la hazaña
de aquellos bravos guerreros,
que dominaron á España
con sus triunfantes aceros,
imponiendo en el planeta
á Emperadores y á Reyes.
con las leyes del Profeta
el imperio de su leyes!...

¿Qué resta de ese esplendor?
Unos cuantos salteadores
que me llaman su señor,
mientras afilan, traidores,
en las sombras, su puñal;
una corona irrisoria,
de espinas, para mi gloria,
y en vez de cetro real,
mísera caña en mi mano...
¡Sólo me falta tener
también mi cruz, para ser
el Ecce-Homo cristiano...!

ESCENA VI

DICHOS y EL PARTAL

Que penetra por la derecha.

EL PARTAL

Inclinándose, desde la
puerta.

¡Señor, señor, perdonad
si aquí vengo...

Aben-Humeya se vuelve
sobresaltado.

ABEN HUMEYA

Recobrándose.

Te creí
de ronda, Partal!..

EL PARTAL

Avanzando..

Aquí
me conduce mi lealtad

ABEN-HUMEYA

Y tu lealtad ¿que desea?

EL PARTAL

Mis gentes han encontrado,
desangrándose, á un soldado
en la rambla de Alcolea!

Al momento de espirar
dijo que era portador
de una orden tuya, señor...

ABEN-HUMEYA

Inquieto.

¿Y la orden?

EL PARTAL

Al cruzar
por la rambla, le asaltaron
los traidores, y el papel
de las manos le arrancaron...
y la existencia con él!

ABEN-HUMEYA

¿Y quién pudo haber osado?

EL PARTAL

Algo debió sospechar
y á decir iba el soldado...
Sólo pudo murmurar,

haciendo un esfuerzo rudo:
—Dile á Aben-Humeya, que
se guarde y defienda de...
¡Y el nombre decir no pudo!
Me miró con ansia loca,
el labio cárdeno abrió
para seguir... y expiró
con la palabra en la boca!

ABEN-HUMEYA

Y no sospechas?

EL PARTAL

Señor,
si de alguien yo sospechara,
ya ante tus ojos sangrara
la cabeza del traidor!

Zahara, intranquila, lu-
chando entre los más en-
contrados deseos, va y vie-
ne al mirador, observa des-
de él y atiende á las pala-
bras del Partal.

ABEN-HUMEYA

En dónde tienes tus gentes?

EL PARTAL

Acampan en el Fondón.

ABEN-HUMEYA

¿Y son muchos?..

EL PARTAL

Pocos son,
pero son los suficientes!
Cada uno de esos buenos
y curtidos veteranos
vale por veinte cristianos
y diez turcos, por lo menos!

ABEN-HUMEYA

Toma diez de los mejores,
y ve á los alrededores
del suceso, á averiguar,
y si das con los traidores
haz un castigo ejemplar!..

EL PARTAL

Además, señor, venía
para decirte, que fuera,
en ese patio, te espera
y quiere hablarte un espía.

Llega del campo cristiano
con pliegos de tal valor
que sólo puede, señor,
entregarlos á tu mano.

ABEN-HUMEYA

Inquieto y desconfiado.

Tú le conoces, Partal?

PARTAL

No abrigues, señor, temores...
Es el Gorri, el más leal
de todos tus servidores!

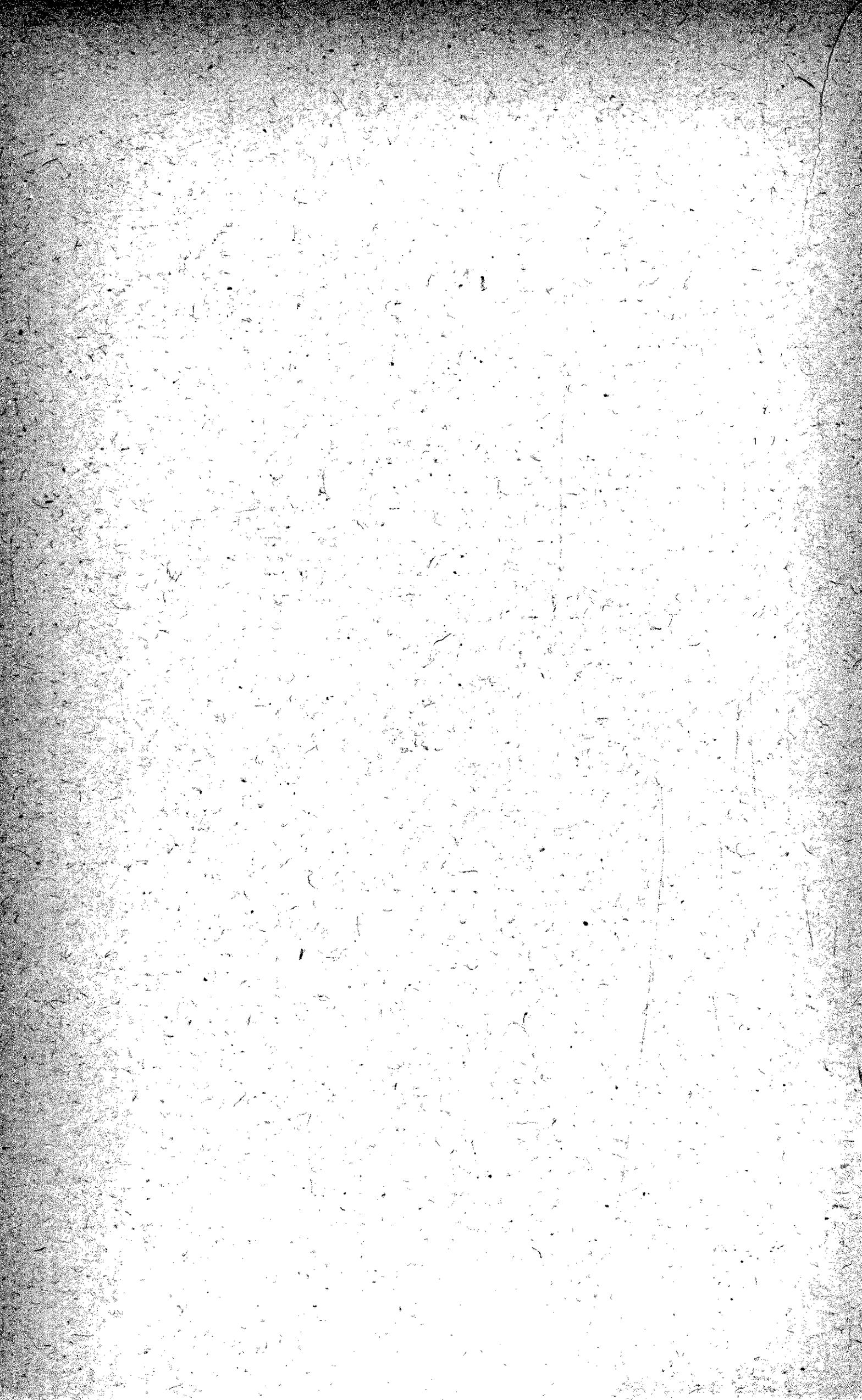
ABEN-HUMEYA

Al Partal.

Cumple mi mandato, y luego
torna, Partal, á avisarme...

Al salir por la derecha.

¿Qué sorpresa irá á brindarme
el destino en ese pliego?..



ESCENA VII

ZAHARA Y EL PARTAL

ZAHARA

Mirando ansiosamente
por el ajimez y ahogando
un grito.

¡Ya en la cumbre de aquel monte
al resplandor de la hoguera
enrojece el horizonte!...

Con energía indomable.

¡Lo salvaré!

Se dirige al Partal en el
momento que éste se dis-
pone á partir.

PARTAL

Deteniéndose.

¿Qué hay?..

ZAHARA

En voz baja.

¡Espera!

¿A tu señor eres fiel?

PARTAL

Me ofendes al preguntar...

ZAHARA

¿Su vida quieres salvar?

PARTAL

¡Mi sangre diera por él!..

¿Mas que ocurre?

ZAHARA

¿Ves aquella
pira en el monte encendida?..
Ella anuncia que la vida
va á perder Aben-Humeya!..

PARTAL

Espantado.

¿Qué dices?

ZAHARA

Lo que has oído,
pues para su perdición
sus puñales han unido
los celos y la traición!..

No hay que perder tiempo en vano
si le queremos salvar,
que el peligro está cercano
y está indefenso el lugar!

PARTAL

Mas ¿quién tal crimen fraguó?..

ZAHARA

¡Lo más bajo y lo más vil!..
La envidia de Aben-Abóo
y los celos de Alguacil!

Empujándolo hacia la
puerta.

¡Pronto, pronto, corre, vuela
por entre esos olivares;
hunde en tu potro la espuela
hasta rasgar sus hijares!..
Por tu gente, al Fondón, ve,
y torna presto...

PARTAL

Saliendo.

Me voy...
¡Y te juro, por quien soy
que su vida salvaré!

ESENA VIII

ZAHARA (viendo desaparecer á EL PARTAL)

ZAHARA

¡Cielos, salvadle!..

Como acometida de una
súbita esperanza.

¡Si yo
á confesárselo todo
me atreviese!..

Cayendo de nuevo en un
profundo abatimiento.

Mas, no hay modo
de confesárselo!... ¡no!..
que de mi infamia, espantado,
mi aviso despreciaría...

Tendiendo los brazos al
cielo en un arranque des-
esperado de dolor.

¡Si el destino despiadado,
en su furor sólo ansía

un corazón donde hundir
su acero cortante y frío...
¡aquí está, Señor, el mío
por él dispuesto á morir!

ESCENA IX

DICHA Y ABEN-HUMEYA

Que entra con un pliego
en la mano.

ABEN-HUMEYA

Contemplando el pliego.

¡Temo leerlo! Adivino
algún peligro cercano...
¡Parece que mi destino
está temblando en mi mano!

Viendo á Zahara.

Acerca una antorcha, para
poder leerle, Zahara.

Zahara entra en el alhamí y regresa con una antorcha en la mano que coloca cerca de la puerta, en el muro; Aben-Humeya le entrega el pliego.

Rompe el nema del papel
y quien lo firma repara...

Zahara, rompe el nema
del pliego y se acerca á leer-

lo á la luz de la antorcha. Aben-Humeya la sigue ansiosamente con la vista.

ZAHARA

Dando un grito inarticulado, como quien se encuentra de pronto una víbora en su camino.

¡Cielos!.. ¡De Doña Isabel!

Queda con el pliego en la mano, trémula de ira, con los ojos fijos en Aben-Humeya, en una explosión de celos.

ABEN-HUMEYA

Al oír el nombre, se acerca ansiosamente, pero después, viendo la actitud de Zahara, refrena su impaciencia, comprendiendo por vez primera, todo el dolor y la angustia de aquella existencia devorada por los celos, y un sentimiento de piedad florece súbitamente en su corazón.

¿Qué puede importarte á tí?..
¡Dame el pliego sin temor
que aunque viva para mi
ha muerto para mi amor!..

Zahara se extremece de emoción. Desdobla el pliego y se lo da á Aben-Humeya para que lo lea. Leyendo.

«¡Como mi honor y mi vida salvasteis, señor, hoy quiero honor y vida salvaros, y así pagar lo que debo, que las que son bien nacidas pagan con creces sus débitos! Según las revelaciones, que al convertirse de nuevo en la Santa Fé de Cristo, un viejo morisco ha hecho, esta noche, Don Fernando, vuestra vida corre riesgos, que Aben Aboo, vuestro primo, y los turcos, convinieron en Mecina, daros muerte para quitaros el reino... ¡Y, ojalá que á vuestras manos este carta llegue á tiempo! No esperéis ningún socorro, porque todo vuestro ejército causa común con los turcos para vuestro mal, ha hecho!..

En Laujar estais cercado,
y sino rompeis el cerco
os cautivarán los míos
ó muerte os darán los vuestros!..
Cuando éstas líneas leais,
sin vacilar un momento,
al campo cristiano huid...
Para que podáis hacerlo
el perdón del Rey Felipe
os mando con este pliego!..»

ZAHARA

No pudiendo resistir más
su emoción.

¡No dudes! ¡Huye de aquí!..
¡Escapa al campo cristiano!..

ABEN-HUMEYA

¿Tú me lo aconsejas?

ZAHARA

¡Sí!..

ABEN-HUMEYA

Pues me aconsejas en vano!..

ZAHARA

Insiste.

¡Huye, Señor! ¡Te amenaza
la muerte!..

ABEN-HUMEYA

¡Jamás huyeron
los varones de mi raza,
que combatiendo cayeron
en su glorioso abandono
contra su suerte menguada,
defendiendo con su espada,
más que su vida, su trono!..

ZAHARA

Queriéndole arrastrar
fuera.

¡Vendrán á buscarte! ¡Huyamos!..
¡Sé de un oculto camino!..

ABEN-HUMEYA

Rechazándola.

¿A qué?.. Por donde vayamos
allí irá nuestro destino!..

Señalando el pliego.

¿Ves Zahara éste papel?
Es el pliego del perdón...

Lo rasga y arroja los pedazos por el ajimez.

¡Pues también rompo con él,
Zahara, mi salvación!

ZAHARA

Sin poder contenerse.

¿Que has hecho, señor, que has hecho?

ABEN-HUMEYA

¡Desafiar á la suerte!...
¡Si quiere herirme la muerte,
tendrá que hacerlo en el pecho! ..

Vacilando de pronto como si se avergonzase de dar crédito á la infamia.

¡No puedo creer que sea
realidad tan vil traición,
aunque dice que lo crea
la voz de mi corazón!

ZAHARA

Ansiosa por descubrir su secreto.

¡A tu corazón da fé,
y huye!...

ABEN-HUMEYA

Extrañado del tono de
certidumbre de Zahara.

¿Tú lo sabes?

ZAHARA

Duda un momento. Des-
pués se yergue con ener-
gía.

¡Sí!

ABEN-HUMEYA

Mas ¿cómo?

ZAHARA

Espantada de sus pala-
bras y temerosa de su trans-
cendencia.

¿Cómo? ¡Ay de mí!...

Decidiéndose.

¡Yo tan solamente sé
que antes que amanezca el día,
sino huyes, morirás!

Señalando la puerta de
la izquierda.

¡Huyamos, señor!

ABEN-HUMEYA

¡Jamás,
que huir fuera cobardía!
¡Yo sabré imponer mi ley
á esa chusma amotinada,
y si caigo en la jornada
verán como muere un Rey!

ZAHARA

Insistiendo anhelante.

¡De tu destino fatal,
huye, señor, en seguida!..
¡Las banderas del Partal
protegerán nuestra huída!
Monta presto en tu corcel,
esa sierra atravesemos,
y en la costa embarcaremos
para Tetuán ó Argel!...

ABEN-HUMEYA

Si mi corona ambiciona
no ha de triunfar su vileza,
que por salvar la cabeza
no perderé la corona!

Volviéndose á Zahara
como si una idea repentina
le inquietase.

Mas, ¿tu afán como llegó
esa infamia á conocer?

ZAHARA

Sin poder reprimir la ex-
plosión de su sinceridad.

¡Como no lo he de saber,
si la infamia forjé yo!..

ABEN-HUMEYA

¿Tú?

ZAHARA

Desbordante de sinceri-
dad.

El puñal les entregué,
y en mi celoso despecho
señalándoles tu pecho,
¡Hundidle en él!—les grité.
¡Para dar muerte al león
yo les señalé el cubil!..

ABEN-HUMEYA

Horrorizado.

¿Capaz tú de tal acción?

ZAHARA

No fui yo: ¡mi corazón!...
¡Arráncamelo por vil!

ABEN-HUMEYA

En ímpetu de fiereza.

¡Oh, sí, te lo arrancaré
con estas manos, y cuando
las turbas vengan aullando
de furor, les mostraré
tus sanguinantes despojos,
como presa de la fiera...
¡Para que miren sus ojos
la suerte que les espera!

Se arroja sobre ella. Zahara cae de rodillas luchando desesperadamente, más que por salvar su vida por salvar la de él.

No tendré piedad de tí!

ZAHARA

¡Arrástrame del cabello!..
¡Ahoga en tus manos mi cuello,
pero huye, señor, de aquí!...

Se escucha un rumor de voces cercanas. Los dos se

quedan inmóviles. Zahara se escapa de las manos de Aben-Humeya y le señala de nuevo la puerta de la izquierda.

¡Huye señor!... ¿No oyes esa ronca y sorda gritería?... Es que aulla la jauría al olfatear su presa!...

ABEN-HUMEYA

Dándose cuenta de su situación, y dirigiéndose al ajimez.

¡Mis guardias!

ZAHARA

Siguiéndole.

Todos están en el Fondón acampados, y antes que tornen, caerán aquí los amotinados!...

Mirando desde el ajimez.

Ya han penetrado en la plaza...

VOCES

Fuera.

¡Muera Aben-Humeya!... ¡Muera!

ZAHARA

¡Ve la suerte que te espera
si consiguen darte caza!
¡Huye, señor!...

ABEN-HUMEYA

Desafiante.

¡No sé huir!...
Cumpla el destino su ley,
que el que vivió como rey
como rey sabrá morir!...

VOCES

Más cercanas.

¡Muera Aben-Humeya!... ¡Muera!...

Zahara le indica la puer-
ta de la izquierda.

ABEN-HUMEYA

Con firmeza.

Aquí les esperaré...

ZAHARA

Como si una esperanza
la iluminara de súbito.

¡Aunque tu orgullo no quiera
yo tu vida salvaré!...

Corre á la puerta de la derecha y antes que Aben-Humeya tenga tiempo de impedirselo la cierra.

ABEN-HUMEYA

¿Qué has hecho?

ZAHARA

Con alegría.

¡Te salvé al fin!..

Empujándole hacia la puerta de la izquierda.

¡Yo detendré su furor,
en tanto que tú, señor,
escapas por el jardín!

Empujándole.

¡Huye!...

Aben-Humeya la rechaza.

VOCES

En la puerta de la derecha.

¡Que muera el traidor!...

ALGUACIL

Fuera.

¡Echad abajo la puerta!...

Empujan la puerta. Aben-Humeya se yergue y se dirige á abrir. Zahara se le interpone abrazándose á sus rodillas. Aben-Humeya se desprende de ella con violencia, arrojándola al pie de un diván.

ABEN-HUMEYA

Abriendo la puerta.

¡No es preciso!... ¡Ya está abierta, y aquí está vuestro señor!

Se queda inmóvil delante de la puerta, con los brazos cruzados, retándoles con el gesto y la mirada.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, BEN-ALGUÁGIL, HUEZIN, ABEN-ABÓO Y SOLDADOS NORISCOS Y TURCOS. Penetran con las armas desnudas para acometer á Aben-Humeya.

BEN-ALGUACIL.

¡Por fin has venido á dar,
traidor, en tus propios lazos!

Van á acometerle. Zahara se alza y de un salto se interpone, cubriendo con su cuerpo á Aben-Humeya.

ZAHARA

¡Atrás!.. ¡Antes de pasar
tendréis que hacerme pedazos!

ABEN-ABÓO

¡Paso franco, miserable!

ZAHARA

¡No, no pasaréis de aquí!..

¡Yo soy de todo culpable!..
Quitadme la vida á mí!..

Aben-Abóo la empuja
violentemente y pasa. Tras
él Alguacil, Huezin y sol-
dados. Aben-Hum-ya se
prepara á defenderse con
su espada.

ABEN-ABÓO

A los soldados.

Vigilad toda salida...

ZAHARA

Queriendo interponerse.
Todos la rechazan.

¡Compadeced su abandono!

BEN ALGUACIL

¡Arrojémosle del trono
y quitémosle la vida!

ABEN-HUMEYA

Disponiéndose á acu-
chillarlos.

¿Quién quiere mi vida?

ALGUACIL

¡Yo!

Arremetiéndole.

ABEN-HUMEYA

¡Pues luchando la obtendrás!...

Mientras lucha con Alguacil, y los soldados Aben Abóo le hiere por el costado.

ABEN ABÓO

Hiriéndole.

¡Muere!

ABEN-HUMEYA

Próximo á desplomarse,

¡Cobardes!

ZAHARA

Saltando como una fiera y amparando el cuerpo de Aben-Humeya.

¡Atrás!

ABEN-HUMEYA

Cayendo en brazos de Zahara, cerca del diván, con

los ojos vueltos á Aben
Abóo.

¡A traición, Aben Abóo,
como matas, morirás!...

ZAHARA

Como loca, abrazándose
al cuerpo de Aben-Hume-
ya.

¿Qué habéis hecho?.. ¿Qué habéis hecho?

Se inclina y besa al ca-
dáver. Después se vuelve
fieramente á los onjurados.

¡Temblad, traidores, temblad,
que el puñal que hirió su pecho
mató nuestra libertad!

BEN ALGUACIL

El tirano ya expiró...
¡Viva, viva, granadinos
vuestro Rey Aben Abóo!

Los soldados aclaman y
rodean á Aben Abóo. Al-
guacil y algunos soldados
intentan arrojar sobre
Aben-humeya.

ZAHARA

Alzándose amenazadora.

¡Atrás!.. ¡Atrás, asesinos!...
Su corona ensangrentada
queréis?.. ¡Pues, venid por ella,
más, la gloria de Granada
murió con Aben-Humeya!..

Cae sollozando sobre el
el cadáver mientras los ca-
pitanes ondean sus ban-
deras en torno de Aben
Abóo.

TELÓN LENTO

075
100

MCU
MDF

SE ACABÓ
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EL DÍA XV DE MARZO DEL AÑO MCMXIV
EN LA IMPRENTA HISPANO-ALEMANA,
GONZALO DE CÓRDOVA, 22.
MADRID



GREGORIO VICENTE

REBECA VILLAR

MOMENTOS MISTICIALES

DEL MAESTRO

ANGEL BARRIOS



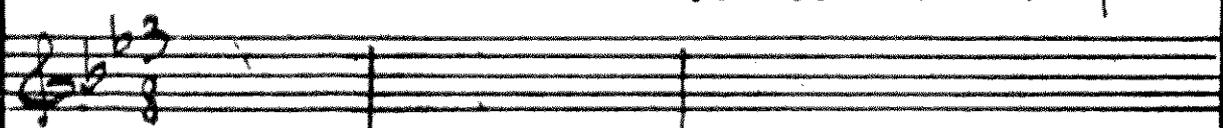


AC TROVA

PASTORI VIGENZ.



an - sente del bien que a



do-ro en tierra de infieles vi-vo co-

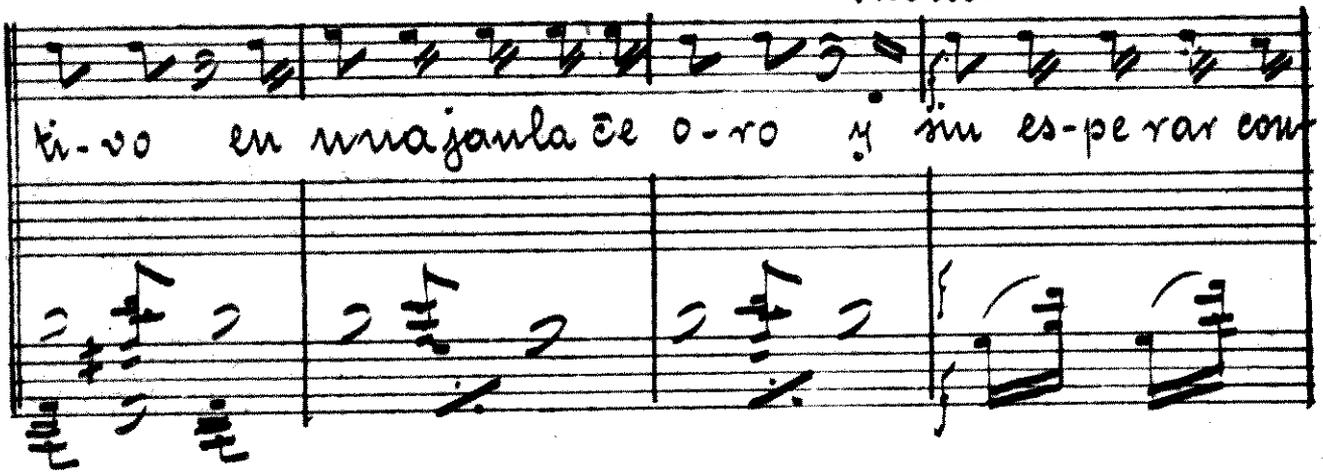
mo murri se-ñor can-ti-vo en u-na janla de
pau-rit

o-ro au-sente del bien q. a-do-ro en

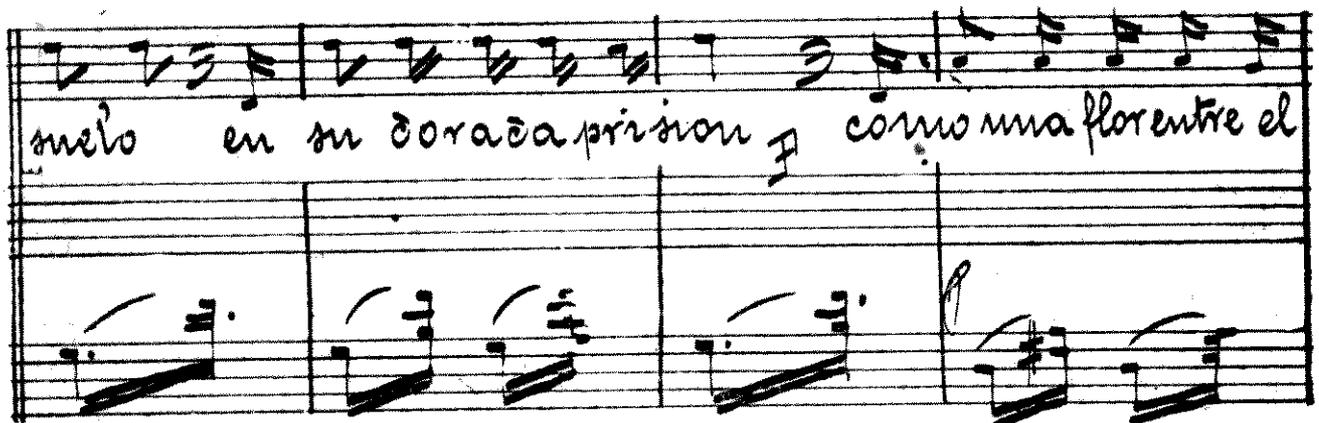
tie-rra de infie-les vi-vo co-mo murri se-ñor can-

Obertos:

ti-vo en una jaula de o-ro y sin es-pe-rar con

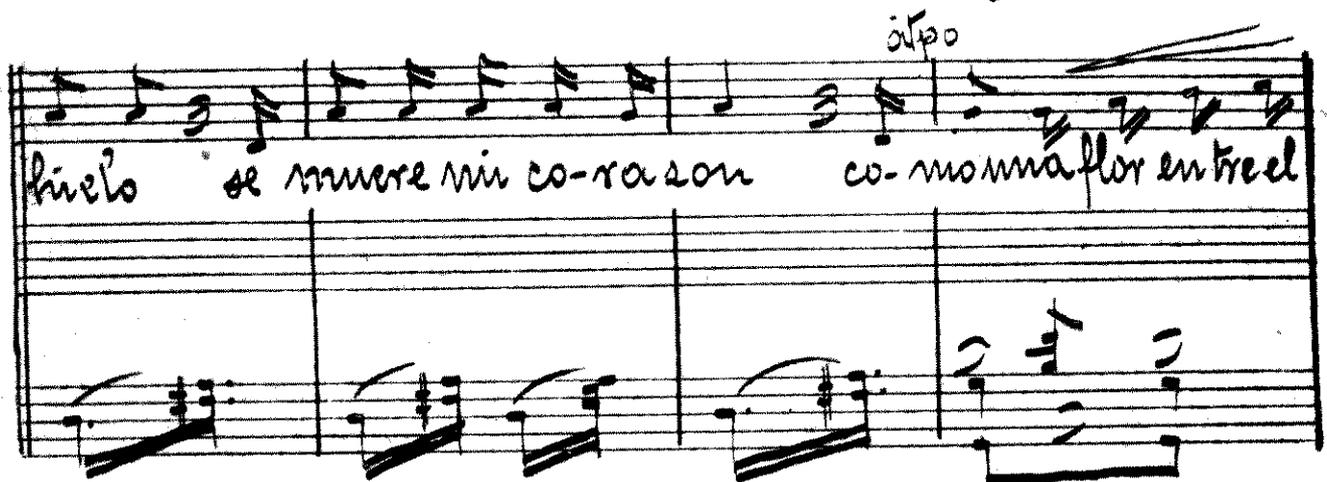


sielo en su dorada prision como una flor entre el

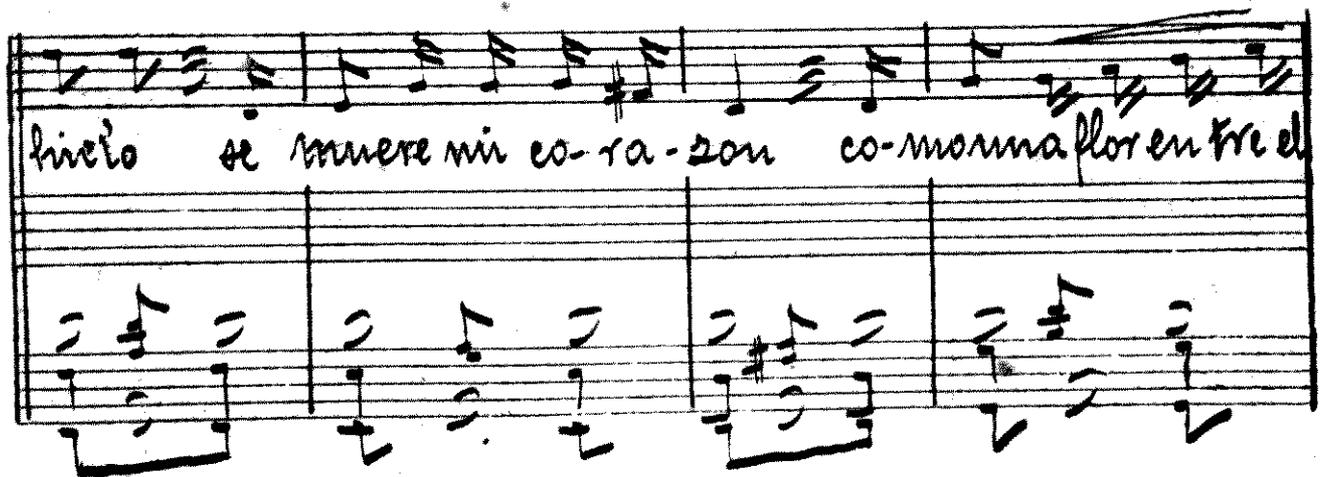


sielo se muere sin co-ra-son co-mo una flor entre el

alpo



sielo se muere sin co-ra-son co-mo una flor entre el



rit
Prie - lo se muere mi co-ra - zón





VILLANCICO

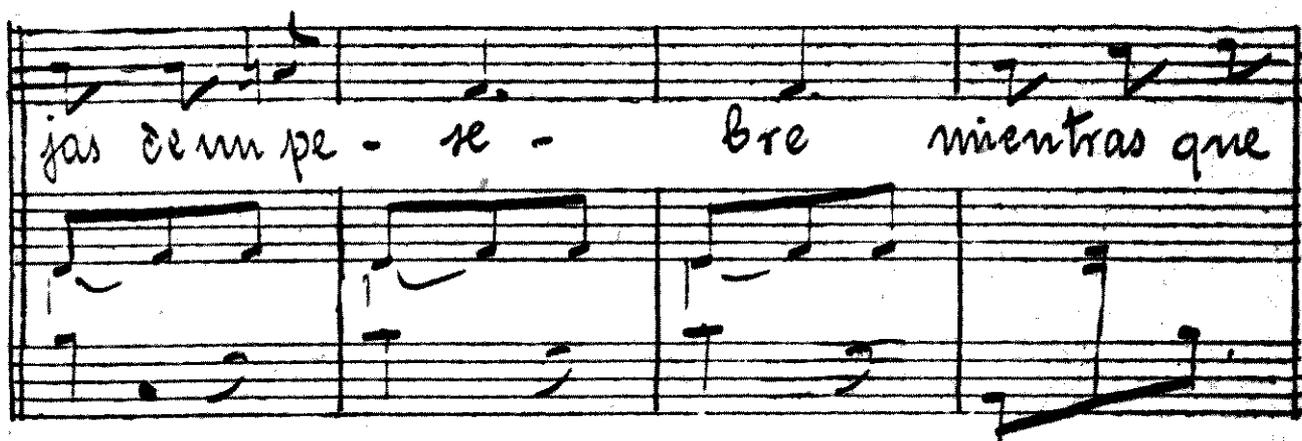
FRS. TORIO VICENTE

Je. su - cris -

to vi - na al mun - do en las pa -



jas de un pe - se - bre mientras que



Presto
por los cam - mi - nos - i - va ca - yen -



co la nie - ve



(Coro-graí=)

Des-per-tad pas-tor-

res can-tad y be-beo

por-que en es-ta reo

che Je-ni va à na-cer





